

AQUESTE ENCANTADOR DE SERPIENTES

JAIME CHABAUD MAGNUS





Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
*Rectora de la Universidad Autónoma del
Estado de México*

Doctora en Ciencias Computacionales
Arianna Becerril García
Secretaria de Ciencia

Doctor en Ciencias Agropecuarias y Recursos Naturales
Francisco Herrera Tapia
Secretario Académico

Doctora en Estudios Latinoamericanos
Cynthia Ortega Salgado
Secretaria de Identidad y Cultura

Doctor en Ciencias Sociales
Jorge Alejandro Vásquez Caicedo
Secretario de Gobernanza Universitaria

Doctora en Farmacia y Tecnología Farmacéutica
Mariana Ortiz Reynoso
*Secretaria de Vinculación, Extensión y Promoción de la
Empleabilidad*

Maestra en Administración
Miriam Liliana Padilla Mora
Secretaria de Gestión y Administración Universitaria

Maestra en Hacienda Pública
Miriam Sierra López
Secretaria de Finanzas

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Desarrollo y Fortalecimiento Institucional

Doctora en Ciencias con Énfasis en Educación
Miriam Sánchez Angeles
Secretaria de Igualdad Sustantiva y Cuidados

Doctor en Ciencias e Ingeniería de Materiales
José Guadalupe Miranda Hernández
*Secretario de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales*

Maestrante en Derecho
Evangeline Sales Sánchez
Consejera Jurídica Universitaria

Doctora en Diseño
María Fernanda Valdés Figueroa
Directora General de Comunicación Social Universitaria

Doctor en Políticas Públicas
Bernardo Jorge Almaraz Calderón
Jefe de la Oficina de la Rectoría

Aqueste encantador de serpientes

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora

Doctora en Estudios Latinoamericanos
Cynthia Ortega Salgado
Secretaria de Identidad y Cultura

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

22° Premio Internacional de Narrativa
“Ignacio Manuel Altamirano” 2024

Jurado
Gabriela Jauregui, México
Juan Trejo, España
Antonio Ramos, México

Comité organizador

María de las Mercedes Portilla Lujá
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Eder Enríquez Castañeda

JAIME CHABAUD MAGNUS

AQUESTE ENCANTADOR DE SERPIENTES



Universidad Autónoma del Estado de México

"2025, 195 años de la apertura del Instituto Literario en la ciudad de Toluca"

Primera edición, noviembre 2025

AQUESTE ENCANTADOR DE SERPIENTES

Jaime Chabaud Magnus

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt):
1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-968-9718-40-6

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las
personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Coordinación de diseño: Luis Maldonado Barraza

Corrección de estilo: Silvia Martínez García

Diseño y formación: Eva Laura Rojas Almazán

Diseño de portada: Sara Valeria Gómez Hernández



*A la memoria de Maya Ramos Smith,
quien me reveló la simiente de esta historia*

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	11
AGRADECIMIENTOS	13
CAPÍTULO 1 (1616)	15
CAPÍTULO 2 (1622)	23
CAPÍTULO 3 (Cargazón, 1610)	25
CAPÍTULO 4 (1611)	31
CAPÍTULO 5 (1617)	39
CAPÍTULO 6 (1617)	49
CAPÍTULO 7 (1601)	53
CAPÍTULO 8 (Calimbo)	61
CAPÍTULO 9 (1618)	65
CAPÍTULO 10 (1617)	71
CAPÍTULO 11 (1604)	77
CAPÍTULO 12 (1617)	85
CAPÍTULO 13 (1621)	99

CAPÍTULO 14 (1617)	103
CAPÍTULO 15 (1618)	111
CAPÍTULO 16 (1617)	119
CAPÍTULO 17 (1620)	129
CAPÍTULO 18 (1620)	135
CAPÍTULO 19 (Castas)	143
CAPÍTULO 20 (1620-1621)	147
CAPÍTULO 21 (1621)	153
CAPÍTULO 22 (1621)	159
CAPÍTULO 23 (1621)	169
CAPÍTULO 24 (1621)	175
CAPÍTULO 25 (1622)	181
CAPÍTULO 26 (1622)	187
CAPÍTULO 27 (1622)	193
CAPÍTULO 28 (1622)	197

PRESENTACIÓN

El jurado de la vigesimosegunda edición del Premio Internacional de Narrativa «Ignacio Manuel Altamirano» determinó otorgar esta distinción al trabajo titulado *Aqueste encantador de serpientes*, de Jaime Chabaud Magnus, una obra que sorprende al lector desde sus primeras líneas. El lenguaje con el que se teje la historia tiene el poder de trasladarnos de inmediato a la Nueva España del siglo XVII, a ese tiempo de amos y esclavos, de artes y artilugios que, por nuevos, encantaban a las audiencias y erizaban al Santo Oficio. Además, mediante las andanzas de una «diosa de ébano o niña de chocolate» y de un «sensacional, increíble y fabuloso clarividente, titiritero y comediante», el autor va construyendo un escenario con telas de manta, mediante el cual nos proyecta una serie de aventuras llenas de pasión, desamor, celos y traiciones; sentimientos que en ocasiones actúan como un veneno que carcome y funde las almas.

Para la Universidad Autónoma del Estado de México promover la lectura como un hábito de desarrollo personal e incentivar la creación artística son actividades fundamentales, puesto que el arte y la literatura son ejes fundamentales para

la consolidación de una transformación social más cercana e incluyente.

Nuestra universidad tiene la certeza de que la literatura hace posible cualquier idea y revierte como un conjuro a la cotidianeidad asfixiante junto con todos sus sentidos, leyes y órdenes, construyendo una realidad más humana. Por ello, nos congratula presentar *Aqueste encantador de serpientes*, de Jaime Chabaud Magnus, escritor con un talento innato para insuflar vida a las palabras y hacerlas danzar cual marionetas, a fin de devolver a las personas lectoras esa ilusión infantil que siempre está a la espera de lo fantástico.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora

Agradecimientos

Sin la fe de Juan Villoro esta novela no hubiese seguido adelante. Claudia Hernández de Valle-Arizpe tuvo, al igual que Juan, la paciencia de corregirla y darme sus notas. A Marisol Castillo y a mis hijos Juan Sebastián e Ian Daniel, que son el motor de mis afanes. A Simona Chirinos, Ernesto García, Armando Zamora Mora, Marina Vera, León Felipe, que prestaron el cuerpo a las criaturas. A mis maestras Eugenia Revueltas y Margarita Peña por descubrirme el barroco y el mundo colonial. A mi maestro Armando Partida, que me hizo amar la historia del teatro mexicano. A Huberto Batis, látigo que me hizo escritor. A mi hermano Federico, que guio mis primeras lecturas y pasos en el oficio.

CAPÍTULO 1 (1616)

EN MEDIO DE LOS CALORES DE MAYO que derriten los pensamientos hasta hacerlos pegajosos, Andrea Jerusalem se derramó sobre la superficie cristalina y templada del ojo de agua. En medio de huamúchiles, guayabos y un añoso mango, hundió en el líquido sanador sus carnes desnudas y fuertes, como fruta madura, del color del ébano. Y así, de cara al cielo moteado de nubes, flotando, tuvo un incontrolable antojo de mango. Toda ella era un manojo infinito de deseos, si bien en amores nada marchaba ni en curso les podía tener. En todo caso, inútil era empeñar el corazón cuando vivía aterrada de que con violencias la hubiese tomado don Pedro de Izaguirre, su amo. Este era un gachupín que cuando hablaba con su esposa, doña Leonor, traída al propósito del puerto de Cádiz, fingía voz aniñada y dulce. Sin embargo, con la negrada y la indiada demonio blanco era, atroz e iracundo. Fama tenía entre las esclavas violadas de tardarse más en desabotonarse pantalón y calzones largos que en derramarse sobre sus víctimas. ¡El Diablo Blanco! El mismo que con sus manos y la sangre extenuada de los negros había obtenido licencia real y transformado un trapiche sin importancia en

la fertilísima hacienda de Cocoyoc por el camino que pasaba por Oaxtepec. Y con los lomos de africanos variopintos y de procedencias varias, reventados a látigo, los paladares de Europa endulzaban con el elixir de la caña.

Andrea Jerusalem rabió por un momento reprochándose el no lograr desprenderse, como si de sangre seca se tratase, de aquellos pensamientos que efectivamente se pegaban al cuerpo y a las entendederas y no se iban solamente con el agua del manantial. Las manos cangrejo, la baba de caracol recorriendo su piel forzadamente, los mordiscos porcinos, la penetración ecuestre-ratón final y la renuncia a cualquier posibilidad ya no de gozo sino de control e identidad la desapegan de las aguas en que su hermoso cuerpo flotaba. Cicatriz sobre cicatriz. Como si el calimbo de fuego no fuese ya marca suficiente sobre la piel y sobre el alma.

Por fin pudo, en medio de ese paraíso de guayabas, guamúchiles y mangos, fusionarse con el agua a partir del recuerdo bello de su madre, Sabo, y su hermana, Endeleva, en medio de las aguas del río Congo en su tierra natal. Una risa asomó traviesa por sus ojos y boca. Porque Andrea sabía también reír con los ojos y esto multiplicaba la luminosidad que tan locos ponía a españoles, criollos y mestizos... Siara, que era el nombre no cristiano de Andrea Jerusalem, por un momento, flotando como una ramita perdida en el ojo de agua, apacible y prístino, se fugó en recuerdos felices correteando selva adentro con su hermana mientras su madre las miraba risueña. Ellas, que se quedaron a más de doce mil kilómetros de distancia cuando Siara fue arrancada de su familia por los esclavistas junto con cientos de hombres y muchachas de la región. Y así, cantando en su mente con la pequeña Endeleva, la melodía no se conformó con habitar la cabeza y rodó por la lengua y embelleció el claro del manantial. Andrea abrió

los párpados y nuevamente el deseo por el redondo mango la hizo salivar; y sonrió con boca y ojos.

Salió entre las piedras enormes y redondas, se puso blusa, un calzón de holanes, su falda la amarró como turbante en la cabeza y subió, con la sensualidad de una pantera, por los troncos del inmenso árbol. Algunos frutos casi rozaban la superficie del manantial, sin embargo, la pertinaz muchacha había puesto la vista en un mango en particular, en alta rama. Hasta ahí trepó, columpiándose con agilidad infantil y atlética, alcanzando al fin lo que el ojo felino había fijado como presa. Comió con unas ganas que, quien la viere, hubiese jurado que pecado carnal con la fruta cometía. Tal gozo y placer acabó pronto; uno y otro mango se sucedieron hasta hartarse. Era su día libre y nadie debía echarla en falta en la cocina de la hacienda cañera. Doña Leonor y don Pedro, los amos, a Puebla de los Ángeles habían acudido a una fiesta que el obispo de aquella ciudad ofrecía a hacendados de la región, siempre y cuando tuviesen el santo sacramento de un bañito de agua salada de la mar. A los criollos se les invitaba sí, y sólo sí, su fortuna era de tal tamaño que les dispensaba no tener el sacramento de haber nacido en la madre España.

Andrea, cuya cabeza se llenaba de mil deseos, como el de llegar a la luna o hacer una cazuela que le dejase respirar bajo el mar, se propuso recolectar mangos para inventar recetas con sus amigas de la cocina de la hacienda: Pepa, Guadalupe y Felisa, trío que cuando el trabajo relajaba hacían tertulia y comían delicias que se reservaban para los amos, aunque eran sus manos las que preparaban. Ya iba imaginando una combinación entre la fruta y el melao que podía tomar del trapiche antes de que se endureciese del todo para formar el piloncillo o panela. Uno tras otro fue tirando los mangos al agua para luego recogerlos. Tan hábil era la muchacha que

apenas sus enaguas lograrían soportar el peso de tanta fruta. Y en el último preciso momento, un traspie hizo que un gran mango botijón saltara de rama en rama y fuese a dar al lado opuesto del árbol. Un grito la previno de daño provocado y asomó apenas por la cara norte del tronco principal y alcanzó a ver a un hombre regordete, negro como ella, aunque vestido estrafalariamente, que se dolía de la cabeza. Una muchacha mulata lo socorría muerta de risa. Andrea Jerusalem no pudo evitar las carcajadas, que en ella eran amplias y francas, mostrando su perfecta mazorca blanca.

—Pérfida muchacha, habéisme roto la sesera —soltó dolorido el regordete e infrecuente señor, en nada parecido a un esclavo de hacienda.

—Y en teniendo poca materia dentro... —replicó burlona la mulata disfrazada de blanca.

—¡Baja de ahí, niña, que reprenderos quiero! —dijo severo el negro.

Andrea Jerusalem, en respuesta, tomó el fruto más próximo y lo arrojó con tal tino que de no haberlo esquivado el hombre, sus partes pudendas le hubieren doblado. La otra joven se mofaba mientras recogía la fruta recién tirada y le pegaba un buen mordisco. Entre ajos y cebollas, que de la boca del hombre salían y comprenderle era cosa ardua, la acompañante tendió la mano a Andrea como simbólico saludo.

—Somos cómicos de la legua, amiga, aqueste que veis famoso autor de comedias de muñecos y adivinador es...

—Me nombran... ¡¡¡Domingo Angola!!! —y añadió caravana teatral sacudiendo el tricornio que recién recogía del piso.

—Y yo soy Lucía...

—Siara —alcanzó a decir Andrea sin darse cuenta que su nombre africano había usado y no el cristiano.

—¡Boquita y voz tenéis, Siara! —replicó el comediante, que de inmediato se fijó en lo bella que era la princesa de ébano que ante él se presentaba. Miró las piernas desnudas de la muchacha en lo alto. Notó también, apenas asomando entre el escote, que un calimbo la marcaba en propiedad y se conmovió de su esclava condición. Ella, mientras desenredaba su falda de la cabeza y cubría sus piernas, hubiese querido corregir su nombre, decir que se llamaba Andrea Jerusalem, que así la habían bautizado al poco de bajar del barco esclavista y ser comprada por el hacendado... Sin embargo, algo dentro de ella se llenó de un sutil y aromático calorcillo. La voz de su madre quizá, que las prístinas aguas del manantial le trajeron. El caso es que le gustó cómo sonaba su nombre real, el de nacimiento, en los labios bembones de aquel regordete simpático.

—Así me llamo... Si-a-ra —y le repitió nuevamente mientras bajaba del árbol para convencerse de que aquellos fonemas y sílabas eran realmente como le habían puesto al venir al mundo, incluso antes, cuando su madre Saba la pensara, le asignara una canción de vida y luego la concibiera. De nueva cuenta sonrió con boca y ojos, iluminando aún más el paisaje.

—Vamos para los rumbos de Temimilcingo, niña... Nos hemos perdido un tanto —dijo Domingo Angola mientras le tomaba la mano y una energía especial daba paz a la joven esclava.

—Porque vuestros atajos siempre son los más largos —socarrona espetó Lucía con leve recelo de las manos demoradas en separarse.

—No le conozco —contestó Andrea, que no tenía ninguna prisa por soltar la mano del comediante hasta que se percató que Lucía le extendía otra vez la suya.

—¿Tlaltizapán, quizá? —preguntó la mulata, mientras que con una sonrisa le estrechaba la mano.

—Agora sí habla en castilla su merced —agradeció la esclava al escuchar referencia conocida.

Andrea Jerusalem, señalando con el brazo, añadió:

—Seguid el camino real y en llegando a Yautepeque podréis preguntar a los vecinos.

—Adiós, Siara... Me gusta tu nombre —dijo en despedida Lucía, mientras hacía caminar a una mula vieja que bultos y un arcón llevaba en los lomos.

—Te veré, Siara, y muy pronto, si mis artes de adivinador no equivocan la suerte.

“Siara”. ¡Qué bonito le retumbaba en la cabeza su propio nombre no pronunciado por tanto tiempo. Y qué personas tan distintas, siendo de su misma “raza”, eran éstas que no tenían en el seño la marca de la esclavitud. “Raza”, que los españoles no cejaban de repetir para que no se pensarán personas ni dueños de un alma propia. Pero éstos que conocía recién, por el contrario, espíritus mariposa o águila le parecieron. Le impresionó el garbo y la soltura de Lucía, con los que no había topado, salvo el de las niñas criollas, hijas de otros hacendados amigos de doña Leonor y del amo don Pedro. Jovencitas berrinchudas no obstante, que no tenían esta forma libertaria de pararse frente al mundo que parecía tener la cómica. Comedias y muñecos eran cosas de las que había oído mentar a la vieja Felisa que alguna vez trajeron a la hacienda, pero que el confesor de doña Leonor, fray Alonso de Benavides, había reprochado las permitieren. Conoció el teatro una vez porque le vio con comediantes, pero con muñecos nunca.

Andrea, a quien ingenio le sobraba, recogió del borde de la represa natural los mangos que se habían acumulado ahí, flotando, sin poder seguir el curso del agua. Y como ave que torpemente va a levantar el vuelo, en las enaguas recogidas llevaba cantidad de mangos que harían las delicias que ya

inventaba en su cabeza. Camino a la hacienda, corazón contento y silbante, su mente reproducía la voz de ese hombre tan ajeno a todo lo que conocía y que se desenvolvía tan dueño de sí mismo y que podía pronunciar “Siara” de tal manera que la hacía sentir una cosa desconocida: la calma.

CAPÍTULO 2 (1622)

—CALLÁOSTE TU HOCICO, negra bembona, que matarte habrán estos mal paridos de Dios y de sus madres... Estate silencia que en viéndote te comen, te hacen trizas y te arrastran pa llevarte... Calláoste tu hocico, negra faltona, que habéis dejado atrás al que de amores te trató y te socorrió y sustento diote... Madre mía, ¿y agora qué hago? Morderme las manos quiero pa frenar esta gritadera de mi cabeza... Tantos ruidos con el Santo Oficio... ¿Será culpa sola de esa perra inmundada, de traición llena...? Perra y más que perra... Ay, negro de mi alma sin reposo... Negro que todo lo vences, aqueste lance muy grandotote te ha calzado... Por la gracia del Dios crucificalo... ¿Agora dónde te encuentras? ¡Coño, coño, coño! Mis lamentos me matan, pero de mis entendimientos son únicos vecinos... Agoreros funestos estos que retumban y se me vienen acá en mi pecho..., y anidan y enferma me ponen... ¿Oyistes? ¡Shhhh! ¡Tate silencia, Andrea Jerusalem, que de las greñas te van a trair y como palito encebado candela han de arrimarte y vos... ¡Ay, madre de las aguas, que abrazas a las que a luz han de dar y ahogas a los de mala entraña y piores intenciones! ¡Oshún! ¿Qué crímenes

cometimos que con perros nos cazan? Porque así me tienen, con tanto ruido de hierros y arcabuces como he oído hasta reventar orejas y alma... ¿Domingo, niño, aqueste infierno de perseguidores te ha cogido? Porque infiernos son aquestos los de la tierra y no esos otros que curas y amos mientan y temen, aunque invisibles son... ¡Cosa espantable porque les dicen, cosa que miedos cuece y estruja el alma porque le gritan y tormentos juran que por nos esperan! Hablan pura mielta. ¡¡Mielta, mielta, mielta!! Calláoste tu hocico, negra hereje, que te han dicho... ¡¡¡Domingo...!!!! Carajo, carajo, carajo... Calláoste ya, negrita de chocolate, como te nombra tu Domingo Angola, al que si preso han hecho, yo muero... Que me lo quemen o a garrote le saquen el último suspiro lléname de espanto... ¿Serás vos la causante, perra, perra maldita, boca sucia, que de chismes llenaste las orejas de inquisidores...? Pero a luego que te eche mano, traidora de mielta, mal parida, hija de padre maldito, ojos, entrañas y tetas he de cortaros aunque vida me cueste... ¿Qué mal te hicimos? ¿Cuándo desgracia se te procuró a nuestro lado? No, no, no, cerda embustera... Castigos en vos caer debieran y no en lomos del dueño del corazón mío. Mi siempre libre negrito que sólo risas saca de los niños, que con su arte, maromas y adivinaciones a la gente buena hace pasar rato... Diversiones aquestas que reposan las preocupaciones, que invitan a gozo, que relajan corazones... ¡Ave, María, más disparos! No, madre del crucifiazo, ayúdanos... Es la dellos el alma podrida de los diablos blancos... ¡Domingo, hijito! ¡Domingo, mi negro con el que ayuno no paso porque gracejadas alimento son! Vos que me hicisteis libre de cadenas, aunque condición cimarrona tenga... Ven a mí, mandadme señal de que vivo os hallas pa que descansar pueda... Cabeza, estállame... ¡Oh, dioses! Ay, mi madre, ayúdame... Oshún, diosa mía, socórreme...

CAPÍTULO 3 (Cargazón, 1610)

MINUCIOSA DEBE SER LA REVISIÓN del negro antes de comprársele.

Recordemos que han pasado por varios filtros.

Sólo los mejores han arribado.

Los más resistentes.

Los más aptos.

Los más musculosos.

O los francamente hermosos.

No todos tienen el mismo destino ni el mismo origen. Algunos vienen del mismísimo corazón del África negra, a miles de kilómetros de cualquier costa. Y a las playas no han llegado en las caravanas sino los que resistieron los ataques de otras tribus, de los animales, de las enfermedades, del hambre o de la sed.

Una vez seleccionados en las costas del continente, pasan por nuevos escrutinios y selección antes de embarcárseles a las islas Azores o a las Canarias.

Primera parada oceánica.

Ahí hay un nuevo descarte.

O algunos definitivamente no han aguantado un bañito de agua salada de la mar.

Y se les ha tirado por la borda de los barcos.

O se les deja consumirse hasta que se pudran.

Si bien hay un valor agregado en las negras con crías o encinta.

Las más de las veces no sobrevive alguno de los dos.

O los dos.

Mejor premio es cuando la negra recién ha resultado embarazada, de otro negro o de algún traficante portugués, holandés o español.

De cualquier manera, el vientre de negra sólo ha de producir esclavos sin importar mezcla.

Luego viene el gran salto, el viaje interoceánico hasta Santo Domingo, La Habana o San Juan...

Segunda parada.

Para entonces ya se ha desperdiciado buena cantidad de la mercadería que, encadenada a los tablones, se llena de moscas que entran y salen por las muertas bocas y demás orificios de sus pestilentes cuerpos.

Los demás, como sea, no lo sabemos porque no les preguntamos, lo soportan como pueden.

Nuevo descarte y también algunos ejemplares se quedan en las islas que no pocos ingenios de azúcar y obrajes requieren.

Pero la mayoría ha oído de un puerto más grande, el de la Vera Cruz, la cruz verdadera, punto de arribo final.

Y de un territorio gigantesco y misterioso que llaman Nueva España.

Dentro de otro territorio más inabarcable que mientan las Américas.

Y al tocar el islote de San Juan de Ulúa, macizo coralino donde las grandes embarcaciones con hasta 400 esclavos atracan, pareciera que el infierno ha terminado...

Pero no... Después de horas y días y semanas y meses de iniciada su fantástica y nueva vida el bulto con cabeza, alma en boca y huesos en costal tiene los músculos ateridos.

Y en pequeñas embarcaciones, llamadas chatas, se les conduce a tierra firme al fin donde, como un milagro, se les refrigera un poco, se les da de comer algo más que la mierda que habían comido y se les hidrata abundantemente con agua fresca.

Incluso fruta se les da.

Incluso carne seca se les da.

De hecho, se les hace lavar con abundante agua dulce hasta quitar de sus cuerpos toda pestilencia externa derivada del largo viaje.

Pestilencia que pueda confundir o distraer los sentidos del examinador.

¡¡Está para quemar!!

Es la peor sentencia que un negro puede recibir del examinador si éste encuentra llagas en la boca de la esclava o del esclavo.

Significará que no tiene cura.

¡¡Que no nos la metan doblada!!

Dice el examinador al auscultar el ojo del culo de los esclavos y esclavas...

Esto es muy importante, indagar en el ojo del culo, porque no falta el traficante que por no perder la paga mete un taco de madera, un palo, pues, por el ano de los enfermos de disentería para que una diarrea repentina no delate el estado pútrido de la pieza.

El taco de madera, igualmente, puede desgarrar los tejidos internos del intestino del esclavo.

Nunca hay tiempo para redondear, lijar, pulir los trozos de madera.

El traficante, falto de escrúpulos, no ha de perder plata.
Muchos son los esfuerzos para hacer cruzar la mar a estos
bultos con cabeza...

Alma en boca...

Y huesos en costal...

Pero nada, o casi, escapa al examinador, que gana sus reales
por su buen desempeño en el oficio.

Primero que cualquier cosa se ha de fijar en el estado general,
que no tenga debilidades extremas el espécimen o que
exhiba llagas purulentas o heridas de otra índole que delaten
enfermedades severas.

Si la cargazón es buena en su mayoría, si las piezas no
presentan mayores problemas, se ha de determinar la edad.
Esto es importante para poner el precio: la edad.

¡¡Abrid las fauces, fiera!!

Se introducen narices y ojos por la ventana del alma, si la
hubiere, para examinar la dentadura y su estado.

Por los dientes les conoceréis... No es refrán conocido, pero
suena bien...

¡De treinta a treinta y cinco! Diría treinta y dos años con
margen de error de uno...

¡¡Buena bestia!!, dice alguno convencido.

Pero en habiendo dudas sobre la edad o salud, nada mejor
para el examinador que valerse de su propia lengua.

Así, éste se da a la tarea de lamer la barbilla del negro o de la
negra...

Generalmente se detiene más en las barbillas de las negras
y aún su lengua se extravía por el cuello e, incluso, senos
desnudos de la misma...

A no ser que desviado el examinador sea y ocurra el caso
contrario y sea en la piel de los negros donde se demore.
Nunca demasiado para no alertar a los denunciantes del

Santo Oficio y que de sodomía o bestialismo le acusen.

Según la ciencia médica colonial, el sabor distinto del sudor del esclavo indica el estado de salud y la propensión a la docilidad o insumisión. Por ello, el experto examinador es tan apreciado. Y sus servicios son bien pagados.

Lamer el mentón de los ejemplares varones también sirve para conocer la edad, por el grado de dureza de los pelos de la barba.

Luego entra en juego la belleza de la pieza, que puede significar la diferencia total de destino. Sobre todo en el caso de las hembras que, si el comprador es decente, las destinará al servicio doméstico; si no, a los lupanares, que pasaron a llamarse congales por llamar genéricamente a todas las negras “congas”, sin importar que su nación de origen sea el Congo o no.

Y tienen otro precio.

Muy otro dependiendo de edad, firmeza y, por supuesto, culo...

Culo y tetas lo son todo...

Sin olvidar rostro...

Porque las venus africanas pueden no tener precio si reúnen las tres cosas...

Y si son diligentes, si la *expertise* las hace tener gozosos satisfechos, pueden ser dueñas del mundo.

Y tan dueñas de su infierno...

CAPÍTULO 4 (1611)

ERA UNA LUZ NEGRA, ébano sonriente y codiciado de quince añitos apenas, frugal y aromática, a la que cadenas se enorgullecía de haberle puesto Pedro de Izaguirre, colocando un calimbo de fuego con su marca: un Sagrado Corazón de Jesús sobre el pecho izquierdo de Siara, coronándolo con su pezón, como si de la bóveda celeste se tratara. La rebelde negra bozal se defendió a arañazos, patadas, puñetazos y mordidas y con una marca selló el brazo derecho de don Pedro y una oreja había costado al capataz mestizo Francisco de Cremades. Éste era otra furia infernal que más tarde se cobró con buenas tiras del pellejo de la espalda de la pieza salvaje. Los latigazos los suspendió Pedro, que con un palo casi descalabra a Francisco.

—¡Imbécil, aquesta es la joya de mi hacienda y vos con yunta de látigo habéis arado sobre su espalda!

—Una oreja la hijueputa me ha mochado.

—Y yo los redaños si no os sosegáis, Francisco... ¿Acaso le veis pinta para trabajo en el cañaveral?

—No, señor —agregó con sonrisa maliciosa—, la hembrita quiere que le aplique el derecho de pernada, patrón.

—Bueno pues, en aclarado el asunto, os ordeno que si recelas y furia aún le guardáis, en otros lomos la descarguéis. Harto hay que hacer: con la tormenta de ayer el acueducto se ha roto. Llévate media docena de esclavos.

—Tenga cuidado, patrón, y el de los redaños mochos no vaya a ser vuesa merced con fiera que ni castilla parla.

Y aquella noche, de pies y manos sujeta, Pedro comprobó que el calimbo sobre el pechito niño le daba aún más calentura cuando la desnudó y la tomó, como sus abuelos conquistadores lo hicieran con las primeras y todas las indias que toparon. Y luego su padre con indias y negras, más de las primeras que de las segundas, que larga serie de hermanos bastardos le había legado. Incluso, las malas lenguas a Francisco de Cremades le atribuían llevar su sangre por mitad, sangre que éste se empeñaba en blanquear, pues fue criado y se pensaba como criollo. Pero él, Pedro, sólo negras apetecía, y de vez en vez iba hasta el puerto de la Santa Vera Cruz para de primero comprar aquellas que su gusto e imaginación hicieren perder la cabeza. Fueron sus esfuerzos y gestiones las que vencieron la reticencia del virrey Luis de Velasco para lograr, en 1608, el primer centro de venta de esclavos en Yautepec, para surtir a las haciendas cañeras del valle de Cuauhnáhuac y los minerales de Taxco. Para Pedro, no tener que viajar hasta el puerto ventajas tenía amén de que, a punta de sobornos, los negreros desviaban algunas de las esclavas más lindas para el valle de Cuauhnáhuac.

Y Siara, para Pedro, era una revelación insospechada. Creía que habría de cansarse de bocado repetido, pero en pocas semanas la negra bozal, que demostró aprender demasiado rápido la lengua de su amo, le tenía el alma de rodillas, aunque él creyera jalar de las cadenas. Prácticamente, descuidó varias ventas de cabezas de ganado y un envío a Córdoba y luego

al puerto de la Vera Cruz de azúcar de caña, que se malogró por su mente distraída. Por su casa y lecho apenas paraba y excusaba los deberes de Siara en la cocina de la casa mayor con los más torpes pretextos de mandados inexistentes.

Los dedos y lengua febriles de don Pedro conocieron una nueva geografía, un mundo nuevo por él descubierto y conquistado. Recorrer las dunas tan oscuras como el cacao recién tostado lo enfermaba de una dicha avariciosa y sin freno. Estaba perdido. Por primera vez en años había logrado contener sus eyaculaciones para no soltar su semilla al primer contacto. Podría decirse que en esta adolescente halló lo que en ninguna mujer. Se había topado con el placer verdadero.

Efectivamente, perdido estaba. La joven, por su parte, pasó de la feroz resistencia al gesto histriónico más estupendo, pues vio que su poder era grande y todavía mayor si en las mientes de Pedro de Izaguirre instalaba la creencia de que le resultaba grato y hasta sentimientos dulces albergaba. Su fingimiento de placer tornaba dichoso al hijodalgo y éste fue relajando las cadenas y medidas de seguridad hasta dejarla andar libre por la hacienda, pues la creía, engañado e ingenuo, prendada de él.

La gaditana, doña Leonor Santibáñez de la Carrera y de Izaguirre, enloquecía por las infidelidades de su marido pues, aunque con él ni las mentara, las noticias y chismes llegaban de primera mano. Por supuesto que con las señoras de otros hacendados peninsulares o criollos, que se iban de la lengua poniendo quejas de sus esposos infieles con la servidumbre y esclavonía, ella se recataba y procuraba no hacer comentario alguno. Si de manera directa preguntaban en tertulias o al terminar ceremonias religiosas en la catedral de Cuernavaca, ella esquivaba las saetas:

—¿Pero vuestro marido, nada?

—El señor De Izaguirre sólo tiene ojos para mí... Ni desvelen vuestros pensamientos. Soy muy, pero muy afortunada.

Por detrás, Leonor era la comidilla del Marquesado del Valle, que abarcaba de sur a norte desde Oaxaca hasta casi los lindes de la capital novohispana, la muy Real Ciudad de México; a las faldas de los volcanes y más allá, en el oriente; y hasta Nueva Granada por el poniente. La fama de don Pedro en crueldades y amoríos de mecha corta era la cruz, se decía ella, que debía cargar como penitencia. Sólo con su confesor, fray Alonso de Benavides, se abría de capa en visitas privadas del prelado o bien cuando ella, en urgencia espiritual por ausentarse de su cama don Pedro varios días y aún semanas, requería salvamento y acudía a toda prisa al convento de San Francisco, en Cuernavaca.

—Bautizadla de inmediato, hija, traedla acá, que no he de coger caballo ni mula en semanas por mis hemorroides... A Cuautla debía yo ir y mira, la humana condición reduce mi voluntad mas no mi fe... ¡Dejad de sufrir, doña Leonor! Si en pecado está el apreciado don Pedro y aquesta debilidad contenelle no puede, al menos sea con cristiana y no con vil gentil el acto... —y aquí un gesto poco piadoso acompañó su interrupción—. ¿No estáis de acuerdo?

—Conmigo ha venido la desgraciada —repuso Leonor, que ya lo había pensado con anticipación e hizo un ademán a un criado para que entrara a Siara. Ésta miró asombrada la majestuosidad de la nave de la catedral de Cuernavaca, con sus murales y esa atmósfera que imponía un temor reverencial. Para quien era y lo que había conocido del otro lado de la mar, muchas de las cosas de los blancos le parecían provenir de demonios malignos. En los pocos meses que llevaba en la Nueva España había sido forzada, como cualquier esclavo, a

escuchar la misa y el catecismo en una lengua en la que apenas iba penetrando en esas raras maneras de casi nunca nombrar las cosas por lo que son. Y ahora ella estaba ahí, en la catedral, aún sin comprender que aquello era cambiar para siempre de nombre, creencias, mundo y heredad.

Fray Alonso, incómodo, llamó a su sacristán Estebanillo y le pidió que preparase las cosas para el sacramento del bautismo. A las aportaciones de los señores de la Hacienda de Cocoyoc nada podía oponerse, incluso sus malestares intestinales, que lo aquejaban por pecado de gula. El prelado fue a cambiarse para la ceremonia y Siara no entendía de qué podría tratarse todo aquello.

—¿Cuál será el nombre de la nueva cristiana? —preguntó Estebanillo a doña Leonor.

—Eh... No tengo la más puñetera idea... —respondió en exabrupto la señora—. ¿De qué le veis cara?

—De Tomasa... —repuso el sacristán.

—Pues Tomasa de San Francisco que se llame.

En estas estaban cuando la voz rugiente de don Pedro de Izaguirre retumbó en la nave de la catedral al igual que sus botazas de lodo llenas, que repiqueteaban casi marcialmente denunciando su estado rabioso e irreductible. En cuanto echó en falta a Siara en la casa grande y en la hacienda toda y se enteró de las intenciones de doña Leonor, tomó su mejor caballo y salió al galope, pese a que le llevaban tres horas de ventaja.

—Ningún Tomasa... Su apelativo será Andrea, como mi hermana muerta...

—Descaro tenéis... —espetó su esposa.

—Y vos un hielo ahí debajo...

Leonor no había conocido la consumación del amor erótico con Pedro ni con ningún hombre, salvo a solas, de

mano propia. La grosería de su marido, que ahora frigidéz se solazaba en atribuirle, no comprendía que no era hielo sino estufa mal encendida y peor alimentada, pues Pedro se satisfacía demasiado rápido sin poner el mínimo ingenio en el placer de ella, más lento de conquistar. Leonor se reprochaba cruzar la mar cuidando que honra y abolengo no se le mojaran, dejando partido en España que ya había saboreado sus carnes sin consumirlas del todo. Volcán dormido pero humeante y aún explosivo como el Popocatépetl era su entrepierna, capaz de arrojar lava y consumirse en soledad, pues de su marido sólo desinterés obtenía. Y esto provocaba no sólo evocaciones del caballero de Cádiz sino incluso sueños húmedos con un negro de la hacienda, que había tenido en suerte ver accidentalmente desnudo y doblaba en tamaño a Pedro. Leonor, contrita, se castigaba y culpaba ante su confesor por pensamientos nauseabundos, guardándose detalles que sólo sabían Dios y ella. Fray Alonso, que entraba en ese momento con las ropas adecuadas para dar el bautismo, se interpuso en lo que prometía transformarse en un zafarrancho lamentable entre los esposos. Pedro le respetaba y devoción cristiana en él había, así que frenó su cólera. Si bien insistió:

—Andrea es y será... Y de apellido Jerusalem, pues en las cruzadas mis ancestros empuñaron la espada.

—No sois hijodalgo sino hijoeputa —rompió la insatisfecha mujer, más dolida que colérica.

Doña Leonor no pudo soportar más y salió de la iglesia profiriendo majaderías que la tradición asume infrecuentes en damas de su calidad. Subió a la carroza con el criado y ordenó al cochero poner rumbo a Cocoyoc. Luego de la ceremonia, poco festiva, más bien fúnebre, Andrea Jerusalem montó en ancas en el caballo del patrón, aferrando las manos a su cintura, para escándalo de las beatas que en el atrio se encontraban y que

incendiarian a la alta sociedad de Cuernavaca. Algo en don Pedro lo hacía sentir que el sacramento recién suministrado a Siara bien podía interpretarse como bendición para sus devaneos a los ojos de Dios.

CAPÍTULO 5 (1617)

EL ESTALLIDO DE UN PAR DE PETARDOS, manufacturados por el propio Domingo Angola, amén de los anuncios a la comedia, llamaban la atención de los vecinos, que tenían una plaza pletórica y de fiesta. Un tumulto de sonrisas se agolpaba para la función de muñecos. Casi todo el pueblo de Ticumán se daba cita. Los campesinos habían dejado sus labores, las mujeres acarreaban a los niños y los ancianos, con escepticismo primero y mirada de infantes después, se apretujaban para encontrar el mejor sitio. Todos querían mirar los sorprendentes “palitos que hablaban solos, como si cosa del diablo fuese”, tal y como uno de ellos habría de testimoniar años más tarde ante el Santo Oficio en la causa contra Domingo Angola.

El titiritero echaba en falta a la esclavonía de la Hacienda de Xochimancas, que recién habían comprado los hermanos Jesuitas y que consistía en casi 300 negros que provenían de Carabalí, Congo, Angola y otras regiones, según le había informado uno de los hermanos dominicos de la iglesia de Santo Domingo de Guzmán. Franciscanos y dominicos, que se disputaban el control religioso de la región, se veían

amenazados ahora por la presencia jesuita. Quizá por ello, estos últimos optaron por no traer a los esclavos a la representación, para no volverse objeto de algún daño. Mucho le hubiese complacido actuar para sus hermanos de antiguos hierros, pero se conformó con la indiada que en gran cantidad había venido a ver la comedia de muñecos, así como un puño de españoles y religiosos.

—¡Prrrrr...! Atención, damas, caballeros, lobos, mestizos, hijosdalgos, señoritas casaderas y niños y niñas del ilustre poblado de Ticumán... También, bienvenidos sean hermanos dominicos y franciscanos de todos mis respetos... ¡¡Agora vais a presenciar lo increíble, lo extraordinario, lo nunca visto en aquestas tierras!! Función de muñecos inanimados que volverlos a la vida habremos...

Domingo Angola, regordete, de estatura más bien mediana, con una rodilla con una vieja fractura mal soldada, que sufría de sofocos y gula incontenible, al crear un escenario con sus solas voz y presencia, de pronto agilísima, olvidaba cualquier achaque y crecía como un portentoso titán que a los públicos arrobaba. La simpatía de sus dichos, gestos y ademanes a veces provocaban carcajadas en los concurrentes con sólo levantar una ceja o pelar los ojos. Incluso podía, sin decir palabra, tener hipnotizada a una audiencia sin importar la clase social. Claro que gachupines y criollos, que presumían de haber visto mundo y haberse sentado en los coliseos de Madrid, Almagro, Sevilla, Puebla de los Ángeles y la muy Real Ciudad de México, siempre se hacían los remolones antes de que pudiese Domingo una risa franca arrancar de sus petulantes jetas.

—Vuestas mercedes presenciarán el fino sainete de mi mentor don Fernán González de Eslava, titulado...

—El *Entremés de dos rufianes*...¹ —agregó Lucía—. Así que preparaos a guardar faltriqueras, bolsos y otros menesteres, que los dos raterillos su entrada hacen ya...

Lucía era una mulata de buen ver y carnes no escasas aunque estupendamente torneadas, cara redonda y sonrisa encantadora, que asistía a Domingo en la manipulación de los muñecos. A simple vista y con vestuarios podría pasar por blanca y criolla, pues en ella había pesado más el gen paterno, cosa que la convirtió en señora de ilustre personaje del que huyó por conservar la vida, pues los malos tratos a mujeres suelen provenir desde cualquier esfera y cuna. Así, su famoso y rico marido Gordián Casasano no perdonaría la afrenta de cornamenta y abandono, ofreciendo recompensa por quien de su paradero noticias diera. De barruntar el español que acogiendo en su hacienda a la compañía de cómicos de Domingo Angola la mujer habría de costarle, las puertas hubiese mandado cerrar bajo siete llaves.

Luego de aceptar a Lucía en su compañía cómica, que implicaba huir lejos del valle de Cuaunáhuac y del Marquesado de Oaxaca, Domingo Angola vio desbaratarse a la *troupe* por una serie de eventos desafortunados. En realidad, Lucía era la única que quedaba de seis integrantes, pues después de que se uniera y huyeran a Guatemala, un dengue hemorrágico despachó a tres de los integrantes hasta quedar tres: dos mujeres y Domingo. Ahí, los celos de Lucía se presentaron y la otra pobre muchacha prefirió al poco tiempo poner tierra de por medio antes de que la mulata, en furia personificada, tierra le echara sobre cuerpo yerto.

Ante un pueblo de Ticumán vuelto puros ojos, Lucía sustrajo de un saco dos muñecos de faz negra pero con

¹ *Entremés de dos rufianes*, en *Teatro selecto. Coloquios y entremeses*, de Hernán González de Eslava. Prólogo, Juan Tovar, SEP, 1988.

perfecta vestimenta a la española, que medían, si acaso, una vara de altura. Domingo, terminando de poner un teatrino de carrizo, extendió ceremonioso la mano y ella le entregó, como si de ritual se tratase, uno de los dos muñecos. Con voz estentórea y ceremoniosa, Domingo introdujo.

—*Ngondala kufua*, vuestas mercedes, señores y señoras míos... *Ngondala kufua* en lengua congo quiere decir “de corazón” y con éste mesmo os digo que aquestos muñecos tienen poderes que les hacen palabrar solitos y graciosamente. Y como acá puro distinguido paisano veo, que de Xochitepec y de Temimilcingo, que de Tlaltizapán y Chinconcuac nos visitan... Agora, mis damas, mis caballeros, una pequeña historia os entrego y como *mundele* quiere *bundanga*...

—El *blanco* quiere conocer lo *misterioso* —tradujo Lucía.

—Y el *manfuita*... —añadió Domingo misterioso.

—El *criollo*...

—...diversión requiere, y aquí nos hallamos para la ocasión. Aqueste cuento da comienzo cuando dos rufianes, endenantes cómplices en malicias y malhechorado, habiéndose odio agarrado, volvieron a encontrarse pa cobrarse las afrentas. Mas como destino es malhadado... Nomás no se pudo bien a bien el tal cobro, porque aquesto era cuestión de uno, Pascual, jallarse vivo, y aquestotro, Irineo...

—Muerto y bien muerto... —agregó Lucía colocando a su muñeco, de nombre Irineo, sobre una horca.

—Aprétale la *musena*, cambuja endemoniá...

Y Lucía apretó en la horca el cuello del muñeco y lo dejó tambaleando. Los niños de la población, muchos de ellos que náhuatl y no español hablaban, quisieron acercarse a tocar las marionetas, pero habilidoso y dulce Domingo los atajó con Pascual, haciendo un gesto que freno imponía.

—¡Eso es, Lucía hermosa, no vaya a bajarse el muerto!
¿Listos pa'l cuento?

El público entusiasta respondió que sí. Sin embargo, entre las caras sonrientes, el cómico vio una conocida pero asustada, la de una mujer negra, joven y hermosa que se escurría entre los asistentes cuidando sus espaldas con miradas furtivas. Él no recordaba de dónde aquel rostro inigualable le era familiar. La función debía continuar...

—Vamos a por ello... Acá el vivo Pascual...

—Y más acacito el colgao Irineo... —agregó Lucía manipulando su muñeco.

Entonces los muñecos cobraron vida y la audiencia toda, con el brillo niño en los ojos de quien espera lo fantástico, hizo silencio.

PASCUAL: *(Armado de una espada de madera da mandobles al cadáver.)*

Mi espada y mi brazo fuerte,
mi tajo con mi revés,
en blanco salió esta suerte,
pues éste se os fue por pies
a la cueva de la muerte.

IRINEO: *(Al público.)*

Aquel bellaco putillo,
más menguado que la mengua,
me huyó en vida, y a hoy
sin aquesta no puedo seguillo
para sacarle la legua
por detrás del colodrillo.

El público, embelesado, soltaba risas, exclamaciones de admiración y en nada podía darse cuenta de que la función no era lo que solía ser. Domingo Angola no estaba concentrado y echaba un ojo al gato y otro al garabato, pues no lograba

sino dedicar miradas furtivas a la muchacha de piel casi azabache. Ella, como venado asustado, tampoco seguía la representación del todo por otear algún peligro o presencia amenazante. Lucía, que sí sabía el libreto y los movimientos de la escena, contenía su malestar sin vislumbrar bien a bien de qué se trataba. Y lo notaba no sólo en que Domingo volteaba al público sin estar dentro de la ficción, sino en que los expectantes no reaccionaban y soltaban carcajadas en partes donde de cotidiano nadie reía cuando hacían el sainete de González de Eslava o viceversa. Sin embargo, Lucía intentaba meter a su colega y, en secreto, amor platónico, en el ruedo nuevamente. Manipuló a Irineo, que tremendo sopapo desde la horca propinó a Pascualillo. Movimiento fuera de lugar en este montaje que tanto había recorrido la legua por pueblos y caminos provinciales. Domingo le miró con desconcierto mientras continuaban.

- PASCUAL: ¿Quién fue, con mil carámbanos...?
 (Amenaza al cadáver.)
 ¿Quién tras de mí porfía y me quebranta la
 cabeza?
- LUCÍA: No he sido yo, le juro...
- DOMINGO: Acaso el viento, Pascualillo, que al cadáver
 bambolea...
- PASCUAL: Ah, gusano desdichado
 pena y tormento doblado,
 verse en mi presencia;
 si no se hubiera ahorcado,
 repartiera como pan
 al hijo de la bellaca
 los brazos en Tepuztlán
 y las piernas en Cuernabaca
 y la panza en Tlaltizapán...

Y lo que fuera sobrado
ante mí fuera quemado...

IRINEO: *(Nuevo sopapo y patadas al viento.)*
¿Aqueste dicen que es valiente
y diciendo sandeces y consejas?
Si estuviera en mundo presente
le cortara las orejas
si no estuviera colgado...

En ese punto, Lucía hizo a Irineo bajar de la horca y encarar a Pascual, que le miró aterrado.

PASCUAL: Aqueste del infierno se vino
y en andas de Belcebú
más terco y rabioso que tú
me lleva sin beber vino...

Pascual salió corriendo manipulado por Domingo. Los muñecos hicieron caravanas y los asistentes aplaudieron vigorosamente, si bien no de la forma desbordada habitual. Lucía ya se adelantaba a pasar el sombrero, pero Domingo inopinadamente se lo arrebató para hacer labor que a ella solía tocarle para provocar la caída de más monedas por su gracia y hermosura. Sin entender, una rabiosa Lucía comenzó a recoger muñecos y la modesta tramoya mientras veía a Domingo recaudando los dineros tan sospechosamente

—Gracias, gracias, damas y varones de aquestas tierras, y como preciso es dar de comer a los palitos animados que habéis visto, consejo prudente es que os toquéis los bolsillos... Sí señor, no corra ni finja priesas...

Domingo vio a la muchacha de ébano en fuga sin aún recordar de dónde le conocía. Ésta se abochornó comprendiendo que la destinataria de la mirada del negrazo aquel no era otra sino ella e intentó correr. Domingo, graciosamente, le cortó el paso y se observaron con

detenimiento. ¡Claro estaba! ¡Siara es que se nombraba! La joven casi le había roto el cráneo un año atrás con un mango. Le tomó la mano fuertemente y Siara, que también lo recordaba vagamente, hizo connato de darle un golpe, pero la mirada noble del cómico la desarmó.

—No, señoras, tampoco se les ha abierto de pronto un hoyo en sus monederos... Háganme la merced de un topín, un tlaco o un real dejar caer en el sombrero, mientras la bella cambuja Lucía, que a tantos hombres ha perdido con sus meneos, recoge la maquinaria y los muñecos... Oh, no, no, no, señor, a aquel otro negocio no le tenemos aprecio ni dedicación... La muchacha es decente... Gracias a todos, muchas gracias y que los cielos os premien...

Cuando los últimos espectadores se retiraban de la plaza y Siara se revolvía por zafar su mano de la regordeta de Domingo, éste pareció entrar en trance, lo cual puso en pánico a la muchacha.

—¡Mielda! Suelte usted, que esa es mi mano...

—Tan suya y tan divina... Pero agoritita mesmo veo que su merced corre grave peligro...

—¿Cómo cojones supo...? —agregó la muchacha comenzando un llanto suplicante que a Domingo enterneció, mientras Lucía a la distancia rabiaba y comprendía.

—Adivinación, mi niña... Y en tocándola puedo videnciar que estás huida, muchacha...

—¡Shhhh! Callóste tu hocico, negro hijo de Satán... — Hizo entonces tal maroma por desprenderse de la manaza de Domingo, que al suelo fue a dar y también el hombre poniendo con dolor una rodilla en el suelo.

—Temes y te persiguen... Y hasta un precio han puesto por ti porque hay amo que te estima...

—¿De dónde...? ¿Cómo sabe...? ¿Quién tú eres...?

Siara-Andrea, completamente confundida y llorando como sólo se llora con los confidentes o con una madre, sintió que todo le daba vueltas. Quería salir corriendo, pero las piernas le flaqueaban y el pulso la hacía temblar toda. Domingo acarició su cabeza y le habló dulcemente.

—Soy un ángel, mi niña...

Andrea perdió los sentidos y la cabeza habría dado con una piedra si los brazos regordetes de Domingo no la hubiesen sostenido. Así, suavemente, apoyó sobre sus rodillas la frágil humanidad de la muchacha y, contemplando su belleza inaudita, suspiró.

—Aqueste servidor tuyo, Siara, es el que te va a liberar.

Al intentar levantarla, notó que la joven tenía una fea herida en la espalda que disimulaba bien el rebozo que le cubría.

—Niña, herida de cuidado llevas...

CAPÍTULO 6 (1617)

TRES ENORMES NEGROS llevaron en andas a Pedro hasta su lecho entre gritos de dolor e impropiedades de una vulgaridad desconocida por los oídos de doña Leonor Santibáñez de la Carrera de Izaguirre. El cuchillo iba de parte a parte desde donde terminaba el omóplato derecho y asomaba la punta por el frente, cerca de la tetilla. La ama, asustadísima y dándose golpes de pecho literales, comenzó a reprender a los esclavos, que ni le comprendían en su mayoría por ser negros bozales de reciente adquisición. En un impulso, Leonor intentó sacar el cuchillo de la espalda de su marido, pero Francisco de Cremades la detuvo en buen momento y con firmeza.

—Deteneos, doña Leonor, que lo matáis.

—Sacadle ese fierro espantable, que muere.

—Cierra la boca, mujer, el capataz sabe lo que hace —logró decir Pedro a quien el alma se escapaba por la herida del alma más que por la del cuerpo.

—Señora, presione aquestos trapos limpios sobre la herida —agregó Francisco.

—Pero, ¿por qué hace trizas mis sábanas de Flandes? —alcanzó a decir Leonor mientras se desgajaba en un llanto

lento y con breves chilliditos de niña que lo ha tenido todo y a quien la desgracia siempre fue ajena.

El alboroto en el casco de la hacienda, en la casa principal, era completo. Tres ayudantes del capataz salieron como el rayo a caballo a buscar médicos donde los hallaren: uno partió para Cuautla a buscar al doctor Suárez del Real, otro a Cuernavaca por González y Sarabia y otro más hasta la Ciudad de México. Las criadas se asomaban discretas por la ventana viendo a su amo y violador cómo se revolcaba y se iba debilitando. El deleite silencioso de las negras era que al fin una de ellas sacó de sus ancestros guerreros la fuerza suficiente como para tener al patrón entre la vida y la muerte. Alguien, ¿quién?, cobró todas las afrentas, aunque su cabeza, con sólo haber concebido la idea de acuchillarlo, tendría precio elevado a partir de ahora.

—Traed agua, coño, agua limpia —bramó De Cremades mientras cogía una botella de licor de la mesita de noche de Francisco, tomaba un trago y derramaba un poco en la herida de su aullante patrón, que luego de ello perdió el conocimiento.

—¡Hiervan agua! —dijo Leonor volteando a puerta y ventanas para descubrir a los criados, indios y negros. Su mirada acuosa como las lagunas de Tequesquitengo o Coatetelco se secó súbitamente posesa por la ira. Reconoció a tres negras que de cierto tenía se amancebaban con su marido. Forzadas o no; era lo de menos. Él había derramado en sus infernales vientres su líquido vital, el suyo, el que le pertenecía, luego de casarse en la catedral de Puebla con todo el boato y lujo del que presumir podía un rico hacendado cañero que, en desprecio de todas las criollas casaderas de Nueva España, había mandado traer mujer de su agrado con el sacramento adicional de un bañito de agua salada de la mar. Con un gesto mandó a nana Jacinta, una india vieja que era

su compañía de confianza, a sustituirla en la asistencia a su marido, y salió gritando y golpeando a las negras con quienes emparentaba en el disfrute de la leche de Pedro.

—¡Barraganas de mierda, largo, fuera de aquí que os mato! Alguna de vosotras, inmundas hijas de Satán, atentó contra mi marido... ¡Encerradlas a todas, ponedles cepos y grillos que a látigo hemos de asuntar cuál de ellas hundir hierros ha podido en quien les alimenta!

Hecha un basilisco, doña Leonor intentaba dar golpes a diestra y siniestra, pero las fuerzas y las piernas le fallaron y cayó al piso dando alaridos que parecían de posesa. Nana Jacinta, que había a su vez pasado la responsabilidad de apretar con trapos la herida del amo a otra criada indígena, consoló a su señora y puso la cabeza del ama en su regazo. Gritó contundente:

—¡Largáoste todos a los infiernos o mi dios cristiano y todos los de mis tatas los van a visitar esta misma noche!

La voz de la india resonó con eco espantable en el casco de la hacienda y la cerviz bajaron unánimes indios y negros. Una rara obediencia tenían todos a la vieja Jacinta y se retiraron del alcance de sus ojos. Sólo unos pocos, los que había llamado De Cremades, asistían al herido. Una pequeña calma chicha se hizo en la hacienda hasta que llegó el doctor González y Sarabia, que de casualidad el mensajero topó en Yautepec atendiendo a los heridos de una trifulca de beodos. Una hora más tarde, a todo galope por ser buen jinete, también llegó Suárez del Real y entre ambos sacaron el arma blanca de espalda y pecho del hacendado, que por la maniobra despertó en aullido lastimero. Doña Leonor no pudo soportar la visión de los borbotones de sangre y se desmayó. Entre Jacinta y las criadas indias la llevaron a una de las habitaciones de invitados.

La brutal cuchillada, al final, no había alcanzado pulmones ni corazón. Los médicos limpiaron y cosieron las heridas de entrada y salida y a punta de aguardiente de caña del que producía la hacienda, desinfectaron. La hemorragia, que no quería ceder, finalmente frenó su escandalosa presencia y entonces se presentó la fiebre. Toda la noche los médicos y sus asistentes improvisados estuvieron aplicando compresas de agua fría que traían del ojo de agua, que tenía su inmenso palo de mango que para esas fechas, febrero, comenzaba la floración. Por la mañana, la fiebre menguó y el doctor Suárez del Real se despidió dejando unas gotitas de arsénico y otros remedios, mientras González y Sarabia, que debía muchos favores a los dueños de la casa, decidió mandar un mensajero a caballo para anunciar a su esposa que no habría de ir en días. Ya alcanzaba el sol su cenit del tercer día cuando el convaleciente don Pedro abrió los ojos para sorpresa y alivio de quienes en su habitación se hallaban.

Presuroso, un criado fue a dar la buena nueva a la habitación de huéspedes donde Leonor comía uno tras otro merengues con ralladura de limón que sólo la engordaban, pues la angustia no se le iba por ningún lado. Dio un salto para correr a la presencia de su esposo, pero al pasar frente a un espejo cayó en cuenta que no se había lavado ni cambiado las ropas ensangrentadas y llevaba tres días con ellas. ¡Y esa mirada de loca...! No debía presentarse de tal modo frente al hombre con el que cambió votos y juró estar a su lado hasta que la muerte los separase. Se cambió el vestido con la ayuda de nana Jacinta y se arregló como pudo mientras una pregunta en su cabeza, la central desde que lo vio herido, pugnaba por romperle los dientes en río furibundo y de reproches lleno: ¿Quién?

—¿Quién ha sido, Pedro? ¿Quién carajos ha osado ponerte la mano encima? ¡Decid, por vida de Cristo, ¿quién?!

CAPÍTULO 7 (1601)

SOBRE SU LECHO DE MUERTE, Fernán González de Eslava, el gran autor de teatro sagrado y entremeses graciosos, con pesadumbre se quejaba con Domingo Angola, tomándole la mano y sin poder contener las lágrimas, de haber otorgado libertad a todos los negros e indios que con él aprendieron el oficio teatral. No por Domingo que, aun sabiendo que de los siete pecados capitales le habitaban ocho, era un ser humano de nobleza a toda prueba, truhan siempre con disposición de redimirse, buen católico fingido, pues no escapaba a don Fernán que habiéndolo bautizado adolescente, casi niño, sus raíces africanas y su devoción a los dioses que mamó del pecho materno estaban intactos. No, la queja era por otorgarle libertad a Miguel de Rojas, medio hermano de Domingo. Miguel vino al mundo a resultas de su madre haber sido violada por un español recién desembarcado. Hecho que devino en el ahorcamiento del marido, Alonso Angola, cuando intentó vengarse. La madre de Domingo, negra congo, bautizada como Rosario del Espíritu Santo, era lavandera del dramaturgo y allí conoció a los dos niños: uno africano puro y otro mulato. El sacerdote y escritor les adoptó

y otorgó pensión a la madre; en crecimiento y aprendizaje de primeras letras corrieron parejas los púberes, al igual que su ingenio para el teatro, mientras se les tornaba apasionado arte. Inseparables, los medios hermanos decidieron hacer la legua en cuanto el padre Fernán les concedió libertad y en el oficio titiritero ambos decidieron formar compañía.

Lo que atormentado tenía a González de Eslava no era, en todo caso, la ingratitud del mulato Miguel de Rojas ni el haberle decapitado cuatro santos para construir con las cabezas muñecos, o que, con habilidad de maromero, le hurtara 40 monedas de plata, cuyo destino le tenía reservado el clérigo para la habilitación de la Casa de Comedias, que tan maltrecha quedó después de la inundación de 1592 en la Real Ciudad de México. Tampoco le ofendía la desafección de no haberle vuelto a visitar nunca, a pesar de quererle como a todos “mis hijitos del teatro y la cristiandad”, como solía decir Fernán. Todo aquello lo podía superar y perdonar. Lo que puso definitivamente desorden en los humores y ánimo del sacerdote fueron los ruidos y el proceso que el Santo Tribunal de la Fe levantó en contra de Miguel y en donde su nombre inevitablemente se vio envuelto, pues en criarle y enseñarle oficio se extendía historia que nada ni nadie podía borrar. Era público, y escandaloso para algunos, que el sacerdote enseñaba teatro a indios y negros.

Que Miguel de Rojas provocase el interés de la Santa Inquisición mortificaba a Fernán, aunque no podía llamarse a engaño. Lo había intuido desde que los impulsos adolescentes fueron demostrando que en Miguel habitaba una naturaleza que lo pondría en peligro, vicio despreciable, aunque muy practicado en la Nueva España. En más de una ocasión halló a Miguel hurgando pantalones de los niños más chicos que protegía el clérigo. A pesar de las reprimendas y los sermones

que en privado éste le recitaba sobre los castigos flamígeros que tal vicio podía acarrearle, aquello era más fuerte que la voluntad del muchacho. Contra natura, Miguel no habría de corregirse y por ello, cuando Domingo Angola anunció que formaban compañía de comedias de muñecos Fernán pareció respirar, pues eso alejaría a Miguel, aunque le rompiera el corazón perder a su alumno adelantado Domingo. Les bendijo el día que se despidieron poniendo rumbo hacia Zacatecas y nunca dejó de recordarles y encomendarlos al santísimo suplicando, primordialmente, por la redención del descarriado.

Él mismo, González de Eslava, suscitó proceso en la Inquisición en 1574 por unas coplas que de su pluma devinieron escándalo y estuvo a punto de costarle el no ordenarse sacerdote cuatro años más tarde. Recordaba con amargura el episodio de censura y de correr su pellejo peligro por insensato, se decía. Porque nada era ajeno a su ingenio y tampoco que esos versos jocosos y picantes de un sainete —que tan buen provecho había sacado su alma al escribirlos, así como la malicia que toda ironía conlleva— tendrían consecuencias. Así, sus risas privadas contra personaje poderoso no podían sino ser llevadas al público regocijo de quienes disfrutarlas quisieren. ¡Tanto se reprochó después! ¿Valieron la pena unos días de mordacidad compartida contra los meses en que debió comparecer ante el Santo Oficio en la catedral? Allí donde le esperaban con letras en hoja de oro las palabras *Exurge Domine et Judicam Causam Tuam* (Álzate Dios a defender tu causa) en la puerta de la sala principal. Así, ahora, tantos años después, en cama y achacoso, de ninguna manera le placía volver a aparecer en los papeles y bocas de inquisidores.

Pidió en misiva a Domingo Angola, que ya tiempo atrás la legua recorría por su cuenta sin Miguel con funciones de muñecos y maroma, que viniese a la capital a toda “priesa”

para solicitarle favor. La separación de los hermanos se dio poco más de diez años antes porque Miguel había tomado puesto de sacristán con un cura en Guatemala, abandonando la compañía. Domingo no sólo debía al padre González de Eslava el haber conocido mundo y primeras letras sino lo máspreciado para él: el teatro. Sí, ese veneno que una vez se interna debajo de la piel no hay poder superior que le saque, ni quemando al que le goza sufriendo o sufre gozando. Pues, sostenía Domingo, que la pasión por las artes del teatro se ha de evaporar para juntarse con el alma después de muerto. Así que nada podía negar a don Fernán y no fray Fernán, como él le decía, por haberle comprado sus primeros muñecos que aún conservaba, Irineo y Pascualillo, con los que seguía representando el *Entremés de los dos rufianes*. Cuando al fin entró a casa de Fernán, éste lo condujo a cobertizo apartado para que nadie oyese. Domingo lamentó ausencia tan larga de su parte, pues se encontraba ante su mentor disminuido y de canas lleno.

—Domingo, alma bendita, ha cogido el Santo Oficio a Miguelillo y del pescuezo le tienen.

—De aquesta ha de zafar, cual siempre.

—No, hijo mío, su pellejo a chicharrones me ha olido.

—¿Le visteis?

—Ni en pienso, que yo no arrimo por pasillos que ya he padecido. No, hijo, debéis hacerme la gran merced de, negando vuestro oficio y al tiempo ejercitándole, fingiros pariente lejano de Miguel para que os dejen verlo.

—Pero si hermano suyo soy, aunque sea por mitades.

—Le sé, niño, pero no conviene.

—¿Cuándo? ¿Agora?

—¡Agoritita mesmo, Domingo, por vida de Dios!

—¿Por aquel viejo vicio, el que le nació en Goatemala cuando sacristán era del padre?

—Vicio que Miguel arrastraba desdenantes... No te engaños, hijo... Siempre le suplimos...

—Pero fray Nicolás lo terminó perdiendo...

—¡No mientes al maldito hijo de Sodoma! ¡A él, sujeto a proceso y con San Benito, debían arrastrarle por la calle para prenderle fuego!

Dijo, arrepentido de él mismo, no haber promovido, diez u ocho años atrás, un proceso contra su colega cura que a muchos niños y muchachos, en forzarles con su pieza lujuriosa, había hecho mucho daño.

—Muero de angustia por Miguelito y es que por aqueste pecado no le han de perdonar en el acumulado de sus faltas, Dominguito. Tercera vez que le han denunciado y reconvenido y que la intercesión de amigos otras veces...

—¡Pero Vuestra Excelencia, abogar con su presencia por él puede, carajo y mil carajos...! ¡Es mi hermano, coño! — agregó hecho un volcán Domingo.

—¿Yo?!

Dijo un aterrado fray Fernán González de Eslava, que retrocedió hasta golpearse con una viga baja del ruinoso cobertizo. El padre cayó y la sangre manó de su cabeza profusamente. Domingo y Xóchitl, la nueva criada indígena de Fernán, lo vendaron y condujeron hasta su cama con golpe de cuidado. Al poco rato vino también fray Enrique Bello Bustamante, compañero y amigo del sacerdote de cuando eran seminaristas y se comprometió a hacer entrar a Domingo Angola a las mazmorras de la catedral para que viese a Miguel de Rojas, so pretexto de traer recado de la madre moribunda de éste. Rosario del Espíritu Santo, madre de Miguel y de Domingo, había muerto un par de años atrás, pero no hallaron mejor excusa que resucitarle.

—Dios me perdone este pecado de la mentira —dijo Enrique y salió acompañado por Domingo, mientras recomendaba a Xóchitl—; manda llamar al doctor Ruiz.

Alberto Ruiz de Alarcón era hermano de Juan, un muchacho que un par de años antes había traído al escrutinio crítico de Fernán una comedia novedosa que tanto había hecho volar la cabeza del anciano. De verlo contrahecho y de baja estatura, Fernán tuvo lástima de Juan y le mandó regresar un par de días después para dar lectura a la comedia. La sorpresa y fascinación que en el viejo dramaturgo despertó esta pluma tan nueva, tan vital, con tanta gracia, pudo en su ánimo despertar al demonio de la envidia. Sin embargo, al comentar la obra con su pupilo involuntario, la bonhomía del sacerdote-dramaturgo lo llevó a festejarlo y hacerle el mejor consejo que habría de seguir el joven Juan Ruiz:

—Lárguese de aquestas tierras retrógradas que acá nada ha de lograr. Acá la *intelligentsia* está condenada al desprecio y oscuridad; luces que vuesa merced tiene han de marchitar muy pronto. Cruce la mar y estudie en Salamanca. Viaje a Sevilla, Madrid, conozca a un tal Lope de Vega, que se dice hace del teatro maravillas. Y no vuelva sino cuando en laureles de oro los públicos de la madre España haya conquistado.

No lo sabían ahora fray Enrique, Xóchitl ni Domingo, pero el golpe que se dio en la cabeza el maestro traería en lo futuro pérdidas de equilibrio y vista en el dramaturgo-poeta y su imposibilidad de escribir. Y esto último terminó por quitarle todo gusto por la vida para fenecer un 6 de agosto de 1601. Domingo ignoraba la vieja historia de los versos satíricos de su mentor, que en tantos problemas lo metieran con las autoridades eclesiásticas. Y así, en el ignorar, el titiritero vio nacer dentro de sí un funesto rencor contra el fraile, que techo, sustento y letras le dio y que para él todo podía. Siempre

vencía las voluntades de poderosos con razones y sonrisas y acababan por dispensarle sus favores. No comprendía, pues, su negativa a interceder él mismo por Miguel. Las últimas palabras de Fernán antes de ausentársele la conciencia y en nebulosa y fiebres perder la vida, fueron:

—Los oídos sordos de inquisidores habéis de horadar, Domingo, que el ser marica Miguel no le hace menos hijo de Dios.

Fernán no se atrevió a presentarse para abogar por su pupilo por aquel terror que no pudo explicar a su fiel Domingo Angola, que lo resentía. ¿Y si hubiese sido él y no Miguel quien en el cepo estuviera? ¿También se reusara? Una semana después, con las lágrimas de su india Xóchitl, fray Enrique Bello Bustamante y el titiritero habrían de sepultarle sin pena ni gloria, ignorado por la Corte y la Iglesia, a pesar de haberse representado sus *Coloquios espirituales y sacramentales* en el palacio virreinal, en la catedral misma, en los colegios de San Pedro y San Pablo, y también sus entremeses ante legos, indios y negros con éxito arrollador.

CAPÍTULO 8 (Calimbo)

CALIMBO DE FUEGO...

O marca de los esclavos...

El calimbo de fuego ha de guardar una función principal, que es marcar la pertenencia de la pieza de indias o esclavos.

Tal y como se acostumbra con el ganado se usa con el negro...

Y no será sino hasta 1784...

Por el piadosísimo Real Ánimo de Su Majestad...

Carlos III...

Movido de sentimientos de grande humanidad...

E innata beneficencia...

Para mitigar y mejorar la suerte de los esclavos que se conducen a sus dominios de Indias...

Que se ha dignado abolir enteramente...

Y para siempre...

La práctica establecida por antiguas reales disposiciones...

De marcar las piezas de indias...

Esclavos negros...

A su entrada por los puertos...

En el rostro o la espalda...

Lo que la Real Orden del 4 de noviembre no dice es que a las

negras se les solía aplicar el calimbo de fuego en alguno de los senos.

Derecho...

O izquierdo...

Lo que tampoco sabemos es por qué la disposición se tarda en llegar...

O bueno...

Lo sabemos de más...

Los negros son marcados en el rostro, el pecho, la espalda...

Los brazos...

Los muslos...

Los capitanes de barcos esclavistas suelen respetar el rostro para no predisponer al posible comprador, así los lugares preferidos son los ya mencionados...

Pero a las mujeres...

En los senos...

Casi siempre una cruz cristiana o un Jesús bendito

Adornan esas tetas firmes y con pezones erguidos...

Que locos nos vuelven...

Que a aquellos otros, o aquestos, los sesos pierde...

Mucho...

Muchísimo...

Con los jesuses y las cruces indicar quieren con estos calimbos que el esclavo se ha convertido al cristianismo.

¿A quién engañan?

Se les ha convertido por fuerza...

Pero generalmente a sus dioses siguen adorando, hasta que el látigo o el garrote los hace perderles cariño...

Luego, los comerciantes de tierra firme colocan otro calimbo, que pueden ser letras griegas y romanas, clavos, estrellas y figuras varias...

O monogramas de quien vende...

Y más tarde, con el amo destinatario viene uno nuevo...

Más grande...

Generalmente en el rostro...

Los amos aman herrar al negro en el rostro...

Unas veces por vanidad...

Otras en castigo...

Incluso se ponen letreros completos en el rostro de los esclavos y las esclavas...

Letreros con leyendas o nombres del amo...

Tal quiso hacer doña Leonor, esposa de don Pedro de Izaguirre...

Cuando barruntó que a Siara...

A quien su marido bautizaría como Andrea Jerusalem...

Habría de convertirla en su amante... Y, peor, en su amada...

Andrea, por su hermana muerta, y Jerusalem porque algún ancestro había luchado en las cruzadas.

Y es que un día, en Cocoyoc, cuando el capataz Francisco de Cremades habría de calimbar a esta nueva cargazón, doña Leonor trajo un hierro que decía “Yo soy de doña Leonor Santibáñez de la Carrera”. Su firme propósito era que si su marido se había de revolcar con la bella muchacha, tendría que ver cada vez el nombre de su legítima esposa en el momento de vaciar lo que suyo era.

CAPÍTULO 9 (1618)

—¡PASEN AGORA, sus mercedes! ¡La función de muñecos ha de comenzar con una comedia picante en donde *bundele* quiere *mundanga*!

—¡El famosísimo fautor de comedias, Domingo Angola, ha de hacer de su aburrimiento esparcimiento gozoso y de risas lleno!

Andrea Jerusalem y Lucía Casasano voceaban de esta manera la función que habría de comenzar en breve en la taberna de un cacerío indígena, donde la barrera idiomática nada bueno auguraba.

—¡Carajo, mis niñas —les decía aparte para darles seguridad—, que el hablar o no castilla no evita que otra lengua, más poderosa que todas, comprenda aqueste público: el teatro! ¡Estos indígenas que veis en inteligencia y sabiduría nos superan, así que entenderán la comedia! ¡Quitad esas caras de susto! ¡Ja! ¿Qué no los gachupines dicen que en nosotros y los indios el alma se ausenta? ¡Patrañas para someternos! Confiad..., confiad, que el teatro sabe... ¡El teatro sabe...! Y es lengua que a todos habla...

La obra que presentarían esa tarde muchas representaciones llevaba y en todas carcajadas sacaba desde el inicio a los asistentes. A este pequeño poblado nunca habían venido. Arrancó la función y muy pronto Lucía y Andrea se angustiaron por las adustas caras. Domingo, sin embargo, pudo advertir que en la realidad tenían un público muy serio, pero interesado. Andrea, tan nuevita en el oficio como el capullo que aún no es flor, deseaba salir corriendo de inseguridades llena, pero un animoso Domingo le cerraba un ojo para darle confianza y que continuase. Los indios se juntaron de a más hasta llenar la placita, mudos como dioses de piedra. Fue hasta que el loco del pueblo soltó la primera carcajada que ya no pararon de reír todos a mandíbula batiente. Las palmas que daban al final eran quizá las más enternecedoras que Andrea en su breve carrera de comedianta de muñecos había sentido. Las lágrimas rodaban por sus ojos y la emoción era un Popocatépetl que no paraba de hacer erupción de deleite.

Anenecuilco se llamaba el pueblo que a rabiar había batido palmas y que ahora convidaba a los comediantes a un festejo en su honor. Rápidamente mataron gallinas y tamales de chile y ciruela prepararon, gorditas de manteca de cerdo, dulce de calabaza en piloncillo y otros deleites que los indios de origen tlahuica brindaban con gusto a los visitantes distinguidos. En dos días no los dejaron partir, suplicándoles que repitieran la función. Los tres representantes se sintieron atendidos como nunca por esta región tlahuica y agradecieron al teatro ser lengua universal.

—“Atl” significa agua —explicaba uno de los pocos que español hablaba, de nombre Ehécatl, en honor del Dios del Viento—, y “ne-ne-cuil-li”, gusano, que es la forma que nuestro río tiene.

Y así, en agradable charla fueron comiendo los tres comediantes con tan buen apetito durante su prolongada visita entre aquellos espectadores, ahora anfitriones, que los agasajaban. Quizá era el público más sincero para el que habían trabajado. Dinero prácticamente no les dieron y sí en cambio comida que valía para tres semanas, amén de llenarlos de pescado, pollo, frutas, semillas de cacao y maíz como retribución. Los tres se sentían más ricos que con los bolsillos de monedas llenos.

—Disfrutad, mi niña de chocolate —decía Domingo al oído de Andrea—, que los que hacemos la legua sólo comemos pollo cuando uno de los dos está enfermo: el cómico o el pollo. Y aqueste sanito está. Aprovéchate.

Era esta población de larga data, pues Ehécatl contaba que su fundación había ocurrido hacía más de quinientos años y casi no se hablaba castilla a propósito, pues la resistencia y el orgullo ancestral era lo que les quedaba. El cura de la iglesia de San Miguel, un franciscano regordete y de muchas luces, daba misa en náhuatl, pues sabía que la lengua era el último reducto de los conquistados y a él no le apetecía tanto la aprobación de sus superiores como el cariño de la gente. Por casualidad, ya que el pulque efectos hacía y abría corazones, el adusto *calpuleque* de Anenecuilco, la máxima autoridad de la población, se acercó y le presentó Ehécatl a los comediantes con ceremonia y respeto. El hombre habló en náhuatl, airado y molesto, y los festejantes hicieron un reverencial silencio. Esto erizó la piel de Andrea, que recordó en las brumas de su pasado niño —cuando todavía se llamaba Siara— los rituales de su comunidad en la lejana África, cuando jefes y sacerdotes de la tribu hablaban con solemnidad y en silencio profundo se les escuchaba.

—El jefe dice que son ustedes ladrones —tradujo Ehécatl no poco desconcertado; él mismo no entendía.

—¿En qué haberle ofendido hemos podido si sólo risas queríamos regalaros? —se defendió Domingo sin barruntar por dónde podría venir la flecha.

El *calpuleque* dice que aquesta historia que habéis fecho con los muñecos ya la contaba un tío suyo y que hurto es.

El argumento de la obra trataba de dos compadres que disputaban el amor de una doncella que, finalmente, cedió a los amores del primero y se casaron, haciendo padrino al perdedor. Sin embargo, ella se preguntó por dos años qué habría sido de su vida en el lecho de haberle hecho caso al segundo. Así que éste, su compadre, al encontrar cierta nueva propensión a su antiguo amor, acabó por cortejarla a escondidas del marido, finalmente coronándole la testa. Y como todo cornudo que se respete, éste vino a enterarse de último y la tragedia se desencadenó, con un final feliz.

Una vieja del pueblo intervino y dijo que efectivamente, que don Juan Francisco, nombre cristiano del *calpuleque*, contaba esa misma historia años atrás y que la recordaba recién. Luego otro viejo testificó lo mismo, agregando que el patriarca la contaba, aunque no la representaba con muñecos, pues la tradición de jugar cuentos con muñecos de barro se había perdido cuando los españoles los avasallaron.

—¿Y agora qué facemos? —pronunció bajito una aterrada Lucía, que veía ponerse fea la situación.

—Callar hocico —dijo en arte de ventriloquía Domingo.

El *calpuleque* puso su rostro adusto a la altura del de Domingo y luego de mirarlo unos segundos que helaban la sangre, pues todos los concurrentes al festejo tensos estaban, terminó por soltar carcajada. Todos soltaron risas sonoras y el ambiente se distendió, salvo para Domingo, Lucía y Andrea,

que disfrutar del convivio ya no pudieron. El *calpuleque* inició un largo discurso en náhuatl al que todos asentían, para terminar en risas cordiales. Lucía preguntó qué había dicho el patriarca.

—Que en la mente de los hombres y en el accionar de algunos no habremos de terminar de repetirnos. Aprueba, pues, la comedia de muñecos.

Los comediantes titiriteros se retiraron a dormir en la hermosa cabañita de carrizo que les dispusieron para esos días y de flores de cempasúchil llenaron, pues ya mediaba octubre. Andrea y Lucía, tensas y con barrigas satisfechas como hacía meses no lograban, cayeron en sueño profundo enseguida. Esa última noche en Anenecuilco, Domingo tuvo pesadillas que recordaban la fragilidad de su oficio teatral y cómo no andarse con pies de plomo a veces resultaba catastrófico. Ellos, los cómicos, que conociendo de las debilidades humanas todas, pues materia dramática son, también caían en practicarlas y de esto derivaban desgracias inimaginables.

—Vos, Domingo, que de los siete pecados capitales os habitan ocho, a nada bueno y decente llegaréis —le espetaba Fernán González de Eslava, vuelto calavera parlante en sus sueños.

Y en onírica persecución se vio envuelto, con la cara de su medio hermano Miguel quemándose en la hoguera e inquisidores abriéndole procesos, pues él sabía de cierto que su nombre se mentaba entre familiares y denunciante de la Inquisición en el Valle de Cuauhnáhuac por su vida licenciosa. A ratos, durante la pesadilla, aparecían imágenes de sus ancestros africanos. Y en otro momento se veía a sí mismo, con su grosera geografía, recorriendo con la lengua esa otra geografía hermosa, tan secretamente deseada, de Andrea Jerusalem, en orgiástica bacanal. Despertó turbado y

muy de madrugada. Empacó muñecos y teatrino y cargó las mulas aún antes de que despertaran Lucía y Andrea. A pesar del éxito de estos tres días, no quería quedarse un minuto más en este pueblo que lo había enfrentado a tantos fantasmas y deseos.

CAPÍTULO 10 (1617)

—¿QUIÉN FUE, PEDRO? ¿Quién carajos ha osado ponerte la mano encima? ¡Decid, por vida de Cristo, ¿quién?! ¡Hablad, coño! —bramaba doña Leonor.

Francisco de Cremades miraba meditabundo el enorme cuchillo que habían sacado de la espalda del dueño de la hacienda de Cocoyoc, que aún no podía incorporarse. La brutal fuerza con que atravesaron el cuerpo fornido de Pedro de Izaguirre hacía pensar también en un brazo de corpulento esclavo. Y por ahí encaminó las averiguaciones para conseguir un culpable qué ahorcar, de preferencia con media docena de cómplices para escarmiento de la negrada. En varias haciendas y minerales había noticias de levantamientos e, incluso, se recordaba por toda Nueva España el ahorcamiento y desmembramiento de 36 negros y negras que en la capital tramaron complot contra los españoles. Así que el temor de que soliviantasen era un sentimiento presente. Con facilidad podrían hacerlo, pues el duro trabajo y el violento trato, no ausente de látigo y castigos corporales, conseguían que el resentimiento fuese un cancerbero hambriento a punto de saltar. Años atrás, cuando un loco valenciano de apellido

Sinisterra hacía las labores que ahora desempañaba Cremades para el padre de Pedro, un grupo de quince africanos, mujeres y hombres, se había huido y nunca más les habían hallado. Se hablaba, a manera de rumores, que existía un palenque de negros cimarrones en la sierra de Montenegro. Nadie hasta entonces lo encontró ni tuvo noticias precisas de su ubicación.

Las marcas en la cacha de cuerno de venado del cuchillo asesino eran dibujos finamente tallados de figuras negras de un lado y, del otro, un león saltando sobre una cebra. El capataz abandonó la habitación principal de su jefe dejando atrás las voces de una enloquecida Leonor que acribillaba a preguntas al marido convaleciente. Bajó a la cocina donde un puerco había sido sacrificado por la mañana para trocearlo y preparar tocinos, chuletas, morcillas y otras delicias que tan bien aprendieron las cocineras africanas de una gallega que algún tiempo estuvo a cargo de su instrucción en la comida europea. Al ver a Francisco entrar con el cuchillo del crimen, las negras Pepa, Guadalupe y Felisa apretujaron sus cuerpos una con la otra hasta llegar al rincón de la gran alacena donde las especias construían un océano de paisajes olfativos. Sin siquiera saludar, De Cremades asestó con todas sus fuerzas una cuchillada al cerdo entero que colgaba de un gancho de hierro. La hoja del arma apenas atravesó tres cuartos del animal sin salir por el otro lado. Frustrado, cabizbajo y con cólera acumulada, descargó un nuevo y brutal golpe y la punta del enorme cuchillo no logró asomar del otro lado del animal. En su patrón la punta había sobresalido un par de centímetros.

—Su... ¿A su merced provoca una chuleta en salsa? — alcanzó a balbucear Felisa con las piernas temblando.

—Sois brutas, peor que animales... Agora no me habita más apetito que el de matar... ¿Entendéis?

Francisco se volteó hacia las negras con actitud amenazante, cuchillo en mano. El mestizo era un hombretón, famoso por una crueldad sin par en toda la región. Incluso, un tiempo, los justicias y dragones de su majestad le emplearon, previo permiso de don Pedro, en la cacería humana de un forajido que había atentado con tiro de arcabuz contra alto barón de la Iglesia. Ni siquiera llegó el desgraciado a la hoguera. De Cremades lo despellejó vivo, lentamente, durante treinta y dos horas en las que no durmió ni comió, en una especie de trance que algunos de los militares que le acompañaban describieron como de “endemoniado”. Nadie hizo una denuncia del suceso, pues para la Santa Inquisición el caso estaba cerrado y el escarmiento impuesto por el verdugo de ocasión, aunque heterodoxo, cumplió con el propósito primero, que era darle caza y muerte al criminal.

—Decidme, negras arrechas, ¿dónde está la preferida del patrón?

Cayó en cuenta Francisco que Andrea Jerusalem no se había presentado ni para preguntar por la salud de quien la fornicaba hasta hacerla aullar de placer, según presumía don Pedro en las cabalgatas que compartía con su capataz por sus vastas tierras. ¡Vaya, ni un vistazo! Guadalupe intentó salir corriendo de la amplia cocina y de un puñetazo De Cremades la dejó inconsciente. Pepa se tiró en el piso de baldosas de barro sollozando, abrazando sus rodillas en posición fetal. Felisa, blanqueada por el susto mortal, dio un paso al frente hasta quedar a una cuarta del cuchillo que el hombre empuñaba con decisión.

—Andrea fue, amo...

—¡Tente silencio! —intentó acallarla Pepa.

—¡Mientes, aquesta negra Jerusalem no pudo ser!

—¿Por qué causa mentirle habría, don Francisco? Felisa

no es mendaz ni en corrillos ni chismes se mete —Y dio un paso hasta lograr que la punta del cuchillo se entremetiera entre sus cerros morenos sin cortarla. Él levantó la mirada y en su entrepierna otra cosa se alzó con una dureza que no pasó desapercibida para la negra.

—Mucho habéis de odiarle —agregó el capataz arrimando su cuchilla de carne a Felisa, que no hizo por moverse—; vas a la hora nona a mis aposentos. Me lo explicas, si es de mano de la misma Jerusalem que aqueste cuchillo, en furia helada, pudo clavarse en el patrón...

De Cremades se interrumpió y miró un segundo a la inconsciente Guadalupe. Pepa, entre ollas y hierbas, sólo atinaba a mirarle de reojo, lloriqueando quedito. El hombre salió igual que entró, como alma que lleva el diablo y blandiendo el cuchillo como si de cortar el aire o ánimas del purgatorio se tratase. Una idea, fija y central como una cuchillada bien puesta, se hincaba en su pensamiento: ninguna de las esclavas tenía la fuerza para lograr una herida como la que casi cegaba la vida de don Pedro. ¿A quién protegía Felisa, que hasta lo ordeñaría esa noche por vez primera y lo haría sin reservas ni arañazos?

Con un puñado de hombres de confianza, criollos, mestizos y algunos indios, encerró en el almacén de los granos a doce negros de los más corpulentos y pocas pulgas. En la hacienda sumaban quinientos y poco más de esclavos, pero eligió a estos porque venía columbrando que no tardarían en rebelarse y armar follón. En la hacienda de Xochimancas, distante sólo nueve leguas de Cocoyoc, cosa de dos meses atrás, los esclavos habían creado revuelta envalentonados porque confiaron en que los padres jesuitas que la administraban no impondrían mano dura. Estaban equivocados. Si bien los sacerdotes no habían anudado las sogas, sino los justicias y los

dragones de su majestad que mandaron traer de Cuernavaca, no impidieron que al final ahorcaran a un número de siete para escarmiento de los demás.

Y lo mismo pensaba ejecutar Francisco de Cremades en la hacienda de Cocoyoc. Después de algunas torturas consiguió a cuatro que juraron que cada uno en solitario había intentado matar al amo. Los demás resistieron, a pesar de que las uñas de pies y manos les fueron arrancadas. Alguno de los que negó culpa, en cambio, deslizó que una mujer había sido, sin atreverse a delatar nombre. “¡De ninguna manera fue mano femenina!”, vociferaba el capataz. Y menos después de él mismo haber hecho las pruebas con el cadáver del cerdo. ¡Imposible! Tal tajada no. Así, mandó poner doce sogas en lo más alto de las ramas de un tamarindo centenario que era central en los campos de caña de azúcar. Desde allí no habría ojos que no les viesan balancearse.

CAPÍTULO 11 (1604)

MIGUEL DE ROJAS fue ejecutado por sodomita en auto que se realizó con quema, también de un hereje judaizante y dos brujas embaucadoras que jugaban con huesos de difunto; no en la Plaza del Marqués como habitualmente se hacía, sino en sitio nuevo a las afueras de la ciudad: el Quemadero de San Diego, distante una legua de la Catedral metropolitana. Los virreyes habían dispuesto el cambio porque los vientos traían descortesés a palacio la pestilencia a cuerpos quemándose y ofendía sus reales narices. Tres años dilataron en dar desenlace a su proceso. Tres años que Domingo albergó un cancerbero lleno de rencor en sus entrañas contra su padre teatral y espiritual por no interceder, por no atreverse a meter las manos en asunto que —estaba casi seguro— podría haber resuelto de alguna forma.

Fray Fernán González de Eslava había muerto sin conocer el destino de uno de sus pupilos adorados, oveja descarriada a cuán más y sin remedio que pudiese darle el mismísimo Espíritu Santo. Desde que al salir del Seminario y profesarse sacerdote conoció a la madre de Domingo y Miguel, a Rosario, sintió ternura, porque encarnaba todas las injusticias juntas:

arrancada de su tierra, esclavizada, con su hijo Domingo naciendo en tierra extraña, luego violada por español de donde nacería Miguel, y con su esposo asesinado por querer cobrar honra en las carnes del ofensor. A lavandera e hijos compró en cuanto le pagaron la encomienda que le hizo el Arzobispado de su *Coloquio Séptimo. De cuando Dios Nuestro Señor mandó al profeta Jonás que fuese a la ciudad de Nínive a predicar su destrucción*. Y así, más como una familia que como un señor y sus sirvientes, vivieron los cuatro por cosa de diez años en que enseñó el oficio teatral a los niños, que se volvieron jóvenes voluntariosos. Al querer casarse de nuevo la viuda Rosario, como regalo de bodas, Fernán concedió libertad a los tres, que tomaron los caminos más diversos siguiendo sus inclinaciones.

Domingo no se atrevió a presentarse al auto de fe. Simplemente no pudo. La Inquisición no tenía asuntos con él, todavía, pero una cobardía llena de lástima por sí mismo se lo impidió. En cambio, fue a visitar a fray Enrique Bello Bustamante que justo ese día, tres años después de la muerte de su amigo González de Eslava, se atrevía a abrir el arcón con sus papeles. Con regocijo hizo pasar a Domingo a su biblioteca mientras la lengua, alborotada, no le permitía pensar que el titiritero venía huyendo para no contemplar las carnes de su hermano quemarse.

—Aquesto es invaluable, Domingo, ponerlo en letra de molde debemos, darlo a la imprenta o perderase en el tiempo irremisiblemente.

—Disculpe, padre, ¿me permitiría hacer una copia manuscrita de cada una de las obras de mi maestro?

El clérigo le miró con ternura y asintió, pasándole un gran bloque de papeles para que les ordenase. Y en silencio fueron desmenuzando entre cartas, poemas sacros, satíricos,

entremeses, coloquios, que así era como nombrarlos prefería el finado en lugar de autos sacramentales... Los ojos de Domingo, al pasar de un entremés a un par de pliegos solos, supo de inmediato que se trataba de una carta grave:

Yo, Fernán González de Eslava, clérigo de Evangelio, digo que a 20 días del mes de diciembre del año de 1574, viviendo yo quieta y pacíficamente... el señor Horozco, alcalde de la Corte... fue a mi casa con alguaciles y otras gentes y descerrajó el aposento donde duermo y un arca donde tomó todos los papeles y obras que tenía escritas, y este propio día fue el fiscal de Vuestra Ilustrísima Señoría a la dicha mi posada con dos alguaciles de Corte... y con sus porquerones y negros y otras gentes me prendieron con gran alboroto y escándalo... y me metieron en la cárcel arzobispal... y el día siguiente... vino Antequera, portero de la Sala del Crimen y otras personas con él y... me llevaron por la calle y plaza que va de la cárcel arzobispal a la Casa Real, y como era día de fiesta de Santo Tomás Apóstol había mucha gente que... se escandalizaron y espantaron y fueron movidos a grandísima compasión por estar satisfechos de mi inocencia, porque los más de los que me veían me habían tratado y conversado diez y seis años que estoy en esta tierra, y así me metieron... en el aposento donde suelen dar tormento a los que cometen cosas feas y atroces y allí vide el burro de madera con que atormentan a los malhechores, de lo cual Dios sabe el angustia y tribulación que sentí... me mostraron una obra que yo había compuesto para el día que le dieron el palio a Vuestra Reverendísima Señoría... con la cual obra, por ser de santa y loable doctrina, se alegró y dio loores a Dios toda la ciudad... me preguntaron si yo había puesto o mandado poner un libelo... contra don Martín Enríquez, visorrey de su Majestad en esta Nueva España. Yo respondí que no era de mi profesión facer maldad tan enorme ni caso tan abominable y feo... mandáronme los señores

facen cuatro párrafos en el papel donde se escribía mi confesión, yo los fice aunque salieron cinco y al fin firmé lo que había dicho... Yo, señor, estuve preso 17 días...²

Domingo rompió en llanto caudaloso y tropezado, lo que movió la ternura del fraile agustino, que lo consoló acogiendo en su pecho la cabeza del negro. Con sus rudimentarios quevedos, fray Enrique echó un ojo a lo que leía el titiritero y había ocasionado tal fractura en su ánimo y sonrió con una especie de irónica rabia moviendo la nimba cabeza negativamente. Así permanecieron un rato, el padre consolando al negrazo imponente y roto por la culpa de albergar rencores necios contra su mentor Fernán. Sin embargo, a fuer de lágrimas gordas y de sinceridad llenas fue Domingo limpiando su alma.

Comprendía sin comprender por qué con vehemencia y de temores lleno se había negado su maestro a abogar en lo más mínimo por su hermano Miguel, que era un mulato simpático, irónico y divertido, que a otros varones —sus iguales en color u otros blancos hijosdalgos, con bañito de la mar o sin él— seducía y de sus cuerpos gozaba, como puede de una misa y de la comunión en placer extático el más santo de los clérigos. Miguelito, que no tenía otro pecado que el de desear sin mesura ni recato de la masculinidad y de dar placer como la mejor meretriz de Babilonia, hacía tan bien su faena que “sus hombres”, como les llamaba, no le denunciaban por culpa y miedo, o por la esperanza de tenerle de vuelta.

Su error, su trágico error fue enamorarse de un muchacho de catorce años, mulato como él, que en un disgusto gordo no dudó en denunciarle sin preguntarse siquiera —como descubrió luego— que le amaba también, ciego por el placer morboso de

² Ídem, citado por Juan Tovar en su prólogo.

dominar y tener a sus pies a reputado maestro del teatro. Porque para Domingo, Miguel era mejor que él, pues con los muñecos lograba que el público se suspendiera, desapareciendo del todo para que éste dejara de percatarse de su presencia. Se esfumaba para que sólo el títere brillara y la magia conseguía y conmovía o mataba a carcajadas al respetable.

—¡La famosa carta al doctor don Pedro Moya de Contreras es aquesta! —señaló al fin Bello.

—“Primer inquisidor de esta Nueva España y arzobispo de esta Santa Iglesia mexicana...” —alcanzó a leer entre balbuceos Domingo Angola—. Años antes de a mi madre, a mi hermano y a mí acogernos.

—Infamia grave la que cometieron con mi amigo Fernán. Pues le acusaron de un entremés haber metido en la solemne representación...

—¿Entremés...?

—Uno que mucho criticaba unos impuestos que el virrey Martín Enríquez había hecho públicos en aquel entonces.

La ácida crítica del entremés que se burlaba de las medidas tributarias fuera de sí puso al virrey. Y como el coloquio se dedicaba al arzobispo Moya, todo parecía señalar una conspiración que los poderes político y clerical prontos estuvieron para dismantelar encerrando al “fautor” de teatro. El virrey Enríquez pleito tenía casado con Pedro Moya de Contreras, pero prefirieron que expiara culpas Fernán antes de escalar un conflicto entre clero y gobierno. Ninguna investigación hubo respecto a si de su pluma el sainete era o de un colega aún más mordaz. Siempre negó con el Santo Oficio y aún con sus amigos haberla escrito. Ahora, ante el arcón abierto con los papeles de González de Eslava, Domingo Angola y Enrique Bello Bustamante sintieron el picor de la

duda morbosa y en frenético arrebató se pusieron a escarbar en los legajos.

—¡Aquí está! Este mismo debe ser... —dijo entre triunfal y dudoso el negro titiritero, mientras Bustamante se limpiaba los quevedos e hincaba sus cansados y emocionados ojos en la fina letra de Fernán—. ¿Será aqueste?

—Déjame ver... —Se apuró el agustino a devorar los versos y personajes que el sainete tenía—. Si habréis sido hijo de puta, Fernán, que ni a mí confesasteis la secreta escritura... No sé si hacerme el ofendido o brincar de gusto, Domingo... Tu mentor era, como menos, un cabronazo...

—Y buena gente —repuso de inmediato el negro.

—Ni qué dudarlo... Y mendaz hijo de tal, también...

En las manos tenía fray Enrique el mil veces negado documento que a tres años de muerto Fernán González de Eslava probaba su autoría, cuando ya ni el virrey Enríquez ni el arzobispo Moya de Contreras seguían en el plano terrenal sino peleando aún en el celestial, suponiendo que a alguno de los dos le hubiese alcanzado para llegar a él. El agustino sudaba y lo volvía a leer entre un par de carcajadas que el ingenio de su añorado amigo imponía a sus espectadores y que le habían granjeado, en su momento de gloria, satisfacciones que no iban bien con el recato y la modestia de la orden de San Francisco. El título del sainete mismo ya era suficiente como para provocar la ira del poderoso: *Sainete del bandido que con ley los bolsillos me despoja*. El brillo en los ojos del fraile era de los más poderosos entusiasmo y admiración. Como él mismo era amigo de los encargados de la imprenta de la Casa de las Campanas, a un costado del Palacio virreinal, se propuso ordenar las obras de su entrañable y engañifa amigo para volverlas letra de molde.

—Los pecados de Fernán en el cielo los juzgarán, mas ahora toca que el mundo conozca aquestas obras y en ellas deleite inmenso encuentre.

—¡Y qué esperamos para conseguillo!

—Dineros, Domingo...

El cómico y titiritero se quedó meditabundo, pues algunos reales había juntado en su gira reciente. Los pesos oro que Fernán, junto con vestuarios, muñecos, máquinas de maravillas le había heredado, muy pronto el habilidoso Angola les había invertido en comprar algunas luminarias que se alimentaban de esperma de ballena, pero que él había descubierto funcionaban bien con aceite de coco. Esto le permitió cobrar un poco más por sus presentaciones nocturnas, pero aquel buen dinero de herencia había desaparecido. “La india Xóchitl”, pensó Angola, “ella querrá invertir en el libro de nuestro amado maestro y amigo”.

—¿Nomás? ¿Dineros? Yo les tengo y, si no, en vencer voluntades confío... Algunos de sus amigos y comediantes de aquel tiempo le recuerdan y echan de menos... Modestos recursos tengo yo... Más los de vuesa excelencia... Pongamos manos y mente en ello, fray Enrique... Y ya nada hará falta...

—No, hijo mío, aprobación es requerida de a quien más temerle podía en vida Fernán. Y como entendéis agora, le ha impedido interceder por vuestro hermano Miguel...

—Santo Oficio...

—Ese mismo...

—Burlarle debemos...

CAPÍTULO 12

(1617)

AL INTERIOR DE LA CHOZA de carrizo con piso de tierra y techo de palma, un diligente Domingo Angola preparaba emplastos con plantas varias. Tal oficio sólo le practicaba de vez en vez por no agregar más ofensas al prontuario, que tenía puestos sobre él los ojos de inquisidores. Las hierbas que ahora preparaba estaban destinadas para atender a una inconsciente Andrea Jerusalem que yacía en un petate, con una manta cubriéndola por entero. Era época de lluvias, frío hacía para los negros que al calor de la zona cañera se habían adaptado sin problemas, tan similar al de buena parte de la madre África. Domingo se burlaba de sus compañeros de palenque cuando alguno de ellos se quejaba de la temperatura templada, haciéndole ver que si estuvieran en México-Tenochtitlán o en el valle de Toluca ahí si morirían por las heladas invernales. La joven se derramaba sobre el lecho con fiebres, pasando malos sueños. En su espalda se pronunciaba una herida a la que Domingo aplicaba hierbas para frenar la infección. La cara extraña de Atanasio se hizo presente por la ventana de la choza.

—Tremenda pesca ha traído su mercé...

—Una sirena...

—Sepa qué es eso... ¿Mejorcita la niña?

—La fiebre que no cede.

—Lo hará, usted todo lo puede con sus hierbitas, Dominguito —dijo con confianza Atanasio—, que la india Malinalli le mentó sus recetitas y usted las ha escribedo.

—Ojalá gozar pudiéramos de la sabiduría de tu abuela, Atanasio. Malinalli era la mejor sanadora que yo he conocido.

—Sí, pue —dijo orgulloso Atanasio y agregó antes de desaparecer—; figúrese que me ando maliciando que a los muchachos les pasó algo... Endenantes les dije que no fueran de cacería porque la cosa está brava.

Atanasio era prácticamente una especie de jefe militar del palenque de negros cimarrones. Por sus rasgos, podía ser lo que los españoles llamaban “saltapatrás”, mezcla de mestizo con africano. Él veía por la seguridad de todos los esclavos huidos de las haciendas cañeras pero también de más allá, los que llegaban desde la costa selvática, desde Acapulco, donde los cocoteros requerían de trabajo duro para sacar aceite y otros productos. Además había ahí, en ese refugio organizado, negros que escaparon con las carnes disminuidas, tanto como sus mentes, de los minerales de Taxco que no paraban, a punta de látigo, de producir enormes cantidades de barras de plata con destino a España. Y Atanasio se veía a sí mismo como el protector de todos sin ser jefe. Su labor consistía en la de cuatrero: asaltaba caravanas para recuperar cosas de importancia y, sobre todo, armas, munición y pólvora, que sin ellas pronto serían otra vez esclavos. No era ni indio ni negro, sino el producto de las mil mezclas.

Domingo cuidaba y descuidaba, pues mientras curaba a esta muchacha a quien creía reconocer como Siara, aquella que una vez le abollara la cabeza con un mango, desatendía a Lucía, su socia en el arte titiritero, que tantas rabietas en el

pasado había hecho por la propensión del negro de ser amigo y afecto de todos. La sierra de Montenegro y el palenque de negros cimarrones que allí había de larga data se convirtió en su refugio muchos años atrás. En tal lugar podían retirarse a hacer ensayos de nuevas obras, a construir muñecos y, sobre todo, a desaparecer por ratos del escrutinio de españoles y criollos siempre dispuestos a alimentar orejas de familiares y censores del Santo Oficio. Lucía, por ejemplo, había escapado de los maltratos del hacendado Gordián Casasano, español de abolengo y marido legítimo suyo, que no cejaba en el intento de saber de su paradero. Lucía sufría en secreto sus afectos por Domingo, que en realidad éste nunca pensó en corresponder. Pero no se iba de su lado y lo cierto es que nadie la igualaba en el manejo de los muñecos, al grado de que a los ojos del público desaparecía la titiritera para existir el títere como entidad autónoma. Domingo, con pájaros en la cabeza, no barruntaba que su socia enfadada podría estar por la presencia de Siara. En cambio, se diluía en cuidados y caricias y trapos mojados sobre la nuca a la muchacha, hasta que de sus labios bembones el recuerdo de su madre se convirtió poco a poco esa tarde en un tararear para finalmente surgir como borbotones en un arrullo en lengua congo.

*Tiki tiki tai
e nonita kai si sukar
kelel peske le paparugasa.
Tiki tiki tai
Esta niña hermosa
juega con su mariposa.*

—¿De onde viene, niña de chocolate? Poniéndome con su aroma y calor cobijao el corazón... ¿Quién te fizo aquesto,

muchacha? ¿Por qué tu mirada de huida se trocó sonrisa cuando visteis la función de muñecos?

Mientras estas preguntas de la cabeza bajaban a la boca de Domingo, afuera de la choza se comenzaron a oír voces, pasos, alboroto. Por la ventana se volvió a asomar Atanasio, alterado.

—¡Domingo...!

—Baja la voz, que la enferma duerme mal... ¿Por qué la bulla? —Domingo se levantó y fue a la ventana.

—La negrada tiene espanto...

—Oigo...

—Los que salieron a cazar venado casi terminan cazados... Pisábanle los talones los que recompensa buscan en entregarnos a los amos...

—¿Pa onde la llevan?

—Por los lados de Chiconcuac... Cosa de veinte hombres armados... Indios y españoles...

—Cerca, Atanasio, andan muy cerca... Al amanecer ya andamos oyendo a sus rabiosos sabuesos.

Domingo Angola se quedó mirando al hombre, cuya casta nadie podía descifrar de tan mezclado. Los hacendados españoles llevaban años teniendo a su servicio a mercenarios dedicados a la caza de esclavos fugados de sus amos. No sólo cada negro huido era quebranto de un dinero que había costado, para los hijosdalgos era, también, pérdida de respeto. Y peor, representaba la siembra de la noción de que los demás africanos podían ser libres y esto aterraba a la oligarquía. En más de una ocasión se reunieron los hacendados del valle de Cuauhnáhuac para tratar el tema del cimarronaje y los vientos turbulentos que levantaba.

—¿Qué facemos? —urgió Atanasio.

—¿Traen bestias?

—Siete de a caballo... Y ocho indios a pie.

—Ansí acá no suben...

—Pero los perros sí... Determinados están...

De un arcón en donde pareciera sólo guardaba muñecos para las representaciones, Domingo Angola extrajo un par de arcabuces, tres mosquetes y pistolas varias de uno y doble cañón junto con su respectiva pólvora, taco y munición. Intentaba no hacer ruido, pero inevitablemente las armas chocaban entre sí. De a poco, se las fue pasando a Atanasio y a un par de jóvenes que venían por instrucciones. Muchachos fuertes y de mirada de halcón asentían a cada palabra del cómico, como si de letra sagrada se tratase.

—Júntate, pues, seis o siete, los que más corran... Yo no puedo... Mi rodilla, pue... —dijo el titiritero justificándose por vieja lesión. Su temor mayor era la violencia que podría desatarse contra el pequeño paraíso, paréntesis del mundo colonial, que era el palenque.

—Que no los dejen llegar a Temimilcingo, que los pierdan para Tetecala... —insistía.

—Riesgo es... —anotó Atanasio, con dudas de la estrategia de Domingo.

—Los muchachos corren hartos... —replicó mirando a los jóvenes nacidos en la libertad del palenque que, excitados, recibían las armas y las miraban con latente regocijo y promesa de aventura.

—Mejor que aquestos los jalen pa de regreso a Xochitepec o más pa aribota... —propuso Atanasio.

—¿Cuernavaca...?

—Eso mismo, que en creyendo que las haciendas vamos a saquear, más priesa les cogerá...

—Anda, pues... Que vaya el hijo de tu hermana, Mayambé, panteras le llevan los pies a ese chamaco...

Desapareció Atanasio por la ventana y Domingo se distrajo en sus meditaciones. El día que descubrió el palenque de la sierra de Montenegro, cosa de doce o trece años atrás, con tantos hermanos que escapaban del látigo y tantas hermanas que violentadas venían a dar a este refugio lejos de la lubricidad y abuso de los amos, se convenció de que había hallado su lugar en el mundo. Una casualidad o, mejor, una invitación de un hombre que ni negro ni indio era, y que había visto una representación de un auto mariano en el convento de enanos franciscanos de Temimilcingo, lo hizo subir la sierra y dar función de muñecos a “unos amigos”. Ese día estaba cansado luego de lidiar con los caprichos de los diminutos franciscanos y su convento a escala, amén de que el precio convenido por sus servicios no pagaron completo. De hecho, Domingo y sus colegas de compañía teatral no apetecían otra cosa que llegar a una venta o pajar donde reposar sus huesos ateridos por la lluvia que les había comenzado a media función. Sin embargo, el *lobo, saltapatrás, tente en el aire* o lo que fuera, que se presentó simplemente como Atanasio, insistió con buenas maneras, que se acompañaban de varias monedas oro. Con los frailecillos, el viaje desde las minas de Taxco había resultado un fracaso económico. Luego de conciliábulo, en que Lucía no tardó en convencer a los cuatro actores y a Domingo de que importaban los dineros, aceptaron subir a la sierra. El cabeza de compañía no estaba contento, pues quería que tomaran camino para Guatemala, largo viaje, pero no se impuso a decisión tomada por mayoría. La cara de contento de Atanasio los animó, pero luego el duro camino entre guijarros y lodo, que casi hacen desbarrancar a los cómicos de la legua y a su mula, les hizo casi arrepentirse.

A mitad del ascenso escampó y los cielos cedieron su amenaza a un atardecer con magia en esos tonos naranjas,

rosas y colorados, contrastando un azul que tremolaba. Las aves despedían el día y los bichos y otros animales nocturnos anunciaban la caída del manto de estrellas sobre ellos. A pregunta insistente de Lucía, que se convirtió en a quien más interés prestaba Atanasio, de si se llegarían al fin al sitio de “unos amigos”, éste contestaba, “Ya merito, niña”. Luego de un par de horas que se iban acumulando en los tobillos trastabillantes y en brazos que jalaban a la mula Pancha, se comenzaron a escuchar tambores que a la madre África referían sin duda.

Un olvidado gozo entró en aquellos corazones, pues de los cuatro componentes de la compañía cómica, tres tenían en piel y alma tatuados los orígenes bantúes, congos, angolas o carabalís. La visión de niños negritos que corrían desnudos, de mujeres y hombres realizando tareas de construcción, de cocina, de lavado de ropa, de recolección de leña, de encendido de fogones, más los aromas variopintos que por las narices se les metían a los trashumantes, les pusieron contentos y parlanchines. La belleza del paisaje, más la arquitectura de palma y carrizo que estaba inscrita en su memoria ancestral, les hizo olvidar la humedad, el lodo y el cansancio. Atanasio los hizo acercarse al fuego acompañado de jarritos de barro con aguardiente de caña, que mujeres que iban del color canela hasta el azabache les traían. Mudaron de ropas poniendo a orear las húmedas, al tiempo que otras mujeres y niños servían alimentos que recordaban a África, sin ser otros sus ingredientes que aquellos que tan bien conocían de las tierras de la Nueva España. La preparación de éstos era lo que despertaba los recuerdos enterrados de los cómicos.

Desde aquel bienaventurado día, Domingo, negro liberto y con papeles, descubrió que había encontrado su hogar y base entre aquellos negros fugitivos y decisión tomó que

desde el palenque emprendería sus giras artísticas. Él, que había nacido sin patria debajo de los tablones de cubierta de un barco esclavista en medio del océano, ya no era un a-terrado, había encontrado su *axis mundi* y lo defendería, al igual que sus otros habitantes: con la vida. Pronto, al cabo de un par de años, la compañía del gran Domingo Angola, antes de diluirse por pleitos y envidias a causa de Lucía, amén de un dengue hemorrágico, fue aceptada como parte del cotidiano vivir del palenque. Los niños se gozaban en ver los ensayos y la construcción de marionetas. Y los habitantes todos esperaban con ansias cada estreno, pues forzoso era que el primer espectador de las nuevas obras fuese la comunidad.

La mente de Domingo Angola iba y venía por el tiempo sin lograr recordar cuántos años hacía que puso por primera vez un pie en el palenque de la sierra de Montenegro, tras la función en el convento franciscano de Temimilcingo. ¿Diez, catorce, ocho...? Caviló sobre cómo algunos viven obsesionados por contar los años y, satisfecho, se dijo que a él, del tiempo, lo único que le interesaba era vivirlo. En esos recuerdos y reflexiones estaba cuando descubrió a la convaleciente Siara que le miraba, todavía desubicada.

—¿Quién tú ere...?

—El sensacional, increíble y fabuloso clarividente, titiritero y comediante Domingo Angola, para serville y cuidalle... —contestó Domingo teatralmente, mientras miraba a la confundida muchacha que escrutaba en su memoria reciente.

—¡El de los muñecos que hablan...! —dijo al fin.

—El mesmito que viste y calza...

—Yo no recuerdo más...

—Porque no hay más que vuesa merced pudiese retener...
Los sentidos se le han ausentado...

—¿Onde estoy? ¿Pa qué me trujiste? ¿Vais a entregarme al amo?

—De primero, en sierra y monte está... —enumeró divertido—. De segundo, la truje pa descansarla y quitarle el mal de susto... Y de último, de quererla entregar, yo mesmo hubiere de llevar cadenas, que cimarrón soy —mintió—, como todos en aqueste palenque...

—¿En palenque de huidos hállome?

—Ansí mero...

Siara, que apenas se había incorporado en su lecho, se dejó caer suspirando y cerrando los ojos. Domingo la miró con devoción, pues la joven, que tendría no más de veinte años, era de una belleza indescriptible, diosa de ébano, su niña de chocolate, como habría de bautizarla de cariño. Al palpar Siara su cuerpo con las manos se alarmó e incorporó, cuidando que la manta no le resbalase de los hombros.

—¡¡¡¿Cómo es aquesto?!!!

—Escápaseme entendelle... —dijo Domingo desconcertado al ver a la dulzura convertirse en fiera en fracciones de segundo.

—¡Desnudas mis carnes están!

—Mmmh... —agregó el cómico con ternura—. Y pior, herida venía con rajada de cuidado...

—¿Fazme tocado? —dijo con ojos fieros Andrea acompañando palabra con gesto que aludía a su cuerpo debajo de la manta.

—Ciencia no ha hallado otra forma de desnudalle... —se disculpó, todavía sin comprender por dónde vendrían los tiros.

—No, tocarme de... Hacerme...

—¿Me toma por indecente?

—Pues hace muñecos...

—Pecao inmenso... —soltó carcajada mientras se persignaba burlón.

—Cosa del diablo sus palitos son...

Domingo Angola tomó las manos de la muchacha, que iba a retirarlas con violencia, pero al sentir aquel contacto humano desprovisto de malas intenciones, relajó el gesto adusto y miró aquellos ojos dulces enmarcados en la regordeta cara que le hablaba y miraba de forma tan otra a la de todos los varones que conocía.

—Los blancos dueños son del diablo y del infierno...

—¡Blasfemia! —dijo, sin pensar Siara-Andrea que palabra era esa de los amos blancos.

—Hablemos de veras... —agregó el titiritero poniéndose serio—. ¿Habeisle visto?! Al diablo, digo... No, verdá...

—Sí...

—Novedá espantable, niña...

—Mi amo sí es un demonio...

—Uy, todos... Y nos hacen pasar el infierno aquí en la tierra... En los campos de caña de azúcar, en los minerales...

—Y tú pacto tienes, no me engañas... Y si vida te debo seguro también obediencia y fornicio haz de demandar...

Domingo rio de buena gana, negando con la cabeza y silbando la canción de cuna que ya había cantado. Tomó uno de sus títeres. La muchacha, desconfiando, con mirada urgente buscó en la penumbra de la choza sus ropas, pero no pudo ubicarlas. Domingo, en silencio, comenzó a manipular a uno de sus muñecos, que lo miraba y hacía muecas con los ojos y la boca.

—¿Pa qué liberarla si nuevo yugo yo le pusiera? No, mi negrita de chocolate... —dijo muy serio, pues bautizaba de alguna manera a la que sería, al tiempo, compañera suya, y sonriendo se volvió al muñeco, que miraba indistintamente a

Andrea-Siara y a su manipulador—. ¿Te sientes endemoniado y arrecho, Pascual?

PASCUAL: Soy puerco, marrano, cara de choricido, raterillo, trapero y mariguano, señorita... Por lo demás, buena gente soy...

—Pascual, dile a la visita que acá no cobramos por liberar esclavas...

PASCUAL: Uy, no, Dominguito cacha granizos, moja canoa y le gustan las barbas rasposas... Sobre su cuello...

—¡Epa, epa, epa, mendaz Pascualillo, que te devuelvo al saco! —agregó sonriente, cerrándole un ojo—. Ni por mil reales renuncio a dama joven y bella... Aqueste miente...

Atónita, aplaudió de risas llena, con la mirada niña. No pudo resistirse y, olvidando su desnudez, tocó el muñeco que le acercaba al petate Domingo. La emoción de la muchacha era total, pues aunque en la hacienda de Cocoyoc algunos cómicos función habían hecho, primero para los amos y más tarde a la negrada y la indiada, era sólo de actores que no le parecían contener la magia que el muñeco frente a ella llevaba. Amén que, a la postre, el confesor de doña Leonor habría de prohibir las representaciones teatrales en la hacienda de don Pedro de Izaguirre. Continuaron por debajo del agua tales funciones, escasas, sólo cuando doña Leonor se ausentaba.

—¿Cómo facéis para que...? No está vivo... Pero muerto no le está, tampoco... Confusa soy...

Domingo colocó con suavidad las manos de Andrea para que manipulara el muñeco. Ella sonrió, fascinada, detallando las facciones tan bien labradas en la cabeza del muñeco, sus manecitas y zapatos, sus ropas de terciopelo a la española, que hacían pensar en los blancos que tanto aborrecer podía, porque ninguno de ellos la había mirado nunca sin

lascivia. Y no obstante la vestimenta, este muñeco tenía una peculiaridad que lo acercaba y convertía en propio: rostro y manos eran negros, como su piel, la de Andrea-Siara. Ella intentó manipular al muñeco, pero el no saber cómo, redundó en torpeza. Domingo colocó con sus manazas las pequeñas y de dedos alargados de la joven, que intentó por segunda vez.

—¿Ansí?

—Eso mismo... Y agora hala de allí y...

—¡¡¡Abrió la boca!!! —Un río de carcajadas dulces asomó en el alma de la muchacha, que con la mirada buscaba aprobación del maestro recién adoptado.

—Y tira de acá...

—Dio un golpe...

—Si bruta no salió la princesa de ébano... —se burló Domingo haciendo la voz de Pascual.

—¡Grosero! No movió la bocota... Fuisteis vos... —agregó Andrea, cada vez más recuperando su infancia arrebatada, llenándola de sonrisas y ojos risueños.

Domingo repitió la frase “Si bruta no salió la princesa de ébano...” para que la viera surgir de su propia boca y luego tomó a Pascualillo. Con habilidad de a quien oficio ha llevado años adquirirlo, manipuló al muñeco sincronizando sus labios apretados con los de la boca que gesticulaba del muñeco.

PASCUAL: Si bruta no salió...

—Yo quiero hacer... ¿Podéisme enseñar...? ¿Puedo tener muñeco propio...? —disparó en retahíla una entusiasta Andrea que se ponía en pie casi cayéndosele la manta que sus formas desnudas cubría—. ¿Cómo prestáis voz al palito...? ¿Movisteis los labios, que no le vi...?

—Calma, calma... Para amanecer mañana hay que dormir la noche, niña... —dijo Domingo mientras la volvía a acostar y le hablaba con relajante voz.

—¿Prometéis enseñarme?

—Que no se diga, que el ilustre y cien veces ponderado titiritero, Domingo Angola, desairar ha podido a dama de su aprecio —sentenció grandilocuente, aunque en voz más bien baja.

—Dormir no quiero —agregó, antes de descansar plácidamente por primera vez en años.

Domingo, con dedos hábiles, tocó puntos en cuello y sienes de Siara-Andrea, que cayó en sueño profundo. Él la acomodó en la cama y en sus brazos colocó a Pascual, que fue rápidamente apresado por la muchacha como si de una muñeca de trapo o de hoja de maíz se tratase. Domingo, que para el momento contaba con cuarenta y siete años, sintió que rejuvenecía al lado de esa belleza y juventud. No era lujuria pero tampoco cariño paternal, sino otra cosa. La cubrió comedido y tuvo el deseo de plantar sus labios en su frente, pero retiró su rostro que ya se encaminaba, reprobándose. En cambio, emprendió una nana que su madre le cantaba desde el barco en que nació, entre la costa africana y las islas Azores.

Mama eh

Yaka eh

Mwana azali kolela

Libele

Ya komela.

Mama eh

Yaka eh

Mwana azali kolela

Libele

Ya komela.

Domingo se levantó y del mismo arcón tomó arcabuz, pistola y machete. Apagó el pabilo que iluminaba apenas la choza y

en la oscuridad dejó que aún se escuchara la canción de cuna,
ahora en castilla.

*Mamá, he,
Ven, he,
El niño llora,
Tiene hambre,
Quiere mamar.*

CAPÍTULO 13

(1621)³

[AL MARGEN:] Del 6 de septiembre de 1621. Recibida en 27 del Padre Fray Alonso de Benavides de la Orden de San Francisco morador en el combento de Cuernabaca. Contra un negro cimarron que mientan Domingo de Angola y que tiene y habla con una culebra y la qual le dize lo que a de hazer y anssímesmo un palito que habla y come con el dicho negro y otras cossas.

JHS

Muy mi Señor

La afficion particular a Vuestra Merced y el preciarme de hijo desse santo tribunal a quien antes y despues de frayle he servido en muchas ocasiones me obliga a avisar a Vuestra Merced como cerca deste convento de Quauhnauc adonde soi morador se an rancheado de pocos años a esta parte algunos negros simarrones de los quales

³ 1621: Tepoztlán. Testimonio contra Domingo Angola, negro cimarrón, quien hacía bailar y cantar, en lengua congo y en castellano, unos palillos o muñecos. AGN, *Inquisición*, vol. 486 1a Parte, ff. 254r-v, 257r-259v (254-259).

an cogido dos a tres y declaran como su capitan dellos, a quien no an podido prender tiene una culebra que le habla visiblemente y confiessan estos negros presos averlo visto y oido y juntamente un palito del tamaño de un dedo el qual palito habla y come como gente y quando el negro capitan sale a robar fuera de la ranchería primero sale la culebra a ver adonde ay gallinas que hurtar y se lo viene a desir publicamente delante de los demas negros y luego va el y la culebra se queda en guarda de los demas y no los dexa salir de la rancheria hasta que venga el capitan, y quando este duerme se le pone la culebra sobre el hombro y le despierta quando viene gente y otras cosas a esta traza, el negocio está suspenso hasta que Vuestra Merced me avise y mande lo que devo haser a quien obedeceré como tan afficionado hijo suyo y deste sancto tribunal y para que Vuestra Merced me conosca por tal soy el que hise la causa en Toluca acerca del pleito que mis frailes tubieron con la justicia del marqués adonde se trató de algunas blasfemias que en aquella ocasion dixeron algunas personas cuya comission mostré a Vuestra Merced como a tan señor mio a quien Nuestro Señor me guarde en la dignidad que merece etcétera. Quauhnauc 24 de setiembre de 621.

*De Vuestra Merced afficionado capellan y servidor
Fray Alonso de Benavides [rúbrica]*

El franciscano terminó de dictar al escribano Estebanillo, novicio del convento, la causa contra el titiritero. Se sintió satisfecho, contento de que en defensa de la fe y predicando contra el arte cómico procuraba seguir los pasos de su padre confesor, fray Antonio de Escaray, que tanto le marcara a su paso por Santiago de Querétaro. Para Alonso, su confesor era inspiración en su cruzada contra la herejía y el demonio. Y ambos coincidían en que el teatro, así como las mujeres y sus afeites, eran la mejor demostración de que Satanás

se encontraba entre nosotros. El teatro y sus oficiantes corrompían con sus burlas e indecencias los sesos de los inocentes e inducían a los peores pecados conocidos y por conocer. La obra magna de Fray Antonio de Escaray, que llevaba años escribiendo y que sólo en Alonso de Benavides confiaba para ser su acucioso lector, llevaría por título *Vozes del dolor, nacidas por la multitud de pecados, que se cometen por los trages profanos, afeytes, escotados, y culpables ornatos, Que en estos miserables tiempos, y en los antecedentes ha introducido el infernal Dragón para destruir, y acabar con las almas, que con su preciosísima Sangre redimió nuestro amantísimo Jesús*.⁴ De Escaray le había comentado que, en los capítulos xxv y xxvi dedicaría anatemas, ajos y cebollas contra los comediantes y las comedias.

—¿Dónde han puesto a los denunciantes?

—¿"Denunciante", vuesa sía? Si en potro de tormento se les tiene...

—¡Coño, Estebanillo! En ser voluntarios o forzados a aquestos negros nombraremos siempre como denunciante por así convenir...

—Perdón, padre, aqueste arrebato... Sin embargo, no es a Domingo Angola al que por capitán señalan...

—¿En contradecir a vuestro superior, en pecado de soberbia os solazas? El muñequero es consumado pecador... ¿Qué mejor prueba de que instrumento del demonio es si por compañera tiene una víbora? ¿O aquesto vais a decirme que no es aterrador y verdadero si los tres negros presos en coincidir corren parejas?

—Disculpad, padre —insistió el atolondrado Estebanillo—,

⁴ El libro que, efectivamente, existe bajo este título, fue publicado en Sevilla por Thomas López de Haro en 1691. La discrepancia de época es licencia del autor actual.

pero el cómico ladrón y gavillero no es... Es aqueste otro que nombraron como Atanasio... Dijeron los presos...

—¡Denunciantes!

Un bofetón de la mano de fray Alonso de Benavides hizo rodar no sólo a Estebanillo sino también fojas, tinta, papel y pluma, resonando en las paredes del convento de San Francisco. Las noticias que tenía del cómico africano Domingo Angola se remontaban, por lo menos, a diez años atrás en que un pleito con el cura de la parroquia de Yautepec por obra, que amén de obscena, ponía vestidos a la española a muñecos africanos. Títeres que igual aspiraban a un marquesado, que hablaban de fornicación y otras impudicias. Entonces se le quiso prender, pero éste había desaparecido del Valle de Cuauhnáhuac. Desde entonces, Alonso lo tenía en su lista de mala hierba que extirpar de estos reinos del señor y debía ser inflexible así tuviese que torcer la verdad. Estebanillo aprendió a las malas que el franciscano podía ver más allá de donde los demás mortales lograban alcanzar y con temor se apoyó para levantarse en la mano que éste le extendía.

—¿Y vos creéis, Estebanillo, que el mentado Atanasio es la cabeza que conduce a los cimarrones? ¿La intelligentsia perversa? No, muchacho mío —acentuó sus palabras con voz grave y una caricia en su mejilla—, no hay peor demonio que el que lleva letras y el negro de Angola les tiene...

CAPÍTULO 14 (1617)

EN EL PALENQUE DE LA SIERRA DE MONTENEGRO, aquella mañana posterior a la llegada de Andrea Jerusalem la vida continuaba su curso con las mujeres y hombres trabajando entre la neblina espesa que las lluvias habían traído. La selva baja caducifolia proveía de plantas y árboles medicinales que otros beneficios producían a los prófugos pobladores: pochote, cuachalalate, amate, encino, cazahuate, cuatecomate, chapulixtle, palo dulce, coahulote, mezquite, tepeguaje, guamúchil y muchas especies más. Todas se empleaban para algo y Domingo Angola sabía exprimir sus “secretos”, decían los pobladores cimarrones, para hacer curas casi de cualquier mal.

Pocos en el palenque sabían que un nuevo integrante de la comunidad dormía plácidamente bajo la mirada diligente de Domingo Angola en su choza; salvo por Lucía, que espiaba por la ventana. Excepto Atanasio, que venía cargando una penca y comiendo plátano; nadie prestaba atención a Lucía mientras desperezaba el día. Él, a hurtadillas, dejó la penca de bananos regordetes y se acercó a la mulata casi blanca para picarle el costillar en son de guasa. Lucía, desprevenida, dio un brinco más asustada que ofendida.

—¡Dios bendito, Atanasio...! Marica y más que marica, hareisme fallar el corazón...

—Mi lucerito del alba, si nomás por retrechera que no se atreve a quitarme lo marica que dice su merced... Pero yo a usté, mi alma... Yo... Le pegaba unos rejuntamientos que los riñones le sacaba por la boca... —agregó socarrón, que con la sola presencia de Lucía se le endulzaba el existir. A pesar de los malos tratos que recibía a cambio y a los que, no sin dolerle, procuraba no prestar atención, él estaba convencido que perseverancia había de vencer indiferencia.

—No me asustes desta manera o te saco los ojos, negro de mierda... —espetó la mulata con furia.

—¡¡Epa, sin ofensa!!

—¡Ne-gro de mier-da!

—Pero, ¿qué tú dices? Bocaza ma grande tiene la cambujita por heredar de morisca y español.

—Cam-bu-ja tu abuela que te mal parió. Casi blanca soy... —se defendió Lucía levantando mano en amenaza de golpe.

—¡Uhhhhh, tranquila, mulata, que al Domingo sí que le permites te llame cambuja! —reprochó Atanasio.

—Domingo es Domingo... Y él es negro congo puro, mijito, que de barco descendió. Y no un jíbaro desgraciado.

—Vaya, si soy jíbaro, saltapatrás, tentenelaire, notentiendo, albarazado, jarocho... ¿Aquesto a Dios en qué ofende, Lucía? Y no ando espiando lo que no debo...

La amenazante Lucía se quebró inopinadamente y se abrazó de Atanasio que presto se acomodó a su cuerpo, plácido por un momento. Las lágrimas de la mulata y su tibieza parecerían bálsamo para su anhelante corazón, pero en realidad le provocaban una tristeza gris como la del día que levantaba sin sol. El quiebre de la muchacha que tanto apasionarle podía no era por él sino por Domingo, que ni en

embriaguez de fiesta había cedido a sus requiebros. Atanasio, con ternura herida, la separó de sí enjugando las lágrimas de Lucía con un paliacate que diligente se quitó de la cabeza.

—Corazón va onde quiere y no onde le mandan forzao, Lucía... Y así como usté no me face aprecio...

—Él me prometió...

—Negrita loca... ¿De veras crees? ¿Te palabró?

—No, pero yo sé... —insistía Lucía.

— “¡Yo sé, yo sé!” ¿Requiebro te fizo?

—¡Cierra boca! —ordenó la mulata, intentando acallar las voces que en su interior la verdad gritar pugnaban.

—Engáñate tú, pero acá en el palenque naidien te come aqueste cuento...

—Soy su preferida, mala lengua...

—Calla, trompuda —agregó el hombre con mirada compasiva—, te prefiere con sus muñecos y comedias y adivinaciones... Pa eso sí... Eres a quien más requiere... Sólo pa eso...

—Y pa más...

—No te tortures, mi alma, que duéleme...

—Y conmigo el engaño es este otro... —dijo Lucía señalándole y con el afán irreflexivo de herirle.

—Claridoso que soy y ni me ilusiono —añadió triste, clavando la mirada queriendo sustraer de la madre tierra sus secretos—. Pero usté... Deje de aplicarse rigores, niña. No se espine ese corazoncito bello, que Domingo sólo la quiere como socia y en aquesto le procura y la necesita siempre...

—Trastear a esa negra conga pa acá va a traer desgracia...

—sentenció Lucía y sus palabras calaron en Atanasio, como si de premonición se tratase.

—Que no la agarren por la boca que vuestra gracia no es pez... No haga agüeros oscuros que en palenque autoridá

española ninguna se atreve a entrar... Si en poniendo precio a su cabecita de usted desde hace años su marido, el de a de veras, ningún caza recompensas se ha metido pa estos rumbos...

—No mientes al gachupín... —suplicó con el recuerdo brotando por cicatrices ancianas.

—Diablo que a golpes la molía, mi alma...

La imagen de Gordián Casasano, su marido por leyes terrenales y divinas, vino de golpe y porrazo a demoler la seguridad rabiosa que mostraba a Atanasio que de amores, siempre velada o bruscamente, le hacía insinuaciones. En el palenque nadie, salvo éste y Domingo, sabían que Lucía había huido no de un amo sino de un marido que la maltrataba casi peor que a sus cientos de esclavos negros e indios a salario. Casasano conoció en la Real Ciudad de México a la hija bastarda de un español. Se enamoró de la mezcla de sangres por las que Lucía había de resultar morisca. Su tono de piel poco reflejaba de su herencia negra, aunque por la carnosidad de labios y rizado de cabello tampoco le pudiese negar. Esto atrajo a Casasano, que la exigió en matrimonio, pese a los consejos de sus amigos españoles que mucho le previnieron de la desventaja que sus vástagos podían tener en lo futuro. Para no atraer miradas y maledicencias, Gordián contrajo nupcias con Lucía en ceremonia con apenas un puñado de amigos. A la madre mulata de la novia sólo le permitieron seguir la ceremonia de lejos y con una mantilla que no permitiera reconocerle. Ni al festejo ni a sostener una relación cotidiana en la hacienda Casasano fue invitada jamás. Sí en cambio, su yerno le asignó doscientos pesos anuales para su manutención en la capital novohispana con la condición de quedarse ahí, donde no pudiese estorbarles ni recordar el linaje de su amada esposa. Porque el hacendado amaba a Lucía aunque él no estuviese hecho para amor sino para el grito, el insulto y los golpes.

La convivencia con Gordián, durante tres años de matrimonio, había sido para Lucía la de un perro al que de pronto se le prodiga una palmada en la cabeza y se le tira el hueso o igual a palos se le muele. Empeoró todo que los esperados herederos jamás se arraigaban en el vientre de la morisca, a quien culpaba Casasano de infertilidad. Ella reviraba preguntando si no sería él quien defecto ignoraba. Él se defendía presumiendo orgulloso su escudo de armas, sus antecedentes en la construcción de las Américas y los tantos bastardos que dejó en el camino. De hecho, su padre fue uno de los capitanes de navío que repelió en 1567 la incursión del pirata Sir Francis Drake al fuerte de San Juan de Ulúa en el puerto de la Vera Cruz. Hazaña con la que aburría a toda la servidumbre de la hacienda y, peor, a la propia Lucía, que la sabía de memoria, a fuerza de repetirla el hacendado con copas o sin ellas. Así, Gordián arremetía una y otra vez contra la mujer haciéndola responsable de la ausencia de sonrisas infantiles en la casa.

La esterilidad de Lucía quedó desmentida cuando, una noche en que éste viajaba a México, se introdujo en su alcoba un negro con el que intercambiaba miradas de deseo hacía tiempo. La semilla del esclavo se entrañó de inmediato en el vientre de la mulata-morisca que intentó, en principio, alegrar a su marido. Casasano ardió primero en felicidad y por un mes trató a Lucía como jamás antes, con mimos y cuidados sin fin, arreglando un ala de la casa grande de la hacienda para su futuro vástago. Lucía, que a fuerza de violencias de su marido se había prometido no darle descendencia, se instruyó con una curandera para, a base de hierbas y emplastos, evitar embarazos e, incluso, en una ocasión tuvo que apurar un aborto para no perpetuar la estirpe Casasano.

El engaño funcionó hasta que el deseo por el esclavo fue tan poderoso que sin cuidado alguno se amancebaron frenéticamente. Gordián hubiese incluso tragado el cuento entero si al nacimiento el bebé hubiese salido más moreno de lo que deseaba. Sin embargo, la boca del negro, que presumía de su paternidad prestada y una criada cambuja que alargó su boca hasta los oídos del amo, terminaron por desatar la catástrofe. La criatura en gestación vino a dar al piso de la recámara señorial a fuerza de patadas que el abotagado de ira Gordián Casasano propinaba a Lucía. Ella, dejando ya de sentir los golpes por ser tantos se fingió muerta y el marido cornudo fue a ahogar sus penas con las mejores botellas que recién desembarcaban de España, en previsión de gran festejo por el advenimiento de su primogénito. Fue en ese momento que el negro causante de la desgracia había sacado a hurtadillas a Lucía de la hacienda y del alcance de su marido. Y en el ir corriendo caminos toparon con la compañía de Domingo Angola, que cobijo dio a Lucía que muy pronto oficio cómico y titiritero aprendió.

—Atanasio, si Casasano fuese la mitad de cordial que tú... Ninguna necesidad de huirme hubiera...

—Acá en palenque otra vida ha jallado su merced, mi niña...

—Domingo fue... —replicó ella, intentando recordar su definitivo rescate que la alejaría del violento marido.

—Ah, ¿y aqueste mezcladito pintado está...? —Atanasio preguntó acercando su rostro al de Lucía como un tímido intento de besarla—. “Domingo fue, Domingo fue...” No, señora, yo les fice invitación de protegerse acá...

Lucía interceptó las manos de Atanasio que volaban a tocarla con ternura mientras apartaba el rostro. Era verdad que este hombre, mezcla de todas las mezclas, feo y bonito,

fuerte, todo había hecho por ganarla. Pero ella no podía, simplemente no podía atender a sus deseos.

—Entendimiento quisiera doblar las rodillas con vos, pero este otro late por aquél... —dijo a Atanasio con lágrimas inesperadas y agregó—: Ya lo dijo su merced, corazón va onde quiere y no onde le mandan...

Lucía depositó un suave beso en la mejilla de Atanasio que, mirada baja, oyó los pasos que la llevaban lejos de la choza de Domingo Angola. Él, arrojando lágrimas y llanto, se golpeó la cabeza, sentándose sobre la penca de plátanos, rabioso-triste, con el corazón en los huesos; sacando cuentas de qué había hecho mal como para no merecer a Lucía.

—¿Habrá entendederas más duras, Atanasio? Y Domingo, rival mío ahora, pero desendenantes amigo... —dijo en voz alta para sí, reprochándose celos que era absurdo tener ante amor no correspondido entre los titiriteros, que sólo le atañía por ser impedimento para el propio—. ¡Qué amigo! ¡Hermano...! Aquesta moza y su mal de amores no va a trair cosa buena...

CAPÍTULO 15 (1618)

PEDRO DE IZAGUIRRE, repuesto apenas de la herida que por centímetros libró el corazón, se dio a la caza de quien se había convertido en el mayor misterio a gritos en la hacienda de Cocoyoc. El nombre de Siara o Andrea Jerusalem, como se le había bautizado, estaba proscrito de todas las tierras que Pedro podía cubrir con su mirada desde lo alto del chacuaco de su hacienda. Aunque parecía no caber duda en la cabeza de doña Leonor Santibáñez, que tantos celos profesó a la bella Jerusalem: había sido ella. Por saberla no sólo preferida sino que su marido los sesos por la negra tenía perdidos. A pesar de mencionarse a la muchacha en voz baja por los rincones de los dominios del paraíso infernado de don Pedro, enigma se volvía para todos el cómo sola ella y sus menudas fuerzas habían podido clavar entre espalda y pecho aquel cuchillo enorme y justiciero. Alguien debía haberla auxiliado en la empresa del atentado, se especulaba.

También, para volver aquello un misterio que corría cual gacela africana entre oídos de bronce, negros y blancos, que luego reproducían bocas de todos los anchos y colores que acrecentaban rabias y heroísmo, la identidad del atacante de

Pedro de Izaguirre adquiría caras diversas que los propios Pedro y su capataz se encargaron de volver rumores para distraer del nombre de Andrea. De la cocina de la casa grande fluyó como agua en apantle la noticia de los experimentos que, con el arma misma, había hecho Francisco de Cremades con un cerdo entero. Sus empeños y fracaso por atravesar el cerdo, siendo un hombre de fuerza formidable, llevaron a la sogá a doce estupendos y fortísimos hombres africanos. Intentando confesasen bajo torturas que uñas primero y luego lengua y genitales arrancaron para después, cual desechos, colgarles ya más muertos que vivos para escarmiento de la negrada que acumulaba valentía corriendo parejas con el miedo.

Para el blasón y hombría de De Izaguirre, mancha terrible era que mujer negra le hubiese puesto la mano encima. Él, de aquella noche en que le encontraron chapoteando entre su sangre, recordaba poco, salvo que en refocilar con Andrea Jerusalem tiempo gastó hasta entrada la madrugada. Algo en Pedro le daba certeza de que la hermosa esclava y sólo ella empuñó aquel cuchillo fiero y sin embargo todo parecía desmentirlo. ¿De dónde la delgada y hermosa muchacha podría haber sacado las fuerzas hercúleas para acometer semejante empresa? Francisco de Cremades no lo había logrado siendo la fiera rabiosa que era. Y si su mano no podía, mucho menos la de una mujer. Cómplice, por tanto, Andrea hubiese requerido en el caso de proyectarlo; aquella cabecita hermosa que tantas veces le dijeron los blancos carecía de raciocinio.

La desaparición de Siara de la hacienda de Cocoyoc el día mismo del ataque a don Pedro pasó primero inadvertido hasta el día de la prueba de Francisco en la cocina. Las palabras de la esclava Felisa, la confesión reiterada en la cocina y luego en la cama del capataz aquella y muchas noches más, sumado

a la huida de la africana más bella que el patrón había contado entre sus amantes, sembraban signos claros de que, por lo menos, estuvo implicada en el atentado. Sin embargo, ¿quién pudo atreverse a aliarse con ella en tal empresa? Tenían una docena de muertos, de los que no se extrajo indicio alguno.

—Aquesto, Felisa, explicad...

—Mentirte, hermoso mío, no puedo... No le sé... Y en ignorar mi cabeza da vueltas y júroste que llené de preguntas a Guadalupe y a Pepa, que mejores amigas de Andrea eran y ellas nada saben...

Desnudos en el lecho de Francisco, las carnes color carbón de Felisa se mezclaban con la bronceada blanquecina del capataz mientras, obsesionado, éste procuraba dar luz a lo que no parecía tenerle.

—Ningún negro hacía requiebros a Andrea Jerusalem... Aquesto jurarlo puedo, porque todos temían siquiera poner los ojos en la preferida del amo.

La cacería de Andrea Jerusalem comenzó en enero de 1618 y fue discreta. Con sólo un puñado de hombres se ofrecieron dineros en pueblos cercanos, y aún lejanos, a quien información diese del paradero de Siara, por nombre africano, y Andrea Jerusalem, por cristiano. Una tercia de indios rastreadores, un español y dos criollos estuvieron en la partida de caza, comandada por el mestizo Francisco de Cremades, recorriendo los valles de Cuauhnáhuac, Toluca y México, así como los volcanes, cercanías de Puebla de los Ángeles, hasta los minerales de Taxco y más allá, en tierra caliente, sin noticias hallar de ella. Durante poco más de tres meses mantuvo la expedición, costosa y poco útil, Pedro de Izaguirre, con una impaciente cólera que la falta de resultados acrecentaba. Doña Leonor, su esposa, comenzó a arengarlo de que hallar a su atacante los llevaría a la ruina, pues,

efectivamente, hasta la zafra y el proceso de la azúcar había descuidado el amo de la hacienda de Cocoyoc en su empeño vengativo. ¿De verdad venganza buscaba? ¿O era a la princesa de ébano que requería de vuelta?

Entre ellos, Leonor y Pedro, luego de levantarse después de debatirse el segundo entre la vida y la muerte, nunca más mencionaron a Andrea Jerusalem. Ésta se convirtió en fantasma innombrable y omnipresente en casa, aunque Leonor con nana Jacinta, su criada indígena que debía prestar cuidados a los hijos que nunca habían de llegar, sí que hablaba de ella. En noches donde empinaba el codo hasta perderse, cuidada por Jacinta, doña Leonor planificaba mil muertes para la negra congo que le robó el corazón de su marido. Quería olvidar y, sobre todo, que Pedro olvidara.

—Al ojo del amo engorda el caballo, Pedro... Deja ya tu cacería que justicia divina hay y en abundancia —le decía Leonor en doble sentido, pues no sólo los negocios de la caña de azúcar olvidaba sino los de sus carnes en comunión.

El vacío en el ánimo de doña Leonor, no obstante tener de vuelta en su lecho a Pedro, no había cejado. Antes, por el contrario, parecía acrecentarse con los fantasmas que a éste habitaban y que ella hacía propios. No había plato que se sirviera en su inmensa y desolada mesa que tuviese sazón o, al menos, eso le parecía, pues otros comensales invitados, cuando les había, elogiaban las recetas españolas o bien la comida oriunda que se preparaba en la cocina de las negras. Por los rincones, pero principalmente en soledad, ocupaba sus horas en alimentar un ligero malestar que a veces devenía en abismo cruento, hueco, sin sentido. Un día, el hacendado halló a su mujer pasada de copas y acariciando sobre su regazo a la bebé indígena de una de las criadas, a la que pedía por las tardes llevarle a la recién nacida. La visión espantó

al principio a Pedro, que al fin hacía a un lado sus urgencias egoístas y miraba a Leonor como un ser que sufría a su lado. Así, en su talante de señor todo poderoso que a nadie rinde cuentas salvo al rey, comenzó a acunar una idea para aliviar la miseria de su mujer.

Pedro de Izaguirre renunció a la búsqueda de Siara sólo de palabra, pues, era verdad, sin De Cremades en la hacienda las cosas no marchaban bien y se requería su mano dura. Necesitaba al capataz para enderezar todos los procesos que habían traído gloria y riqueza a su hacienda, que no sólo endulzaba paladares novohispanos sino principalmente europeos. Y así, Pedro pareció desistir de la caza y dedicó sus pensamientos y energías a otras empresas, como producir su propio aguardiente y ron de caña, que por entonces monopolizaban otras haciendas. También emprendió la siembra del cacao, que buenos rendimientos tenía, aunque de zona más caliente era.

Su humor cambió, un Pedro, entre amargo y dulce, abandonó por un tiempo el perderse debajo de las faldas de las negras, que respiraron extrañadas de librarse de esas violencias a las que parecían destinadas. Dejó de frecuentar el centro de venta de esclavos de Yautepec cuando Cocoyoc requería de nuevos brazos para la siembra y zafra. Descargó en De Cremades la tarea de comprar a la nueva esclavonía advirtiéndole que no quería mujeres, que prefería, en todo caso para las labores domésticas y de cocina, algún africano manfloro, que bien podría realizarlas. Regresó, también, al lecho de doña Leonor, donde encontraron nuevos placeres que él enseñaba de las exploraciones fantásticas que logró con Andrea Jerusalem. El hacendado dedicó tiempo y cortesía en holgar y dar placer a su mujer, que lo vivió como la mejor época de su vida. Sólo ensombrecía su dicha la ausencia en

sus entrañas de heredero que por fin pusiera estacas a los pies de su marido y la llenara de certeza y sosiego. Leonor se culpaba de esa esterilidad, que la regresaba a la tentación de beber a escondidas en esta etapa que tan próspera era para su matrimonio y bienes materiales.

Para Pedro no pasaba inadvertido el dolor de su mujer por la ausencia de hijos. Nada lo haría. Pedro, amén de derramarse demasiado pronto en cualquier mujer, excepto Andrea Jerusalem (cosa que sabía en lo más profundo de su ser), no preñó a ninguna de todas esas negras que tomó por ser suyas, propiedad, igual que un caballo, un cerdo o una vaca. Su semilla era estéril. En la hacienda, las mujeres abusadas agradecían que el amo no tuviese pólvora suficiente, pues el vientre de esclava habría de producir otro esclavo más, sin importar la sangre del padre, incrementando la cadena interminable de sufrimiento. Una cadena que sólo el amo podía romper si reconocía a su descendencia y le daba libertad. La esterilidad de Pedro, pues, si bien poco se le mencionaba aunque mucho se bendecía, era un secreto que nadie ponía en orejas de Leonor de Santibáñez. Vaya, ni su nana Jacinta, que desconfiaba de los dichos de la negrada y se negaba a sumar mortificaciones a su señora.

Pedro de Izaguirre, luego de cruzar varias misivas con un convento de carmelitas descalzas, fue a México en empresa privada, anunciándolo a su mujer como una “sorpresa”. Se acercaban navidades de 1618. Los temores de Leonor de que el nuevo Pedro se perdiera volvieron a anidar en su confusa mente y vivió con angustia los cinco días de ausencia. Nana Jacinta procuraba llenarle de lechugas sus baños calientes y ofrecerle infusiones de azahar, romero y moringa que la tuviesen sosiega. El regreso de Pedro fue una celebración con indios músicos y cantores que trajo del convento de

San Francisco, en Cuernavaca. Se mataron cinco reses, diez cerdos y cincuenta gallinas, amén de pulque, aguas frescas y aguardiente. Fue una fiesta que aún a los esclavos se convidó de comida y bebida abundante, pues se anunciaba al heredero de don Pedro de Izaguirre y doña Leonor de Santibáñez. Ella, desconcertada por la sorpresa rubiecita y blanquísima que entre sedas se removía graciosamente, con su penecito al aire, se volvía un mar de lágrimas de gratitud y felicidad plena.

—¡Soy mamá, coño, soy madre!

—Sois la madre de varón sano que nos ha de hacer prósperos, felices y longevos —anticipó con unas copas de más Pedro—. Un heredero nos traerá cuando menos sonrisas en esta casa tan grande y tan ausente dellas.

Los días se convirtieron en meses y, efectivamente, la casa grande se llenó de niños indígenas e incluso esclavos, que eran convidados a ver al niño que, por tener once meses de nacido cuando lo recibieron los De Izaguirre, ya comenzaba a caminar y a reír. Por todo lo alto, las más límpidas carcajadas del pequeño traían a ambos padres adoptivos vueltos unos bobos, haciéndole gracejadas. La cada vez más encorvada nana Jacinta terminaba sus jornadas exhausta, pero con una misión más noble que la de sobrellevar las borracheras de su patrona. De hecho, Leonor no volvió a tocar una gota de alcohol y lo prohibió a la mesa, salvo en festividades. Pedro reía y mandaba construir cosas insólitas o traer de España regalos costosos, como monturas para niños, un poni, casa en el árbol adosada al guamúchil frente a la casa grande e, incluso, una lente telescopio que había costado un ojo de la cara, pero que usaba por las noches para enseñar a su bebé las estrellas, aunque le atendiera desinteresadamente. Y así, gastaron meses y dineros hasta muy entrado el 1619 en ese

experimento de ser felices, una especie de burbuja que no tardaría en pincharse.

El niño era un juguete con el que distraía el hacendado sus malos pensamientos, esas urgencias que cuando no lograba desahogarlas con Leonor lo hacía a mano limpia. Y siempre, invariablemente, imaginaba a Siara en la primera vez que había logrado que él retuviera su simiente hasta el momento preciso en que ambos cuerpos cumpliesen el intercambio que ponía finitud al placer. Siara o Andrea Jerusalem volvía a él en recuerdos, creyéndola ya fuera de su alma. Con el tiempo fue como una espina que se adentraba más y más hondo en la carne.

Así, un día, descubrió que no deseaba, por nada en el mundo, renunciar a su reina de ébano, a pesar de no haber logrado tener de ella noticia alguna.

CAPÍTULO 16 (1617)

LA MÚSICA DE TAMBORES AFRICANOS se fundía aquella mañana en el palenque con unas voces de niñas que cantaban en lengua angola. Desperzando el día, entre humedad de las lluvias y un sol que ya levantaba, se anunciaba ya ese calor que pegaba las ropas a los cuerpos. En la choza de Domingo, Andrea, ya mucho más recuperada, sentada en el piso y melancólica, apretaba y mecía en su pecho al títere Pascualillo. Era sólo su tercer día ahí y no lograba sentir que podría pertenecer a ese sitio. Ideas en su cabeza iban y venían sin orden ni concierto, llenándole de angustia, pues la imagen de Pedro de Izaguirre montándola y luego tendido en un charco de sangre no la abandonaba. La boca del amo siempre babeante de deseo y que con dientes voraces le mordía durante el sexo venía a su memoria, como la de un pez que se ha sacado del agua, intentando respirar lo irrespirable mientras la sangre se le va del cuerpo. Sabía que entre los negros cimarrones lugar seguro tenía e, incluso, le entusiasmaba ese nuevo apetito de conocer el oficio titiritero. Sin embargo, algo dentro de ella la impulsaba a la

huida. ¿Partir, a dónde? A donde fuera. Sentía el impulso de correr, de seguir a salto de mata hacia ninguna parte.

Lucía espiaba por la ventana a la nueva adquisición del palenque y, lo que parecía peor, de la compañía de teatro de muñecos. Los celos sin freno de la mulata ya en otros momentos habían dado dolores de cabeza a Domingo. No obstante, reconocía en ella un talento innato para insuflar la vida a una marioneta. Dentro de Lucía la convicción de que Domingo le pertenecía, aunque éste nunca la hubiese tocado, la ponía al borde de oscuro abismo. Ella no dejaba de interpretar una y otra vez las muestras de admiración y afecto del comediante africano como signos de amor. En su imaginación se convencía de que, por más que pasaran ya diez años de colaboración continua, éste no se atrevía a declararse. Así, cualquier intromisión de otro en la compañía parecía siempre irritarle y procuraba sabotear su permanencia, sin importar que de varón o mujer se tratase. Por su parte, Domingo no era tan ingenuo como para ignorar los sentimientos de Lucía y procuraba disuadirla en sus intentos y hasta le buscaba y animaba con pretendientes que luego se arrepentía de proponer. Pero tal retractación obedecía más a su miedo de perderla como colaboradora que a un sentimiento de correspondencia con los anhelos de la mulata.

En la aldea se comenzó a escuchar gran alboroto y Andrea miró asustada a la puerta. Se levantó y fue hasta ella sin percatarse de que Lucía observaba. Regresó al lecho y luego fue hasta un pequeño cofre sobre la mesa del que sacó monedas, que metió apresurada en un morral de ixtle. Dudó por un momento y también metió al muñeco Pascualillo. Lucía, infiriendo las intenciones de la negra, desapareció de la ventana a toda prisa. Era su oportunidad de deshacerse de ella. Andrea Jerusalem, turbada, se sentó en el camastro, llorando

y reprobándose, pues la hospitalidad y el respeto que debía estaba poniendo en juego. Al fin, tomó el morral y decidida iba a salir, pero una víbora de vara y media de largo le cerró el paso amenazante, siseando de manera tan particular que pareciera como si de un lenguaje se tratara. Andrea pegó un grito y dio un salto atrás.

—¡Ay, dobletriplehijueputa! Quítate, alimaña, que llevo prisa... Agora te mato si no te quitas...

La víbora no sólo no se quitó, sino que se levantó medio metro en actitud resuelta y con una mirada que la negra Jerusalem interpretó de inteligencia. El susto de Andrea era tanto que echó mano de un machete que había colgado entre los carrizos de la pared. Resuelta, intentó atacar a la víbora, pero ésta le aprisionó la mano con que matarle pretendía, trepando a una velocidad que heló la sangre de la muchacha que se daba por muerta. A Andrea se le ausentaron las fuerzas del brazo y el machete simplemente se deslizó al piso como fruta madura que cae de una rama.

—¡Mielda! ¡Maldita, soltadme que aqueste es mi brazo! No vayáis a morderme, te lo suplico, bicho infernal. Vos sois causante de pecado de pimeros taitas y perdición. ¿Qué me facéis?

Domingo había llegado a la puerta con arcabuz al hombro y pistola en mano seguida de la intrigante Andrea, que retorció la boca de satisfacción. Sin embargo, ante la imagen, Domingo retrocedió en silencio para aparecer después por la ventana, sorprendido. La víbora hablaba al oído a Andrea en siseos que dejaban suspensa a la muchacha. Lucía intentó musitar algo, pero Domingo la calló con un gesto y le hizo seña de que mirara. El regordete hombretón estaba intrigado y lleno de asombro. Andrea contestaba a la víbora lo que ésta le inquiría en su lengua.

—¿Cómo no habría de juirme, si vendrán a por mí a llevarme de regreso con el amo?

La víbora siseó a su oreja.

—Los cazarrecompensas despiadados son, hija mía... ¡Cómo que no!

Domingo desapareció de la ventana junto con Lucía para aparecer sigilosamente en la puerta, asomando apenas las cabezas mientras la víbora siseaba nuevamente al oído de Andrea.

—¿Y qué va a facer agora un triste comediante y sus palitos contra la maldá de los blancos, mijita? Na de na... Sin remedio...

Y como si esperase esa frase sola para entrar teatralmente, Domingo dio un par de zancadas y dejó en un rincón el arcabuz y la pistola. Atrás de él Lucía, con evidente satisfacción.

—Ti-ti-ri-te-ro, niña, así se nos mienta. Suelta, Clementina.

La víbora liberó a Andrea y se subió por pierna, cintura, torso y cuello a Domingo, que comenzó a acariciarla y a hacerle mimos. Los ojos del cómico brillaban con la luz del que ha hecho un descubrimiento fuera de serie. La víbora le siseó algo y éste rasgó el silencio con sonora carcajada. Andrea moría de vergüenza y Lucía sonreía satisfecha.

—¡Nombre tiene la enviada del demonio! —masculó apenas Andrea.

—¡Y tú hablar con ella puedes! —agregó Domingo, divertido—. Rara cosa... Único me creía en el reino...

—Le entiendo todo... —repuso Andrea, aterrada.

—Hurtando cosas descubrilla... —denunció Lucía.

—¿Vos robarme buscabas, niña...? —la miró más divertido que censor, ausente de enojo y rodeándola mientras caminaba.

—Andrea...

—¿Ansí te llamas? ¿No era Siara, acaso?

—No, sí... Andrea Jerusalem el cristiano... —asintió confusa mientras sacaba las monedas del morral de ixtle y las devolvía al cofre—. Y no... Yo no quería... ¡Lo juro! Mi corazón no quería, pero el miedo me llevaba, señor...

—Antes ya me tuteabas... —añadió Domingo con una sonrisa bonachona.

—¿Qué más tenéis en ese saco? Ladrona, embustera...

Arremetió Lucía con furia queriendo evidenciarla y, no obstante, se contenía desconcertada al ver la actitud inexplicablemente relajada de su compañero de oficio. Andrea, con la mirada en el piso, sacó a Pascualillo del saco y lo abrazó fuerte como si un bebé del pecho le fuesen a arrancar. Domingo se conmovió y la víbora le siseó al oído. Lucía hizo intento de recoger al muñeco con violencia, pero en un rápido movimiento la víbora se lo impidió.

—Confusa soy... —alcanzó a gruñir.

—Detente, Lucía... Andrea Jerusalem no puede haberse robado nada...

—Mentirosa no soy... Clementina sí y también esa maldita negra... Embaucadora.

—Las monedas y Pascualillo regalos son que le fice desdendenantes. ¡Ayer mesmito! —dijo Domingo tomando las monedas del cofre y depositándolas en las delgadas manos de la negra, cruzando con ella una mirada que Lucía le desconocía.

La mulata salió furiosa, con un dolor como de piedra ardiendo, o de sangre helada que le subía por el pecho. Gritos en su sesera le advertían que era, para ella, el principio del fin. Andrea miró con ojos enamorados a Domingo Angola.

—Nada, pues, me debes, niña...

—Andrea... No niña...

—¡¡¡Y Jerusalem!!! —añadió Domingo con una carcajada y extendiendo sus manos como si un cartel dibujara en el Coliseo Nuevo de la Ciudad de México—. Aquesto es muy teatral. No precisaremos trocar tu nombre. El tuyo propio será tu nombre de cómica de la legua, si su merced accede... ¡Andrea Jerusalem!

Domingo iba a continuar una perorata llena de planes para la nueva actriz de la compañía cuando lo detuvo la melancolía y confusión de la joven.

—De otra manera... ¿Preferis...?

—Huirme... —dijo Andrea sin pensar la palabra, que brotaba de sus labios como la bala de un arcabuz.

—¿Cómo de casa huir? —contestó decepcionado—. Aquesta tierrita, palenque de muchos otros huidos como vos y como yo, refugio es, hogar. Habremos de construirte una casita pa ti sola. Pero sólo si queréis... —la víbora siseó en su oído—. Y Pascualillo exige que el oficio titiritero...

—Le aprenda con devoción... —se adelantó Andrea, que había comprendido lo que la víbora Clementina decía.

—Si voluntad tenéis...

—Susto me carcome. ¿Por qué a la culebra infernal entendelle puedo?

—Especial eres, Andrea Jerusalem —dijo entusiasmado Domingo, anticipando en su sesera el porvenir—. Y mucho futuro tenéis si conmigo la legua compartís. Planes tengo para máquinas de asombro... Para adivinaciones que del truco me conozco... Para... Claro, comedias y sainetes de muñecos...

—¿Mío es Pascualillo? —interrumpió Andrea—. ¿De veras?

—De veras.

—¿Enseñareisme? —preguntó con voz y ojos mientras en abrazo inédito sus carnes juntaba con las del cómico.

—Sólo si deseo te aconseja —dijo éste, intimidado y feliz.

—Horrible es aquesto que me pasa... —agregó con nubarrones en sus ojos—. Porque deseo voces da en la cabeza...

Domingo, con un tornado de emociones se desembarazó suavemente de los brazos tibios y estilizados de Andrea. Un volcán despertaba y competía con don Goyo, a cuyas faldas alguna vez había subido para probar a qué sabía la nieve. Por un segundo sus miradas se cruzaron y el aterido corazón del titiritero, con sus casi cincuenta años a cuestas, despertó, luego de tenerlo siempre al servicio de los demás y nunca para el suyo. Clementina, pasmada por escena tan insólita, un siseo por fin se atrevió a echar, rompiendo con el silencio extático que se instaló entre la muchacha y el hombre regordete.

—Tienes razón, Clementina. Los muchachos perdieron por Temixco a los cazarrecompensas que en buscarnos empeño ponen... —y metiendo en un ato de manta hierbas que entregaba a Andrea le pidió suavemente—. Les desorientaron, pero heridos hay y ayuda requieren. Es fuerza que llesves medecina a Atanasio y pide a las mujeres hiervan agua... Ya sois parte de aquesta comunidad, Siara...

—Obedezco... —contestó Andrea tomándole las manos...

—Obediencia no... —negó con la cabeza al tiempo que besaba las manos de la muchacha—. Ayuda, entre todos. *Ubuntu* decimos en nuestra lengua, mi niña Jerusalem...

—¡*Ubuntu*...? No le recuerdo ni en sueños. Perdida tengo la lengua de mi madre y de mi hermana.

—*Ubuntu* nos dice que *yo soy porque nosotros somos*, en armonía, en justicia...

—¿Y yo también soy nosotros?

—Tú también, Andrea Jerusalem —rio de buena gana el hombre—. Ahora corre, que los heridos morirse pueden.

—¡Ubuntu! ¡Ubuntu! ¡Ubuntu! ¡Ubuntu! —salió de la choza Andrea Jerusalem, como si la palabra fuese un descubrimiento que le conectara con un pasado cercenado de un tajo por espada. Víbora y cómico fueron a la puerta y la vieron alejarse entre las chozas y árboles frondosos del escondido poblado. Clementina, sarcástica —si es que un reptil puede serlo—, siseó a la oreja de Domingo, que se embebía con la imagen evanescente de Andrea.

—Lo sé, mendaz y contemplada, ¡calla...! Es muy joven para mí... No habéis de repetirlo, que martillo es en cabeza y corazón... —confesó dando un suspiro—. ¡De mi alma apiádate, Oshún, Diosa que todo arropas y todo ahogas...! Y tú, Clementina, déjame solo, que perdido soy...

La víbora Clementina, luego de reptar en descenso por el cuerpo de Domingo, salió de la choza en busca del desayuno, que podía consistir en ratones de campo, una pequeña iguana o una cría de conejo. Domingo, a solas, retomó la construcción de una caja sellada a la que hizo un orificio circular en el que engarzó un grueso bambú que se resistía a perder su verde colorido. El cómico había visto a una compañía italiana de espectáculos de asombro con la que coincidió en una gira en el Casa de Comedias de Puebla de los Ángeles, misma que, amén de fenómenos humanos —como “el hombre tronco”, al que le faltaban todas las extremidades; o la mujer araña, que podía hacer contorsiones con sus piernas, brazos, torso y cabeza—, también mostraban cómo hacer fuego con lentes de vidrio con la luz del sol, o bien aumentar el tamaño de las cosas, o pasar entre una lente y una vela de pabilo una imagen pintada en vidrio, agrandándola sobre una pared o una tela blancas. Esta última atracción le había fascinado, pero se daba cuenta de que algo fallaba, pues la luz apenas lograba que la lente consiguiera su efecto ideal, o al menos así lo imaginaba

Domingo. Aunque pasó trabajos, un experto del Real de Minas de Taxco había presumido una gran lente cóncava en una cena que habían ofrecido a Domingo Angola y compañía después de una espléndida función. El hombre, al ver el interés del cómico por las cosas de la física, le hizo explicaciones mil y terminó por regalarle su lente maravillosa, pues pronto volvería a España y no le haría falta. Así, esa mañana en que retumbaba su corazón al descubrir que la joven Siara hablaba con su serpiente y enamorar su maduro corazón conseguía, llegaba al fin la idea para concretar con la lente de aumento su caja de asombros, su linterna mágica.

—Y aquesto para lo que tan viejo estoy —se dijo—, que parezco fecho de herrumbre, y... Mejor es ocuparme en nueva invención...

Se aplicó no sólo en terminar de construir la caja sino en probar si la pólvora que él mismo preparaba para el buen resguardo del palenque funcionaría como fuente de luz. La pólvora la obtenía con la mezcla de azufre que le traían del Popocatepetl, carbón de leña especial que él quemaba y el nitrato que sustraía del salitre de las cuevas de Temimilcingo. La prueba casi incendia su choza y tuvo que apagar el fuego con un telón del teatrino. Muerto de risa y tos, salió a tomar aire a causa de la humareda de la ignición.

—Estoy bien, gracias —dijo a los curiosos mulatos y negros que se acercaron a ver lo ocurrido.

Una vez recuperado el aliento, Domingo regresó para seguir probando. Un hilo de tristeza se le adhirió en el alma, como se pega la leche del árbol de chicle. Plenitud y abismo, contento y funestos pensamientos, descubrimientos e inseguridades; todo habitaba en la grosera geografía de Domingo Angola. La misma música de la mañana, con voces

de niñas cantando afuera, serenó al turbado hombretón, que continuó construyendo su artefacto entre suspiros.

—¡Mira, ve, el corazón vuela todavía y tan apriesa!

CAPÍTULO 17

(1620)

A PESAR DE LOS DINEROS ofrecidos por información sobre el paradero de Andrea Jerusalem, Pedro de Izaguirre desesperaba. Sólo conseguía, de dudosos informantes, referencias improbables del paso de una bellísima negra por Malinalco, Tepoztlán, Tlayacapan, Coatepec, Ozumba o Amecameca, al norte; Ocuituco, Tetela del Volcán, Ahuatelco o Anenecuilco, al oriente; Miacatlán, Tetecala, Coatetelco o Taxco, al poniente; y Tlaltizapán, Tlaquiltenango, Teopalcingo, Tehuixtla o Huautla, al sur. Pero todas las ocasiones parecía esfumarse en la niebla espesa la figura de la africana que había sorbido los sesos del dueño de la hacienda de Cocoyoc.

—¿Para qué, patrón? ¿Por qué apuráis mortífero veneno? ¿Qué paz hallaréis en encontrar a la fermentida? —preguntaba Francisco de Cremades, su hombre de confianza, en una pausa que en Tetecala hicieron luego de otra falsa pista—. ¿Y Pedrito y la patrona? ¿Sabe cuántos sueldos ha gastado en el empeño vuesa merced? ¿Cree faltos de entendederas a la negra maldita y su cómplice, que casi le quita la vida, como para no poner hartas leguas de por medio? Las noticias verdaderas y no

aquestas mendaces han de llegar de Valladolid o del Nuevo León... Incluso de más lejos, del virreinato del Perú o del de Nueva Granada, y vos en descuido tenéis a doña Leonor y al heredero... Ansí su mujer pierde el sano juicio y nosotros el control de las cosas de la hacienda. Mire que hasta el señor de Cocoyoc, ese indio ladino, ha tomado tierras que no son de él sino vuestras.

Los pensamientos de Pedro no distaban de los que su brazo derecho pronunciaba sin empacho ni mesura. A Francisco le faltaba criterio que le permitiese darse cuenta del daño que provocaba. El español volteó a ver a su subalterno mestizo con ganas de sorrajarle uno de los tiros de su pistola de doble cañón. Sin embargo, las saetas que éste le mandaba las sabía certeras, aunque oídos tapiados ensartaran.

—Solamente deseo tenelle frente a mí.

—¿Para matalle?

—¡¡¡Dios, no sé!!! —atinó a decir un confuso Pedro—. Para en asesinas manos extraerle el último suspiro... Aunque flaquearía, Francisco, no podría. Anhele tenelle y holgar con ella de nueva cuenta, aunque en el intento pierda la vida... Al compartir cama por las noches con Leonor, cuando lascivia endurece mi pieza, no es sino a Siara a quien imagino...

—Andrea Jerusalem le bautizasteis...

—Ese mismo demonio que carcome y en deseos funde mi alma... ¡Le quiero de vuelta, Francisco, de vuelta y dócil y que de amores me contemple y llene! Y yo le mimaría e, incluso, libertad daría a cambio de lealtad... De todo soy capaz...

Entraron a Tetecala por bastimento y agua para los caballos. Encontraron que había fiesta a San Francisco, santo patrono del pueblo, con danzas, representación cómica y mercado, del cual manaban voces muchas:

—Chichicuilotitos tiernos...

—Tamales de chile y ciruela...

—Mariguanita pa las reumas...

—¡Venga al teatro!

—¡Pinole pa que chifle...!

El ambiente festivo ponía la sangre de Francisco de Cremades con ganas de jolgorio, tragos y tirar unos maravedíes en una prostituta criolla o española; o unos naipes, que tanto le apasionaban y en los que podía perder no sólo monedas sino días y la templanza como para no matar un cristiano. Sin embargo, quería complacer a su patrón y distraerle de la frustración de que una vez más abandonaron Cocoyoc para nada. Pedro, envuelto por la música, los pregones de los vendedores y los olores de la mercadería, reconoció que estos territorios del imperio sabían embriagar los sentidos.

—¿Queréis ver la comedia, don Pedro?

—Hombre, he escuchado que le anuncian y en distraer aqueste talante taciturno... No lo sé...

Pedro y Francisco dejaron sus caballos al cuidado del indio que había dado la falsa pista y que juraba que una mujer, tal como la pintaban, rondaba por esos pueblos y que le mentaban, por lo que oía aquí y allá, Jerusalem. El indio les acompañó en la travesía por ver sus esfuerzos coronados con las monedas que la recompensa ofrecía y que, también frustrado, las manos llevaría vacías. En el principio de sus esporádicas excursiones para buscar a Andrea, Pedro hubiese zarandeado o molido a golpes al ineficaz informante. Ahora, se limitó a hacer un gesto de decepción y su ánimo se fue impregnando de la fiesta. Camino al atrio que acondicionaron para la función de teatro que se anunciaba, dieron paseo despreocupado entre los puestos del mercado y un jacalón donde vendían pulque y mezcal del que beben los indios. Francisco requería impostergablemente llenar el vacío de

una cacería infructuosa y bebió indistintamente un jarro del baboso pulque y un vasito del fuerte mezcal y se quedó platicando con el vendedor sobre maneras de procesar el maguey.

Pedro, en cambio, luego de un par de mezcales, se distrajo fuera del jacalón viendo unas telas que vendía una india y entonces escuchó clara, o creyó imaginar, la voz de Andrea-Siara que abofeteaba dulcemente su oído, rostro, sentidos. Volvió la cabeza hacia donde adivinaba provenía el timbre conocido y nada halló: ni sombra ni fantasma. Entre la multitud no sólo indios, mestizos, criollos y apenas un puñado de españoles se veían: también negros libertos o cimarrones que mercaderías vendían, producto de sus oficios de carpinteros o artesanos. Mujeres, hombres, ancianos y niños negros en los que Pedro, por su imaginación anhelante o por los humos del mezcal indígena, creía reconocer a Siara. No, no creía, quería reconocerla en ellos.

—¿Os encontráis bien, patrón? —preguntó preocupado Francisco al percibir la mirada confundida, como la del niño que se ha apartado de su madre en una procesión o pelea de gallos.

—Puedo juraros que... Le he oído... Le... —trastabilló hasta chocar sus ojos con los del interrogante capataz—. ¡Nada! ¡Vámonos para Cocoyoc!

—¿Y la comedia?

—Es de muñecos y muy graciosa —les soltó un niño que pasaba con una sonrisa ilusionada, cuya tez figuraría un carbón de no ser por unos manchones desteñidos—. Vengan sus mercedes...

—¿De muñecos? —se preguntó un decepcionado De Cremades—. Si lo que yo me proponía era piropear a gritos a las comediantas, por ver si al final alguna a fornicio se acomodaba.

—Pues con los muñecos lo que menos veréis será a las comediantas —rio Pedro nerviosamente, todavía queriendo ensanchar horizontes para alcanzar con sus pupilas a la negra de sus desvelos.

—¡Coño, muñecos, cosa de niños! ¿O vos queréis...? Podríais llevarles a la casa grande a divertir al primogénito y a doña Leonor...

—No estoy de humor... Le estaba, pero ya no... Aquesta sombra esquiva en negárseme sólo acrecienta anhelo y pena, Francisco...

Entre los anuncios a gritos de venta de mercadería y de la comedia de muñecos los hombres ensillaron y con las riendas guiaron a sus jamelgos de regreso a casa.

CAPÍTULO 18 (1620)

LA COMPAÑÍA DE DOMINGO ANGOLA llegó a Tetecala temprano, pues les requirieron con apremio para engalanar la fiesta del santo patrono, San Francisco de Asís. Andrea y Lucía se dieron a la tarea de indicar a los macehuales, que ayudaban bajo las órdenes de un mestizo, cómo instalar un tablado para que niñas y niños, ancianos y demás habitantes pudiesen disfrutar de la representación de esa tarde. A pesar de que solicitaron los cómicos realizarla de noche por algunas fantasmagorías que quería poner en práctica Domingo, el sacerdote de Tetecala se opuso, pues mucha madera tenían instalada en los andamios para la construcción de la parroquia y el miedo le aconsejó alejar el fuego de las antorchas que serían necesarias para la representación.

Así, mientras la negra y la mulata apercibían el escenario, limpiaban muñecos y daban retoques de pintura a alguno cuya cara se raspó en el viaje por un traspié de la mula Pancha, el titiritero, dándose un baño en el riachuelo cercano, rumiaba los versos que había arreglado de una comedia escrita por un muchachito poblano aspirante a jesuita, Matías de Bocanegra⁵.

⁵ Licencia del autor. Bocanegra nació en 1612 y murió en 1668. La obra en cuestión es la *Comedia de San Francisco de Borja*, en *Tres piezas teatrales del virreinato*, UNAM, 1976.

El tal “fautor” de comedias le había suplicado se llevasen una copia de su “prima ópera”, como le llamó. Domingo la arrumbó en su arcón de libretos y cuando le pidieron obra nueva y no vista en Tetecala la desempolvó y puso arreglo y recortes, pues era muy larga para ser soportada en teatro de muñecos. Y ahora, en aquel riachuelo, el regordete africano sufría en aprenderse los versos, pues la memoria le era enemiga en los últimos días. En esas estaba cuando un muchachito que les acompañó desde el palenque y a quien apodaban Frijolito, por estar pinta su piel, vino a advertir que Lucía y Andrea en pelea campal se hallaban.

Domingo vistió apurado y a las dos mujeres las llenó de regaños, achacando vilezas y estrechez de corazón para hacer de su arte un regalo y no elemento de discordia. Iba a continuar con severo sermón sobre el compromiso y entrega de un comediante cuando Andrea lo paró en seco.

—En yerrar vuestras saetas no atinas, Domingo, que aquesta barragana del demonio no os confiesa la malicia de su pecado.

—¿Y cuál es aqueste? —preguntó Domingo desconcertado.

—No prestéis oídos que Andrea en agraviarme no ceja y de maltratos me llena pese a ser yo quien del oficio destreza tiene —se defendió Lucía.

—¿No le vais a decir? Facedlo agora que le tienes a un palmo, cobarde aborrecida —la acorraló Andrea.

—Oigo —se aprestó el hombre, que apresuraba futuros en adivinar que nada bueno podía venir de esta reyerta.

—Que yo... —titubeó Lucía agachando la mirada—. Que es ella o yo... Elegid o de vuestra compañía prescindir podéis de mi presencia.

—Que os ama, Domingo, y en tenerte, tal amor errado me piensa rival y enemiga y no cae en cuenta que es como el mortífero veneno que daña a quien lo vierte inadvertido.

—¿Queréis que jeta y hocico os empotre en aqueste leño?

—Rogada rogando lo ajeno.

—Vos habéismelo robado...

—¡Lucía, coño! —pegó grito Domingo y las dos mujeres guardaron silencio—. ¿Por qué os hacéis daño y dejáis que de esta suerte vuestros sentidos equivoquen y traspíen den.

—No sigáis —suplicó Lucía mientras Domingo le tomaba el rostro con las manos.

—Sois mi compañera, mi socia en aqueste hermoso malhechorado del teatro, y amiga... Sois amiga tan solo y motivos no creo haberos dado... Si interpretasteis gesto, expresión o cariño por promesa os debéis desengañar...

Lucía no pudo más y salió corriendo perdiéndose entre los puestos de comida y mercaderías. Cuando Domingo volvió su mirada solicitante de complicidad hacia Andrea, la halló rota, descompuesta y contrita en un contenido mar de lágrimas.

—¿Qué he fecho, Domingo mío?! Ruin soy, peste en inmundo cieno.

—Ya, basta, Andrea, que abusas de mi aprecio y querellosa andas de continuo con Lucía.

—Ella mesma es discordia que destila, escorpión herido.

Domingo salió del atrio en donde los indios habían ya gozado de comedia de amores despechados con toques de tragedia e incluso más de uno, despistado y creyendo que aquello era un ensaye, prorrumpió en aplausos. Andrea les despidió a gritos y los puso a trabajar, que atrasados estaban aún clavando el tablado. Mucho tardaron en volver Lucía y Domingo y al cabo Siara pidió disculpas, pero al ver que no

eran suficientes para reestablecer el trato cordial, atendió un gesto de Domingo que la invitaba a ir a pasear.

En realidad, para la función prácticamente todo estaba listo y bien podía relajarse viendo baratijas y comprando las hierbas que precisaba el titiritero para sus curaciones en el palenque. Iba caminando y preguntando precios cerca del jacal de pulques cuando una figura heló su sangre y por poco los sentidos se le ausentan. Ni siquiera había visto las facciones de Pedro de Izaguirre, su sola silueta recortada en la puerta del jacalón bastó para que pegara ahogado grito y saliera a hurtadillas entre compradores, paseantes y vendedores. Llegó a los improvisados camerinos de la tras escena del tablado con el rostro tan demudado y ausente de color que hasta la propia Lucía preguntó si se sentía bien. Ella se sentó y lloró confesando su sospecha a Domingo y a la mulata.

—Cancelad representación.

—Aterrada está —alcanzó a decir Lucía, a quien también amedrentar podía la sola idea de que su marido Casasano la hallase.

—No exageremos —intentó tranquilizar Domingo.

—¡Qué seseras las vuestras! Aqueste demonio blanco me mata... Me ma-ta...

—Nosotros habremos de protegerte...

—Huyamos, regresemos al palenque...

—Más sospechas puede sembrar nuestra huida que el seguir jugando al bendito teatro, mi niña de chocolate...

—¿Cómo...?

—Habréis de trocar papel con Lucía y, ansí, tras los muñecos mismos nadien reconocerte conseguirá.

—Me avengo a lo que dispongas, Domingo —acertó a decir Lucía a quien convenía el cambio, pues, si bien era comedia

de muñecos, se requería una narradora de carne y hueso. La había ensayado Andrea, que habría de lucirse en el papel.

Andrea Jerusalem nada chistó. Casi se había careado con su peor temor, rescoldo helado, al que creía hasta ahora cosa del pasado. Y éste volvió para darle la lección más dura, que consistía en no podersele borrar. Un breve interrogatorio siguió en el que Lucía y Domingo le preguntaron por la apariencia y vestidos de su perseguidor, pero Andrea no pudo dar razones cabales. Si bien juraba por sus dioses africanos y el cristiano —que a todos recurría cuando necesidad apremiaba— que él era, no podría asegurar haber visto a Pedro de Izaguirre. Sin embargo, su erizada piel se lo confirmaba. Frijolito, que en andar jugando con los muñecos incrementaba la tensión en el camerino, se le mandó a invitar a la gente que topase, promocionando la obra. Domingo sacó aguardiente de caña del baúl de los muñecos y las instó a tomar un par de largos tragos a ambas. Así, poco a poco se fueron relajando y preparándose para la función. Ésta finalmente, y después de que espionaron que entre nadie de la fila de asistentes que estaban por entrar se hallara el perseguidor de Andrea, comenzó. Conforme el público iba empapándose en la trama y sonrisas e incluso carcajadas regalaban, todo fluyó mejor entre los tres. Sin embargo, entre manipulación de muñecos y miradas que se intercambiaban Domingo y Andrea, Lucía dejaba sus celos esqueléticos a fuerza de gastarlos. Nada más podría ya hacer al respecto de su errado anhelo y con enjundia renovada dio una función que imantaba a los espectadores.

BELISA: Dame, Sansón, mi vestido.

SANSÓN: Toma tu vestido, niña.

BELISA: ¿Traes el manto y la basquiña?

Mas aguarda, un hombre viene allí,
que se apartó de otros dos.

Lucía puso el mantón a Sansón mientras Domingo manejaba al muñeco, que apenado por el disfraz ocultaba el rostro.

SANSÓN: Rocafort es, vive Dios,
y se encara para mí.
¡Oh, mal hayan tus amores
que me hicieron alejarme
y a este páramo apartarme!
De ti me he de valer, manto,
porque no me vea la cara,
que si él me viene a tener
por mujer, me dejará sin daño.

BELISA: Sansón, ya viene para acá, finge la voz.

SANSÓN: Y vos, gargajea y escupe
cual varón normal y grosero.
Dile que soy tu mujer,
o que soy tu hermana, niño.

BELISA: Aguarda, no te alborotes,
que de amores hablarte puede.

SANSÓN: Aquesto contemplarle no pude.
¡Oh, mal haya los bigotes;
quien fuese agora lampiño!

BELISA: Aquí me valgan los pies,
y dé el rayo en este loco.

SANSÓN: ¿Pues te vas?

BELISA: No quiero facer mal tercio.

SANSÓN: ¿Y de mi virginidad pura
no habéis de ser guardián?

BELISA: De no conoceros, Sansón,
con tal pinta con manto y basquiña,
deciros que ni en mil años,

aquel caballero empeñoso
virginidad en vos encontrar pudiera.

SANSÓN: Soy perdida...

Perdido...

Ya no sé quién soy...

Los aplausos resonaban hasta Francisco de Cremades y su patrón don Pedro de Izaguirre, quienes se detuvieron en lo alto de una loma desde la que se miraba Tetecala y su geografía agreste, ya habiendo despedido al indio que tuvieron por faltón y embustero. En Francisco los vapores del pulque y el mezcal hermanados le ponían parlanchín y arrecho mientras que aquellos aplausos de la representación en el ánimo de Pedro le hacían recordar que en casa le esperaba dicha qué apreciar, aunque no podía disfrutarla mientras a Siara no consiguiera extirpar de sí.

CAPÍTULO 19

(Castas)

LAS PERSONAS EN AQUESTA NUEVA ESPAÑA para ser tales requieren comprobación de linaje.

A los indios la necedad de sacerdotes les devolvió alma...

Que no le tenían ni les consideraban...

Los negros son bulto con cabeza...

Alma en boca...

Y huesos en costal...

Aún los blancos...

Hay de blancos a blancos...

Que no es lo mesmo unos que otros...

A los nacidos en aquestas tierras se les denomina criollos o indianos...

Y ¡ay! del indiano que cruza la mar atlántica, que en la *Pelínsula* Ibérica nunca dejará de ser de segunda, por más dineros que intenten lavar la afrenta de no haber visto la luz en tierras castellanas...

Luego, y en primer lugar, los españoles que demuestran un sacramento principal, que es tener un bañito de agua salada de la mar...

Que por eso mismo no les corre ninguna priesa en bañarse ...
Los indios se bañan diario y ni con ello ni otros esfuerzos
borran la mácula original de la idolatría...
Y como en mezclarse han dado los primeros conquistadores
con indiada y negrada...
La sangre se ha corrompido en lo que mientan castas...
Pues en no habiendo conservado la negra, la india y la blanca
separadas, agora un revoltijo de sangres se dan...
Que si blanco con blanco da criollo...
Que si blanco con india, mestizo...
Que si mestizo y española, castizo...
Que si español y negra, mulato...
Y a luego se tuerce más la estirpe porque...
Mulato y española deviene morisco...
Morisco y española, chino...
Chino e india, saltapatrás...
Que si saltapatrás con mulata, lobo...
Y que si lobo con china, jíbaro...
Mire su mercé, que jíbaro con mulata, albarazao...
Albarazado con negra, cambujo...
Cambujo e india, zambiaga...
Que es cosa de nunca acabar...
Zambiago y loba da calpamulato...
Calpamulato y zambuja, tente en el aire...
Y finalizamos las dieciséis combinaciones básicas
Y pa acabarla de joder
Tente en el aire y mulata resulta no te entiendo, pue...
¿No me entiende, pue?
Ni jota, pue...
¿Y entonces aqueste, pue?
¿Quién?
El Atanasio, pue...

Pos ese resulta todo juntao y revuelto...

Y vuelto a revueltiar, pue...

A comenzar otra vez...

Capítulo 20 (1620-1621)

LA MUINA DURÓ VARIOS MESES a Lucía. Si bien entendimiento le decía que Domingo en amarle era caso perdido, en sus partes bajas-tripas-corazón no cabían razones que enojo y berrinche apaciguaran. Amén de que, sin atreverse Domingo a dar pasos firmes con Andrea, ya no digamos llegar al lecho, sí en cambio entre ambos las señales de una relación amorosa eran evidentes para todos los que les miraban en el palenque de cimarrones en la sierra de Montenegro. De atenciones y mimos el hombretón llenaba a la delgada y hermosa muchacha que, por ejemplo, siempre amanecía con una flor junto a su catre en la pequeña y bella choza de carrizo y barro que le habían construido para ella sola.

Por la nunca sanada rodilla de Domingo pasaron meses confinados al palenque sin hacer giras de octubre de 1620 a febrero de ese malhadado 1621. La lesión venía desde sus tiempos de muchacho al servicio de fray Fernán González de Eslava y cada tanto las molestias aparecían con intensidades de agonía, inflamándosela hasta parecer un melón. Asistía sus curaciones Frijolito, cuyo nombre real era Jelani, que significaba “poderoso”; que, habiendo nacido en el palenque,

nombre cristiano no precisaba. Un día, mientras molía semillas y hierbas junto con una arcilla roja para preparar el remedio para la rodilla, Frijolito preguntó sin empacho.

—¿Cuándo declaras tu amor a tu niña de chocolate?

—Aquestos asuntos son sólo míos, Jelani —respondió un sorprendido Domingo.

—¡Mirá pue...! Pos debéislo decí a todos acá porque ninguno habla de otra cosa que del casamiento de los dos...

—Tarugo scuintle... —replicó Domingo dando un zape cariñoso al niño, asombrado de su propia ingenuidad en no barruntar que su amor por Andrea Jerusalem era asunto público y notorio. Se lamentó por Lucía, a la que miraba cada vez más rebelde, con maneras groseras y poco dispuesta a ensayar el cuento que con su nuevo artefacto se preparaba para deslumbrar a propios y extraños. La lente cóncava conseguida del explorador de minas de Taxco en el extremo de un trozo ahuecado de bambú estaba inserto en una caja sellada con una pequeña chimenea por donde salía el humo de una vela. Ésta se introducía al otro extremo del bambú; y en medio de éste, entre la lente y la vela, había hecho un corte donde insertaba unos vidrios planos sobre los que había dibujado figurillas. Y así, entre los varios cristales pintados se contaba una historia. Pese a la fascinación que su invento provocaba y mientras menguaban sus dolores de rodilla que le permitirían por fin salir a recorrer la legua, Domingo, dentro de su sesera, se preparaba también para un grave conflicto con Lucía. Los ya evidentes amores entre Siara-Andrea y él, más las rabietas y llantos por los rincones de ella, presagiaban la ruptura definitiva, aunque no esperaba fuese tan pronto.

La mañana en que marchar debían por los caminos del Señor para mostrar la caja maravillosa que en el palenque a todos dejara fascinados y conectados con la madre África, ya

con la mula Pancha cargada de víveres, títeres y el invento, Lucía no apareció. Preguntaron en el palenque y muy de mañana la habían visto cortando hojas de mazorca secas, pero no la volvieron a ver. Lucía, trepada en un árbol a la distancia, lloraba sus amarguras mientras armaba un títere con hojas de maíz con habilidad maravillosa. Reconocía su oído los preparativos de cada salida para recorrer la legua. Lo había hecho tantas veces que con los labios adivinaba las cosas que Domingo diría:

“Cambujita, guarda bien a Irineo y Pascualillo.”

“Lucía hermosa, encarga a Clementina con Mayambé, pa que le atrape ratones vivos pa comer”.

“¿Guardaste el emplasto pa mi rodilla?”.

Lucía iba de las lágrimas a la rabia sin freno. Por casi una década acompañó al titiritero en sus correrías, conquistando sinsabores y triunfos. Y ahora renunciaba, se retiraba vencida por un contrincante que estaba más allá de sus fuerzas tolerar: el desamor. Por supuesto que, trepada en las ramas de aquel casahuate, masticaba un odio acunado desde la llegada de la negra Jerusalem. Pero sabía en el fondo que Amor era el verdadero culpable, por haberle sido completamente esquivo, al tiempo que se convencía, metida en su imagería, que el titiritero no le fue nunca leal. A lo lejos se escuchaban las voces que la llamaban, mientras ella anhelaba tragedias para la nueva correría y maldecía a los que partir habrían.

—¡Lucía...! ¡Lucííííí! Que nos vamos, cambujita...

—¡Lucía...! ¿En dónde te metistes? —le seguía Andrea, que su sola voz provocaba en la mulata un chirriar de dientes frenético.

—¡Una mierda voy, que de segunda yo no doy la tonada!

Lucía estrujó el títere poniéndose alerta por ruidos cerca de ella. Arreciaron entonces sus sollozos al ver a Atanasio que

trepaba al árbol mirándola con lástima. Lucía se enjugó las lágrimas y le escupió sin mediar palabra.

—¡Largo de aquí, jíbaro, lobo, jarocho, saltapatrás...!

—Si por ello le gusto a su merced, por mezcladito... —e iba añadir alguna cosa irónica, pero compadecido, dijo—. Ya no haga muina, mi alma, y vaya apriesa que le van a dejar y agora la recorrida de la legua va a ser güena... Quezque hasta la mesmita Puebla de los Ángeles van a entrar...

—Me importa un carajo... No voy...

—Tan retrechera, pue...

—Sí, pues... ¿Y qué, habréisme de obligar? Y ni así...

—Tan bonito títere que ha fecho, mi alma...

Lucía miró el títere manufacturado tan habilidosamente y antes de que Atanasio la pudiera detener ya lo había roto.

—Renuncio al teatro... —anunció.

—Ay, mulatita descolorida —agregó Atanasio mientras recogía con pena los restos del muñeco—, si Domingo dice que ese sí es un mal pa'l que cura no hay... Quezque se le mete en la sangre y ni purgándola le sale...

—Sacármela toda será preciso, Atanasio... —añadió Lucía y sacó una daga para hacerse daño, pero ahí sí presto, en veloz movimiento, Atanasio le quitó el arma. Ella retornó a su llanto y dientes chirriando como molino de caña de azúcar.

—Hágame cecina a mí y sáleme, que más salao no podré estar si asté se quita la vida, Lucía...

—No quepo en mí, Atanasio, esta desdicha me quema...

—Mi alma, sus afiguraciones con Domingo invento son de su sesera... Ponga remedio y sáquelas de allí... Que padecimiento es sólo aqueste el que le aqueja...

—¡Lucía, carajo, que la mula cargada está...! ¡Lucía, que nos fuimos...! —se escuchó a lo lejos la voz decidida y molesta de Domingo Angola, que emprendía con Frijolito y Andrea

Jerusalem el viaje que semanas o meses podía demorar, dependiendo del éxito del nuevo espectáculo.

—¿Vio? Ni falta fago...

—Pero si para los muñecos y Domingo, asté es como la mano al machete, el pie a la calza, la semilla al surco...

Lucía tomó la mano que le ofrecía Atanasio y bajó del árbol sacudiendo su falda, al tiempo que soltaba en un tono inédito frase que en su momento no pudo descifrar Atanasio.

—No más lágrimas, que puñales se clavarán en otra parte... ¿Sabes pa onde la llevan?

—Por si su merced los quiere alcanzar pa luego, van a dar funciones en Tlaltizapán, suben por Ticumán y descansar habrán en Yautepé... Más despuesito desde ahí a Ocuituco y Tetela del Volcán... Si gusta, yo la acompaño pa cargar sus cositas...

—No se pega lo roto, Atanasio... —dijo sin mirar atrás, caminando aprisa—. Gracias por lo bueno que fue conmigo...

—¿Onde va, mi alma...?

—Donde yo sola entiendo... —Y su figura menuda desapareció entre matojos y un guamúcil.

—¡Lucía...!

Atanasio no pudo aguantarse las lágrimas, y pateando los restos del muñeco, terminó por dar su pie con una roca, haciéndose daño y brincando cómicamente.

Capítulo 21 (1621)

A LAS MANOS DE FRAY ALONSO DE BENAVIDES, hasta el convento de San Francisco, habían llegado el mismo día, con un par de horas de diferencia, unos papeles y un legajo. El primero, un recado del cura de Yautepec que recogía las denuncias de unos vecinos sobre “una caja embrujada” que traía un hombre y una mujer, de nombres Domingo Angola y Andrea Jerusalem, “que hechizo provocaron entre los habitantes del susodicho poblado y que sólo los piadosos en Cristo separarse de la posesión pudieron para ir a la iglesia a recibir socorro espiritual de tan espantable brujería”. Si bien pidió a Estebanillo escribir rápidamente con instrucciones a alguaciles y justicias de Cuernavaca, aquellos herejes lejos debían estar. Preciso era que los representantes del Santo Oficio en Tepoztlán tomaran nota de esta nueva manera de embaucar que, sin embargo, no describía prolijamente el párroco denunciante. Del tal Domingo Angola, del que ya existía una orden para presentarle ante el Santo Oficio y le había podido burlar, ya se ocuparía más tarde. Se plantaría al frente de la investigación, pero el segundo envío venía desde la que nombraban, no sin razón, “Ciudad Santa de Tierra Adentro”: Querétaro.

Efectivamente, el segundo era un legajo con un borrador del libro que su confesor Antonio de Escaray, desde Santiago de Querétaro, le mandaba para su lectura y comentarios, pues en él confiaba. Si bien desde hace casi un lustro le venía mandando fojas sueltas, capítulos, ahora Alonso tenía ante sí lo que presumía era la obra magna terminada. Quería embeberse en las páginas de *Vozes del dolor, nacidas por la multitud de pecados, que se cometen por los trages profanos, afeytes, escotados, y culpables ornatos, Que en estos miserables tiempos, y en los antecedentes ha introducido el infernal Dragón para destruir, y acabar con las almas, que con su preciosísima Sangre redimió nuestro amantísimo Jesús.*⁶ Y así, con un malestar estomacal que recién iniciaba, se encerró en las letrinas a leer. Y al abrir el legajo por cualquier parte, se le apareció capítulo que anillo era a su vigilante dedo:

XXV

LAS FARSAS, Y REPRESENTACIONES PROFANAS SON OCASIÓN DE MUCHOS PECADOS.

Las farsas, que oy se llaman Comedias, en otros tiempos se llamaban Juegos escénicos, no tuvieron su origen de los discursos de los hombres, ni fueron inventadas por ellos: sus pimeros autores fueron los demonios, por su mandado fueron instituidas en Roma, dize S. Isidoro Arçobispo de Sevilla, lib. 18. de sus Ethimologías, cap. 17. Y sabiendo los Romanos, que los Dioses gustaban de fiestas, y regozijos, y que estaban padeciendo gravíssima peste, procurarô los ciudadanos de Roma aplacar a sus Dioses para ser libres de tan grandes contagios; y quatrocientos años después de la fundación de

⁶ Otra licencia del autor pues el libro, de inconmensurable título, se imprimió “En Sevilla, por Thomas López Haro, año de 1691”. Antonio de Ezcaray no pudo, pues, ser contemporáneo del Domingo Angola real. Se respeta ortografía y sintaxis del original.

Roma embiaron a la Provincia de Istra para que viniesen de allá los representantes, y por esso los llamaron Istriones, y de alli adelante, en pestes, guerras, y trabajos, haziâ estas farsas, representaciones, y juegos escenicos, para tener contentos a los demonios, que les hablaban por los Simulacros, y assi se enriquecia el Infierno cõ tantos condenados, como los escribe S. Agustin en muchas partes de la Ciudad de Dios, lib. 3. Cap. 28. Lib. 4. Cap. 26. y lib. 7. Y dize el Santo, que eran tan del gusto del demonio las representaciones, que se apareció este infernal espíritu a Tito Latino Senador Romano, estando durmiendo, y le dixo, que bolviessen a hazer las fiestas publicas, representaciones, y juegos escenicos.

Esto dixo el demonio a los Gentiles en aquel tiempo; y en este siglo no es necesssario, que este enemigo persuada esto a los Catolicos, pues ellos obran como discipulos suyos dándole gusto en las farsas, que exercitan, teniêdo el Infierno libradas muchas almas, que por este camino se precipitan a los eternos fuegos. [...] de las farsas salen los discursos para fraguar los delitos. De allí sacan lecciones para no ser castos los mozos, para ser adúlteros los casados, para dexar de ser donzellas las más recatadas, para hazer assechanças a los matrimonios, para injuriar a los casados, para ofender a sus maridos las mas retiradas, y para ocasionar ruinas, è injurias entre los mas pacificos. Son las representaciones, dize S Juan Chrisostomo en lugares citados, y Tertuliano en lo de Spectaculis, cap. 3. Peste de la Ciudad, Cathedra de pestilencia, Iglesias de los demonios, donde se abrasan en fuego de concupiscencia los que ven, y oyen estas farsas, y salen dellas como vn Etna, ardiendo sus corazones en torpes desseos. Quanto ay en la Comedia es torpissimo, las acciones, las palabras, los donayres, los aliños, los meneos, los cantos, las musicas, las melodias, los melindres lascivos con que hechizan no solo a los mancebos, sino que irritan a los ancianos. En fin es un perdimiento del tiempo, Escuela de adulterios, Vniversidad de toda lascivia, motivo de

destemplança, materia de risa, y exemplar de maldad, arcaduz por donde se comunica a los Reyes la malicia, y portadores de nuevos trages, con que los farsantes destruyen el mundo, y relaxan las buenas costumbres.

Alonso de Benavides se embebía en los folios que cada vez más apasionarlo podían. Por fin alguien con sus luces fustigaba con el látigo de la verdad lo que él por años había querido nombrar en sus sermones y siempre le faltaban los conceptos, el sustento de un erudito para demostrar el origen demoníaco del teatro. Allí le tenía, entre temblorosos dedos finalmente. Brincaría de gusto si no hubiese el malestar estomacal iniciado un canto gregoriano de pedos silvestres: a ratos trombón, a rato viola da gamba, a ratos clavicordio. Se le estaban descociendo los intestinos con tal furor que no pudo sino pegar un grito.

—¡Estebanillo!

—¿Qué se ofrece, vuesa excelencia?

—Que rómpenseme los fundillos... Malditas sean aquestas monjas clarisas que habemos hospedado, su guiso me ha sentado mal...

—Pero si su gracia ha limpiado la cazuela a chupetones de dedo.

—¡La puta que te parió, Estebanillo, esas monjas han perdido el juicio: mezclar chile con chocolate es cosa contra natural!

—¿Y cómo socorrerle puedo?

—Ve por el doctor González y Sarabia y llévate estas fojas sagradas y preciosas, que mancharlas de mierda habré.

Estebanillo se fue presuroso y fray Alonso comenzó a limpiarse el culo con las esponjas de mar que para el efecto ahí tenía. ¡Qué ardor infernal! El guiso le había picado por

arriba y ahora le repicaba por abajo... ¡¿Cómo podía estar en medio de lectura tan límpida, nívea y celestial en medio de tortas semilíquidas de mierda?!

Capítulo 22 (1621)

ERA NOVIEMBRE Y EN LA PLAZA DEL PUEBLO de Tlayacapan se congregaba un público ávido de diversión, luego del anuncio que con gracia Frijolito se encargó de propalar, voceando que nuevo invento mágico sería presentado con historia verdadera. Los indios dejaron labores de labranza y los esclavos obtuvieron permiso de sus amos para asistir. Incluso, unos pocos criollos y españoles acudieron a la cita que, por fuerza, para que disfrutaran de la maravilla, debía ocurrir de noche. Al llegar al poblado, a medio día, se habían cruzado con un destacamento de dragones de su majestad. Los soldados iban tras unos salteadores de caminos que asaltaron una diligencia con oro, producto de la venta de la zafra de la hacienda de San Nicolás. Domingo y Andrea se espantaron un momento y luego respiraron aliviados al ver que los dragones no les tenían en la mira de sus mosquetes y arcabuces. Habían viajado discretamente, intentando no despertar miradas intrusas, evitando Cocoyoc y Oaxtepec, pues impuesto estaba Domingo a la historia de los abusos de Pedro de Izaguirre y a la visión que ella tuvo de éste hasta el otro lado del valle de Cuauhnáhuac, en Tetecala. Decidieron

entre ambos evitar cualquier cercanía con los dominios del hacendado. Tlayacapan estaba cerca y lo suficientemente alejado como para que no les estorbara su paso para Puebla por los pueblos que se trazaron como ruta.

El prior del convento de San Juan Bautista, Agustín de la Cruz, tocayo del santo patrono del pueblo, amigo era de Domingo y un convencido de que el teatro constituía una herramienta de educación y ejemplo para los pueblos indígenas, al tiempo que divertimento. Sus antecesores agustinos, desde 1531, habían hecho teatro de evangelización en español, náhuatl y latín para conseguir lo que los cañones y las ballestas no conquistaban: el convencimiento de las almas para dejar la idolatría y abrazar el cristianismo. Fray Agustín insistió en invitarles a comer y a hospedarse en el convento siempre y cuando durmiesen en celdas separadas para no provocar más ruidos en mentes simples que aquellos que la máquina de asombros, de la que Domingo le contó los pormenores avivando su curiosidad. Las miradas de Andrea y Domingo se cruzaron con casi invisible picardía. Luego de instalarse en celdas separadas y distantes, como pidió fray Agustín, los condujo hasta el templete instalado para la ocasión.

Domingo preparaba su nueva invención, instalando una tela de manta blanquísima para realizar las proyecciones y afinaba los últimos detalles con la máquina. Andrea, hablando con Pascualillo, bailaba alrededor.

—*Kon kuandí bafiota...*

PASCUAL: Mi madre es negra...

—*Yambua yambisa...*

PASCUAL: Enamorada... —y agregó socarrón—. Como vos de Dominguito...

—*Wuan gon nkolele...*

PASCUAL: Se me quiere... —más socarrón aún—. Como Dominguito a vos...

—*Kon kuandí bafiota... Yambua yambisa... Wuan gon nkolele...* —Andrea cantaba practicando su lengua materna, que en recuperarle ocupaba una hora al día. Distraída estaba cuando Domingo le besó el cuello por detrás y ella regocijada preguntó con ojos y corazón: “¿*Ubuntu*?”

—¡*Ubuntu*, Siara amada! —contestó Domingo invitándola a entrar al escenario improvisado una vez que la luz del astro rey al fin había perdido su batalla con las montañas al poniente.

Los expectantes estaban tan emocionados que al ver a fray Agustín aplaudir la entrada de los cómicos se descosieron en una ovación que abochornó a Andrea Jerusalem. Domingo Angola, anticipando el pánico escénico de su compañera, movió la boca del muñeco Pascualillo en las manos de ella.

—Agora mismo, sus excelencias y mercedes —agregó misterioso el titiritero—, revelaremos “*Nbumba*”, que los sabios han gastado en descubrillo...

PASCUAL: Sus seseras y bolsillos...

—Pascual, calla boca y escuchar debes... —le instó Andrea al fin concentrada.

PASCUAL: Todo es culpa de Pascualillo... Que si se rompió el cántaro, es culpa de Pascualillo... Que si perdimos una mula, comiósela Pascualillo... Que si hay lluvia, Pascualillo provocola... Que si a la negra le duelen los pies...

Los concurrentes soltaron carcajadas con las gracejadas del muñeco y los cómicos aflojaron el cuerpo. Echaron fuera tensiones y miedos y Domingo se adueñó de sus entendimientos:

—Damas y *fijosdalgos*, vosotros presenciareis lo nunca mostrado, el *Nbumba*... Que en lengua congo entiéndese como *misterio*... Agora, ante vuestros ojos, aquesta máquina de maravillas os revelará el secreto de nuestra descendencia africana...

Domingo, que mostraba la máquina, encendió con un palo de ocote la vela al interior de la caja y apareció en la pantalla de manta una primera imagen de negros frente a sus chozas africanas, acompañados de un elefante y un león. El público reaccionó con asombrado encantamiento.

—Yoruba soy, / cantando voy, / llorando estoy, / y cuando no soy yoruba, / soy congo, angola, carabalí. / Atiendan, amigos, mi historia...⁷ —dijo Andrea modulando la voz y desplazando su sinuoso cuerpo, ambos magnetos para cualquier público.

—En el principio nuestras naciones cosechaban, hogares construían, a los animales cuidaban y con aquestos hablaban y tenían largas conversaciones.

PASCUAL: ¿Hablar con animales? Cosa asombrosa...

Domingo pasó a otra imagen armoniosa de un oso hormiguero con niños.

—Los niños se divertían jalando la cola al oso hormiguero, que se moría de la risa y jugaba con ellos a las escondidas... —apuntó infantil Andrea.

—Y los dioses africanos beneplácito hallaban en que hombres y animales así jugaran... —acotó Domingo.

PASCUAL: Yo quiero un oso hormiguero pa jugar y que gracejadas me cuente...

—¡Pascualillo, eso fue en otros tiempos!

Domingo introdujo una nueva imagen de una cabra amamantando niños y muchachos corriendo a la par de las cebras.

⁷ Préstamo de Nicolás Guillén, del poema *Son número 6*.

—Y los jóvenes competían con las cebras no para cazarles sino para ejercitarse.

PASCUAL: Y sus patasapestaban a zorrillo...

—¡Pascual, no fagas burlas que pa mí sagrado es! Mira ahí, niños amamantándose de una cabra —señaló Andrea.

Domingo puso otra imagen con barcos atracando en una ensenada y peces voladores huyendo de los mismos.

—Hasta que un malhadado día... —agregó misterio con su voz Domingo.

PASCUAL: Ja-ja... ¡Los blancos!

—Con blancos la *ndumba yalea* tornóse a fuer de abuso en *ndumba nsale*... —agregó con rabia Andrea.

PASCUAL: *Nsale* majadería en lengua congo es.

—Mujer honrada tornóse prostituta...

Domingo colocó imagen de blancos matando animales y apresando negros con cadenas, y agregó:

—Los blancos mataron al primer búfalo y comiéronselo. Luego al León, al que temerle tanto podían. Y a luego a la inocente jirafa, que por parecerles chistosa diversión les daba matalle...

PASCUAL: ¡No mentéis cazadores blancos, Dominguito, que susto tengo...!

Domingo metió otra imagen donde los animales daban la espalda a hombres y mujeres negros. Andrea moduló entonces tristeza en su voz y manipuló a Pascualillo para que se frotase los ojos en señal de llanto.

—Y entonces los animales callaron.

—Nunca más palabra nos dirigieron.

—Cambiaron su lenguaje —acentuó ella— para que no entiéramos nada: su barritar, siseo, rugido, balido, relinchos, bufidos y zumbidos nada nos decían.

—Y nos temieron... —remató Domingo.

—Carne de yugo, piel de carbón, el mundo púsose del revés y lo negro fue malo y lo blanco se hizo bueno... Y nacieron cielos e infiernos que agora algunos gobiernan desde la tierra. Y conocimos la fe y al dios verdadero.

Domingo introdujo una última imagen, de una víbora hablando con una muchacha. Las reacciones de espanto entre el público de Tlayacapan fueron muchas, algunos escondían sus ojos entre rebozos o sombreros de palma, algunos más se persignaban, pero como fray Agustín se mantuvo firme y encantado todos aceptaban aquel cuento, desconcertados. A lo lejos, un justicia observaba rascándose la cabeza sin comprender bien a bien si aquello era bueno o malo según la fe y las leyes de la Nueva España.

—Pero escrito está que cada doscientas lunas —apuntó el hombre— los dioses elegirán a un humano, hombre o mujer, para que coloquio con animales sostenga... Y ansí, no olvidemos que dellos venimos y que amigos nuestros son...

PASCUAL: Y agorita mesmo la señorita, doña Andrea Jerusalem, y el famoso fautor de compañía, don Domingo Angola, pasarán sombrero para que un tlaco, un real, un maravedí caiga en ellos.

Domingo apagó la linterna y Pascual hizo caravanas. Un breve silencio puso en vilo a los cómicos. A Andrea ganas le dieron de llorar. Pero las ovaciones de negros e indios no se hicieron esperar, completamente identificados con el cuento que la mágica invención les revelaba, como seguramente ningún pasaje bíblico había siquiera de alcanzar. Los religiosos agustinos también ovacionaron, pero un español colérico hablaba indignado con el justicia al fondo de la improvisada platea, manoteaba y exigía alguna cosa, pero no se le podía oír

por el murmullo de aprobación y los aplausos, que arrebatában los corazones de Andrea Jerusalem y Domingo Angola.

Andrea dejó sentado a Pascual mientras recogía monedas y algunos curiosos se acercaban y contemplaban la linterna mágica y el muñeco.

—Visteis al final —le dijo Domingo entre dientes a Andrea—, aquel *fijodalgo* con ese justicia temible charlaban coléricos... Dejemos rodar la bola, Andrea... Será mejor decir patas pa que os quiero...

—Aquél cara de gato lumbrero tiene... Roncos los clarines se van a quedar si da de voces...

El justicia, pistola de dos cañones en mano, fue acercándose poco a poco al escenario. La negrada e indiada seguían aplaudiendo y riendo gustosas, con la emoción en la piel, electrizados.

—Muchas gracias —recogía las monedas Andrea. ¡Sois muy gentiles! ¿Habéis gustado de la lanterna maravillosa?

—Gracias, gracias, divino público de Tlayacapan y hermanos agustinos...

Domingo agradecía con gesto y repartía apretones de mano intentando guardar a Pascual y la caja de maravillas, temiendo de la ira de la autoridad. Fray Agustín, con entusiasmo y en apariencia sin darse cuenta de los apuros de su amigo, revisaba la máquina de la que extraer misterios quería. Su contento era total y felicitó a los comediantes, a quienes anunció comilona en su honor por tan bello y edificante espectáculo. En ese momento el justicia, que veía al religioso guiar a los comediantes hacia el templo, los interceptó con la pistola con gatillos y fulminante preparado. Andrea se puso pálida al instante y Domingo le brindó en cambio cálida sonrisa.

—Deteneos, salta sombreros, socarrones, que aunque entendelle a su magia de luz no he podido, el cuento que han echado a Santo Tribunal interesa...

—Somos perdidos, Domingo...

—Pero señor mío, deje sombras necias, si lo que maravilla pareció a los concurrentes sólo efectos con una lente como de los anteojos de su aguela...

—No les tengo, ni abuela ni anteojos...

—Ni más faltaba que de verles les habrá visto —intervino fray Agustín—. Y aquesta historia, si le miráis bien, hijo mío, no es sino de cuando los africanos a la religión verdadera encontraron... ¿Qué pecado pude llevar en ello?

—No me enredéis, padre, que seguille es ovillo...

—Azotes, mordaza, freno, / tiene nuestra Santa Fe / para quien dijere pleno / que paganías de tormento zafe... —agregó el sacerdote.

—¿Vosotros sois cimarrones? ¿Huidos de haciendas? —inquirió el justicia.

—Yo no... Yo...

—La señorita Jerusalem esclava mía es... —Sacó Domingo un par de pliegos doblados de sus ropas y se lo mostró—. Y yo, mi señor, orgulloso pupilo del gran Fernán González de Eslava, fautor de comedias de santos y de teatro, devoto de nuestra santa religión...

—Pues con tal señor llevarme habréis para aclarar aqueste enredo...

Las risas del padre Agustín, seguidas de las de Domingo, mosquearon aún más al justicia, que tomó los papeles sin entenderles. El titiritero, divertido, agregó:

—Al camposanto os llevo con poco gusto y un mucho de susto a presentallo a su merced.

—¿Difunto es...? Pero el papel... ¿Qué?

—Gachupín y lerdo... —masculló a la aterrada Andrea, para replicar enseguida al justicia—. Quien fuera amo mío y mentor, darme libertad hubo y en aqueste papel con sello real declárase... Y en estotro se da fe de la compra de mi esclava por doscientos pesos oro... ¿No querrá su excelencia poner en duda autoridades, cierto?

Con la cabeza revuelta, el justicia devolvió los papeles a Domingo mientras bajaba la pistola. Fray Agustín de la Cruz intervino con sus beatíficas sonrisa y maneras, que a Andrea le parecieron las de comediante consumado.

—Aquestos amigos de nuestro convento son... Conocidos de tiempo atrás y comprometidos con las causas de nuestra santa fe católica.

—¿Y qué rumbo tomará su compañía cómica?

—A Cuauhnáhuac —se apuró a responder Andrea, más segura de sí—, al templo de San Francisco para auto mariano facer, que el señor obispo nos aguarda... ¿Cierto, amo mío? ¿Cierto, padre prior?

—Ansí mesmo, esclava mía, su Ilustrísima requiere nuestros servicios...

—Yo mesmo lo certifico, que si no cogen camino la priesa les vendrá mal —puso punto final fray Agustín, severo.

El justicia se fue masticando su frustración y Andrea y Domingo suspiraron aliviados mientras fray Agustín reía a mandíbula batiente. En cuanto el justicia se perdió de la vista, Andrea golpeó enojada un brazo de Domingo.

—¡Tente, insensata, que desarmas mis viejos huesos!

—¡Libre eres! ¡Habéis mentido todo este tiempo, perro inmundo!

—¿Y asunto es del mundo? No, señora, con que lo sepa yo mismo, y mi corazón y alma libres sean, suficiente es.

—Y yo esclava suya...

—Aquesta sí mentira es.

—Pero el papel lo dice.

—Una foja de sainete es —Domingo enseñó la hoja mientras reía aún más el sacerdote, que por el precio de una estaba presenciando dos obras—. El justicia analfabeto era. Vos con orejas visteis.

—¡Maldito!

—Aquí el único esclavo que hay soy yo, mi señora, de su corazón...

—¡Idiota!

Andrea Jerusalem abrazó a su gordo amado y le plantó un beso enorme sin importarle la presencia del agustino, que llenó su corazón de suspiros recordándole a una moza que en España había dejado por tomar los hábitos y embarcarse en la aventura de las Américas. Mientras entraban al convento de San Juan Bautista, Andrea Jerusalem, tímida, tomó la mano de Domingo Angola, que estaba sorprendido del primer beso que entre ambos se cruzaba y que lo llenaba de una dicha del tamaño del astro rey. Domingo la miró con ternura, le cerró un ojo y cantó.

—¡Gachupín de los demonios / ¿quién diablos te trujo acá?! / Tú me peíste en Tepeaca / y el negro te-pe-acá...

—Una recomendación os fago —dijo fray Agustín cómplice antes de entrar al locutorio para comer las viandas que les habían preparado—, os he cambiado a celdas contiguas que un pasadizo entrambas tiene... sólo para que no paséis fríos.

Andrea Jerusalem, por lo bajo, apretó fortísimamente la mano de Domingo, que solamente acertó a sonreír como un bendito.

CAPÍTULO 23 (1621)

EN EL ATRIO DEL CONVENTO de San Francisco, en Cuernavaca, Lucía daba vueltas sin atreverse a entrar al templo para el asunto que ahí le había llevado luego de caminar más de nueve leguas. Con muina, confusa de ideas y un rebozo cubriendo su cabeza y media cara, miraba recelosa, pues también pasado tenía y no quería ser descubierta por nadie que le conociese de su vida anterior. Finalmente, ella era fugitiva de su marido Gordián Casasano y aunque noticias tenía que nuevas nupcias había contraído, luego de declararse viudo y la Iglesia lo hubo aceptado, sabía por lo que se escuchaba por los caminos de la legua que éste nunca la espina del abandono curar pudo. Así que convenía, pues, embozarse con el rebozo en lo que tomaba valor para entrar y buscar a quien hablar debía. Las voces de vendedores ambulantes en el atrio eran un revoloteo de pájaros:

- ¡Chichicuilotitos tiernos!
- ¡Tepache, tome su tepache bien fuerte!
- ¡Mariguanita pa las riumas!
- ¡Huamúchil dulce, ciruela agria!

—¡Té por ocho! ¡Calientito su té por ocho!⁸

Vio, al fin, entrar a quien buscaba: fray Alonso de Benavides, que apresurado venía de la calle. Lucía le dio alcance antes de que cruzara el atrio y se perdiera en el interior de la iglesia o del convento.

—¡Padre, buenos días tenga su gracia...!

—Hija, trapos para los pobres les dan en la sacristía...

—No, no, asunto de gravedad vengo a decille...

—Vale, hija —agregó sin parar el paso, que retortijones por la gula ocupaban la cabeza del padre inquisidor—, busca a Estebanillo, que él ha de referirme si asunto que incumbirme es...

—¿Qué no entiende, con cien carajos?!

—¡Épale, insolente mujer! Priesa llevo que facer aguas mayores es agora mi necesidad primera...

—¿Vuesa merced es fray Alonso de Benavides?

—Habeisme encontrado... Camina si queréis que oídos preste...

—Noticias traigo de herejías... —agregó cautelosa—. Denunciar quiero, padre, a Domingo Angola...

Fray Alonso se detuvo en seco y apartó la fisiología por un momento de su mente, muy interesado. Revisó a la mujer y le arrebató de cabeza y rostro el rebozo, encontrando que mulata era, aunque por española fingida podía pasar.

—Tenéis toda mi atención. ¿Cómo es que te llamáis, mujer?

—¿Yo...? ¿Por qué...? No quiero...

Lucía, titubeante, hizo conato de huir, pero el padre Benavides la tomó de un brazo con violencia, apartándola

⁸ Cuentan que *teporocho* viene de la concurrencia de borrachos frente a la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México; se congregaban alrededor del fogón de las vendedoras de té de hojas y agregaban aguardiente a los jarros para curar la cruda. La referencia es de principios del siglo xx. Otra licencia del autor.

detrás de un olivo fracasado que habían plantado los padres fundadores.

—En pecado mortal os hallaréis por retractación e infundios, mujer desdichada...

—Yo... Me mientan Lucía de Angola...

—¡Ala, joder! ¿Mujer sois del negro pecador?

—Le soy...

—Endemoniada... ¿Habrase visto que barragana de cimarrón venga y le denuncie? No puedo creerlo, mujer infame...

—Verdad digo...

—Y en el infierno os retractaréis... ¡¡¡Di tu nombre, maldecida de Dios o agoritita mesmo mando que te prendan y a mazmorra os lleven...!!!

—Casasano... —alcanzó a decir con la cabeza baja.

—¡Coño, coño, coño! ¡La desaparecida esposa de don Gordián Casasano! ¡Muchos reales y angustias el hombre ha invertido en buscaros!

—Le soy...

—Vale, vale, un misterio resuelto que alegrará a uno de los más generosos contribuyentes de aqueste templo...

—Por piedad, truje información pa salir de un infierno y no para infernarme con aquel diablo conocido...

—No blasfemes, mujer, que mis asuntos urgentes con Domingo Angola les traigo y no con vos... No tentéis vuestra suerte... —agregó apresurando el paso—. Vamos, descarriada, que preciso letrina y vos confesión y testimonio...

Y desaparecieron por la puerta del convento fray Alonso y Lucía, que llena de temores ahora no podía echar marcha atrás. La maquinaria que su rabia ponía a andar nada la pararía, a menos que le costara someterse al Santo Oficio. Las voces

del comercio continuaban aún, pero Lucía sólo escuchaba un zumbido cruel en sus oídos.

—¡Mariguanita pa las riumas!

—¡Pinole pa que chifle!

—¡Chichicuilotitos tiernos!

Una vez aliviadas las aguas mayores de Alonso de Benavides partieron en carromato y caballos, escoltados por dragones de su majestad, a Tepoztlán, donde debían formalizar la denuncia ante el Santo Tribunal de la Fe, que allí tenía sede también. Tardaron varias horas y, sin reposo ni refrigerio, se procedió a llevar a Lucía a la sala del crimen y luego a las mazmorras. Adentro, entre la majestuosidad y el miedo que imponían aquellas paredes y la solemnidad del convento dominico dedicado a la virgen de la Natividad, Lucía, arrepentida, hubiese querido huir, pero se encontraba ya involucrada en algo que jamás soñar debió. Al entrar al templo fue recibida por unos frescos donde se veía a la Virgen del Rosario, acompañada de santos, ángeles y querubines. De ahí bajaron a una sala de torturas con potro de tormento y otras maquinarias. Con el alma ausentándosele, Lucía prestó juramento y testimonio contra Domingo Angola, su amor errado, su delirio torcido, su anhelo roto.

(257r) [Al margen:] Domingo negro cimarron

En la villa de Tepuztlan del estado del Marques del Valle en dose del mes de decembre del año de 1621 a medio dia en punto de las dose ante el muy Reverendo Padre Presentado Fray Bernardino de Rojas [y el padre Alonso de Benavides que la trujo], en esta juridision y distrito paresio siendo llamada y juro en forma de desir verdad una muger llamada Lusía, negra [o multa] casada y esclaba de Gordián Casasano vesino de las Amilpas de edad que dixo ser de treinta y dos años pocos mas o menos.-

Preguntada si sabe o presume la causa porque a sido llamada dixo que presumía que era para saber della lo que sabía. aserca de las echiserias que hasía un negro llamado Domingo Angola, y que ella estando huyda de su amo se fue a la juridision de Quauhnabac a un pueblo llamado Temimilzingo y fue a topar con él y estuvo en su compañía tres meses [o tres años, que no a aclarado la denunciante] desde julio pasado deste presente año y en este tiempo muchisimas beses a bido a este dicho negro Domingo ablar con unos palillos o muñecos bestidos como hombre el uno y como muger el otro y los palillos ablaban con el delante de todos, que lo entendiamos y oyamos que ablaban en español y en lengua de Congo y ni mas ni menos baylaban los vayles de las dos nasiones y cantaban en las dos lenguas suso dichas clara y distintamente de suerte que todos lo oyamos y entendiamos y juntamente pedian los dos muñecos de comer y en trayendoles la comida la estaban mirando y de alli a un rato desian sin llegar a ella, ya nosotros emos comido, comed vosotros. Y tambien quando era tiempo de hurtar desian ea, mirad, que es tiempo de ir a hurtar a tal parte y quando no era tiempo y se lo preguntaban desian agora no es tiempo. Tenia juntamente este moreno Domingo dos culebras launa llebaban quando yban a ser los hurtos y la otra quedaba en casa en guarda de la ropa y de las negras y una bes que me quise juir me echó mano la culebra de un pie y me mordía como se [b]jera en esta señal (la qual manifesto y vimos ser junto al carcañal). Y mas dixo este testigo que la otra culebra que llebaban los que yban a hurtar que era del mesmo tamaño que la que se quedaba en casa y del mesmo color de media bara y de dos colores amarillo y negro, y que oya desir a sus compañeros como los adormesía y enmudesía aunque ella no lo vido porque las morenas no yban a los hurtos y todas estas cosas las vieron y oyeron todas las personas que con él estabamos que eran muchas aunque diga que no las conose si no es de vista y que siempre que las biere y encontrare les abisará den notisia de todo esto y si no quisieren los

presentará a la justisia. Y que esta es la verdad por el juramento que tiene echo y siendole leydo dixo estaba bien escrito y que no lo dise por odio. Prometio el secreto y por no saber escribir lo firmó por ella el dicho Padre Commissario [una rúbrica].-
Passo ante mi Fray Juan Bocardo Notario [rúbrica].

Lucía quiso corregirles. Que no, que Domingo no era bandido, que no tenía dos culebras sino una y se llamaba Clementina... Que no era mala persona... Pero ninguno de los inquisidores ni el escribano ni Benavides le escuchó. Este último le prometió —ordenó— entrar a una casa de recogidas para ponerle fuera del alcance de su violento marido Casasano y, de paso, para sacarla del pecado fementido de hacer comedias de muñecos. Intentó corregir e, incluso, retractarse, pero nadie la escuchó. Así, quedó recluida en el convento de Tepoztlán, en espera del acomodo y encierro que le tenían destinado.

Capítulo 24 (1621)

A LA HACIENDA DE COCOYOC llegó memorial privado. De hecho, se envió a todos los poblados importantes y a las haciendas que a veces, inadvertidamente, llegaban a brindar cobijo a perseguidos de las leyes civiles o eclesiásticas. La noticia mencionaba a un tal Domingo Angola, pero lo que descompuso a Pedro de Izaguirre fue la mención a una Andrea Jerusalem, cómplice del pecador al que se debía denunciar en cuanto se le topase e, incluso, se mandaba prenderle si se contaba con hombres armados para la encomienda. El papel mencionaba también a un niño negro con manchas en la piel y de inmediato Pedro puso en relación a aquel que en Tetecala les convidara a la comedia de muñecos. ¡Así que no vio un fantasma! De haber asistido a la representación con su Siara topara frente a frente. “¡En Tetecala, coño, a un palmo le tuve!”, se decía. Como el papel lo mandaba fray Alonso de Benavides, Leonor quiso enterarse de su contenido.

—De mi confesor es, dejadme leerlo...

Pero Pedro, doblándolo y poniéndolo a buen resguardo, evadió diciendo:

—Nada, Leonor, cosas de criminales herejes que el padre advierte no les acojamos si llegasen a venir... —y ante la mirada incrédula de su mujer se encogió de hombros—. Carne de hoguera solamente, mujer. Te veis muy linda jugando con nuestro hijo. Crece rápido y pronto le enseñaré a montar en el poni. Yo he de partir a Cuauhnáhuac, que varios hacendados hemos de hacer planes para la zafra y el reparto justo de cuerpos de agua para el riego. Habéis visto cómo peleamos por todo y por nada...

Leonor, que no comía lumbre, no le creyó, pues vio en su semblante señas que augurios eran de que su viejo mal regresaba: Siara. No podía afirmarlo y mandó a la nana Jacinta a averiguar con Felisa y Lupe en la cocina, por si hubiesen oído algo. A aquellas negras llegaba información de cosas que los patrones nunca alcanzaban a enterarse. Amén de que Felisa enemiga era del objeto del deseo de su ojo alegre marido. Leonor se daría a la tarea de abrir el cajón del mueble italiano, donde bajo siete llaves Pedro guardaba los dineros y todo aquello que no deseaba dejar al alcance de la vista indagadora de nadie, incluyéndola a ella.

Pedro de Izaguirre no tenía ninguna reunión con hacendados sino una que pensaba indispensable. Necesitaba que fray Alonso de Benavides le permitiese participar en la cacería humana del tal Domingo Angola. En esta ocasión, para no despertar sospechas en Leonor, dejó a cargo de todo a Francisco de Cremades, con lo que alguna credibilidad daba a su historia de los hacendados peleando por lindes, por aguas y por otros terrenos que apropiarse de los indios, a los que de manera sistemática dejaban sin sus tierras ancestrales en beneficio de la gloria de España y sus bolsillos.

Una sola idea, fija y central como la puñalada que en tiempos de frío se volvía recordatorio fijo, pues provocaba

dolor, ahora le conducía a Cuernavaca: encontrar al fin a su Siara africana, a su Andrea Jerusalem católica. ¿Para qué? ¿Para ponerle nuevamente su yugo y obligaciones de fornicación? ¿Para matarla de mano propia por ser quien embrujarlo pudo? Pues en la cabeza de Pedro no se requería más suma que la de dos más dos para saberla barragana del titiritero. ¿Quería evitarle juicio y salvarla del Santo Oficio tan temido y al tiempo tan manipulable con unas bolsas de oro que podrían torcer destinos? ¿Aguardaba verla morir en horca u hoguera junto a su cómplice? Su cabeza era un manojo de cavilaciones donde la ira, tristeza, rencor, esperanza y pasión le guiaban a destino pantanoso y de tan poca certidumbre. Trece hombres entre los más confiables de su gente le acompañaban, pues la cacería les requería. Entre ellos dos mestizos, un criollo y nueve indios a los que cariño tenía y les trataba como a buenos trabajadores. Nadie tan fiero como su capataz Francisco, pero representaban una buena fuerza, pues todos traían pistolas de chispa de uno y dos cañones, mosquetes y un par de arcabuces, amén de dagas y machetes por lo que se ofreciere. La cuadrilla partió de madrugada y secretamente para que Leonor, su esposa legítima, no entendiera causa verdadera.

El desconcierto de fray Alonso, al oír las razones que Pedro le daba para de tan buena gana acompañar a la misión de captura, lo persuadieron de que era buen cristiano. Cuando le preguntó si afición alguna tenía por el teatro, el español contestó lo que intuyó necesitaba oír el sacerdote tan servidor del Santo Oficio.

—¡Desprecio absoluto, Su Excelencia! La torpeza de las comedias y las farsas perdición son de las almas, padre.

—Me complace oírte, hijo.

—¿Qué le debe explicar aqueste servidor? Ansí que si Vuestra Excelencia se aviene, pequeño piquete de valerosos cristianos me acompañan...

Para el alcaide mayor de la ciudad de Cuernavaca la cooperación de Pedro de Izaguirre no podía ser sino providencial, pues eran pocos los dragones de su majestad, alguaciles y justicias que quedaban para resguardo de la ciudad. Un milagro como este le evitaba pelear con el franciscano, que empeñado estaba contra el negro titiritero y exigía ejército como si de una invasión de gentiles o temible sublevación de negros se tratase. Sin embargo, para que oficial fuera la dicha persecución tres dragones, un alguacil y un justicia debieron acompañarles. La noticia reciente era que de Puebla de los Ángeles habían regresado por el sur poniente del valle de Cuauhnáhuac, por las poblaciones de Axociapan y Tepalcingo. Eran muchas leguas, quizá cuarenta las que les separaban, pero Alonso de Benavides tenía buenas noticias:

—No gastéis pólvora en infiernos fútiles, don Pedro.

—¿Agora va a decille a todos aquestos hombres valerosos que no saben conducirse para apresar un criminal?

—Hijos míos, otra cómplice que contrita volvió a la senda de la decencia y agorititita mesmo debe estar camino a una casa de recogidas para purgar sus pecados. La pecadora arrepentida pista dio que en hallarles será posible por los rumbos de Temimilcingo, donde construyeron palenque de cimarrones.

—Padre —intervino el alguacil—, el tal palenque parece fantasma o encanto, pues en encontrarle muchos dineros y hombres hemos ocupado sin el menor éxito. Y ni los frailes enanos del convento franciscano de aqueste pueblo saben o quieren decir nada.

—Renegados y objetos mal formados de la imaginación de Dios son los enanos aquestos. ¡Gozan del teatro y aunque auto mariano representan cada diciembre con los indios, mis sospechas son las peores! No os fieis... Dellos nada habréis de lograr. Sin embargo, para subir a la sierra de Montenegro desde Temimilcingo, pocos caminos debe haber.

—Partamos pues... —repuso el capitán de dragones.

—Esperad —interrumpió fray Alonso—, que acá quien dará las órdenes será don Pedro de Izaguirre.

—Ansí ya nos entendemos, fray Alonso —repuso satisfecho Pedro.

Capítulo 25 (1622)

LUCÍA SUBÍA EN ESE FRÍO ENERO la sierra de Montenegro, fustigando y forzando al animal que, por ser fino y entrenado, le respondía a pesar del terreno. La angustia y el dolor la acometían, pues aunque su alma le pedía que desistiera, ella siguió adelante con su acusación ante el Santo Oficio que, como comprendió estando en sus manos, bien podían haber fabricado testimonios y pruebas contra Domingo Angola sin el menor prurito. Cuando menos, intentaba consolarse, advertiría del peligro en que les había puesto, traidora como ya era. Traía las ropas desgarradas y venía armada, pues en su escape de quienes le conducían a Cuernavaca para cumplir con lo dispuesto por Alonso de Benavides, tuvo que golpear al alguacil que la custodiaba en una parada que hicieron para que los caballos bebieran agua. El fraile le impuso dos alternativas: su encierro definitivo y renuncia al mundo de lo humano, o bien, regresarla a Gordián Casasano, su esposo legítimo, del que huir le salvó de haber muerto por las continuas golpizas que de él recibía. Cuando entró al palenque era ya un fangoso medio día y el sol caía a plomo, por lo que un sopor cundía entre los habitantes que se guarecían en

sus chozas y pocos le prestaron atención. La humedad de la tormenta de la noche, más el sol invernal a plomo, creaban una combinación pegostiosa que convidaba a la pereza. Se apeó del caballo frente a la choza de Domingo y entró como alma que lleva mil diablos.

—¡Domingo! ¡¡Domingo —le llamó Lucía—, te juro que yo no quería...!! Rabia mucha te tenía... E insensata y torpe fui... Empujóme corazón que destilaba... ¡¡¡Domingo!!!

—¡Qué te trujo, mi alma! —La interceptó Atanasio en el umbral—. Creiba que te habíais arrepentido, alcanzándoles por Yautepé o más lejitos...

Lucía se lanzó a los brazos de Atanasio, que desconcertado le recibió gustoso. Sin embargo, las lágrimas de la mulata lo pusieron en alerta de que mala noticia trajera. La separó de sí para verla a los ojos, pero ésta desvió la mirada y él, con suavidad, le quitó el arma que aún empuñaba.

—¡Fice cosa horripilante, Atanasio! Agora me mato si no le hallo...

—¿Y caballo tan bonito en el que has venido, onde lo truequiaste? ¿Y aquesta pistola tan enchapada en plata y oro?

—¡Fice traición!

—¡Cálmate e informa con más despacio...

—¡Mátame agoritita mesmo, Atanasio, si querencia tuviste por aquesta mala gente!

—¿Qué ficistéis, pues, que mortificarme podéis?

—Huime de Santo Oficio cuando transportábanme de Tepuztlán a Cuernavaca... Casqué al alguacil haciéndome de su pistola...

—¿Alguacil...?

—A luego, caballo hurté a un borracho harto de pulque...

—¡Mala cosa si Inquisición te agarró!

—¡Pistoletazo merezco!

Lucía se derrumbó e intentó quitarle el arma a Atanasio.

—Priesa es jallar a Domingo...

Atanasio la evadió con un dulce movimiento y la encaró, ahora seco y de malas pulgas.

—¿Qué mierda habéis fecho, cambujita?!

—Denuncielle como hereje y brujo... ¡¡Corre, Atanasio!!

Alcance tenéis que dalles y advertir que tras sus pasos, perros y cadenas voraces les persiguen...

El astro al que tanto adorar pudo Atanasio y que colocara en el firmamento de su pecho como rector de sus anhelos ponía ahora en riesgo no sólo a Domingo y a Andrea sino al palenque entero. Y eso era delito mayor, pues él era guardián, protector de ese refugio para mujeres y hombres arrancados del África ignota, que consuelo y libertad buscaban. No sólo traición a la amistad sino al hogar en donde refugio se brindó a la mulata por años acontecía. El palenque quedaba ahora expuesto.

—¡Maldita! ¡Tetraquintuplehijueputa!

—Mi alma, me decías...

—Agora su mercé no merece ni la miren... A tu raza traidora por creeros blanca... Sois lo que indios mientan chingada... Que nosotros desdenantes decimos singlar... Aquesto sois: una singada... ¡¡¡Ni existencia tienes...!!! ¡¿Me oyes, perra endemoniada?!

—¡¡¡Dispara, negro de mierda...!!!

—Quisiera, cónyuge de los demonios...

—Te juro que en montura veloz, a mata caballo, en hallarles puse el alma... Para advertillos... Pa que tornaran ilesos al palenque...

—¿Y no les jallaste, mojón con ojos?

—Decidme “mi alma” una vez sola, Atanasio, y a luego dispara...

La mulata se abrazaba a las piernas de Atanasio pidiendo cesara la retahíla de bien merecidos insultos. Pero el corazón del hombre de mil mezclas ya no sólo por el palenque o Domingo y por Andrea sufría: supuraba por la traición. En intempestiva hiel se desengañaba y culpaba por haber abrigado los más tiernos sentimientos por Lucía.

—¡¡Dispara ya!! —insistió ella.

—¡Nooooooo, señora! Las balas están escasas... Cuesta hacerlas... Mejor a cuchillo o a machete limpio...

Atanasio tuvo un vahído y por no dar con el piso se apoyó brusco en la mesa y de un saco rodó el muñeco Irineo. Lucía quiso auxiliar a Atanasio, pero él la rechazó tajante. Apretó el arma y soltó un disparo, pero no contra la mujer sino al aire. Lo que convocó un murmullo de ojos afuera de la choza.

—Dadle a mi corazón reposo...

—Vayan como panteras endemoniás... —ordenó a los que a la puerta se congregaban—. Busquen a Domingo y a Andrea y decilles deben que denuncia y proceso Santo Oficio les tiene montao... Usté, Mayambé, vuele pa Cuautla y Yecapixtla... Aunque tan lejotes, asunto que no pudieren aún llegar... Américo de San José, su merce pa Cocoyó... Pidan razón a la gente... Pregunten, pues... Ajuera tienen caballo de valía.

Los muchachos asintieron viendo con desconcierto y espanto a Lucía, que no paraba de exigirle a Atanasio que la matase. Por unos minutos el ajetreo, pisadas presurosas y caballos a galope los mantuvieron a ambos en un silencio profundo, donde la caída de un alfiler hubiese sido insoportable. Al fin se miraron y él descubrió en sus ojos que ella en verdad prefería la muerte. Atanasio le preguntó ya sin rabia:

—¿Por qué?

—A celos, encerrelos bajo siete llaves y acallarles no pude... Entrambas aguas, las de mi anhelo rechazado y mi gratitud ingrata, carbones al rojo vivo comiéronme.

—Domingo Angola no pudo darme el amor que buscaba, pero otro grandote y sin par os regalaba... Carajo... Vuestro oficio de muñequeros...

—Perdón no le tengo...

—Ninguno...

—¿Y ahora?

—Vacío vil, fantasma, nada... Eso sois...

Lucía, como un último recurso, comenzó a desnudarse por ver si perdón alcanzaba, pero lo contrario, hielo rabioso, encontró.

—En venciendo escrúpulo mi voluntad y cuerpo tenéis...

—¿Más bajo caéis, Lucía?! Deteneos... En apurar cielos no habéis de cerrar infiernos...

—No me facéis aprecio...

—No más que a una rana que croa, una foja que cae, una mancha de barro en la bota...

—¿Tan poquito?

Atanasio se incorporó sin apartar la vista del muñeco Irineo en sus manos. No había casi emoción en sus palabras.

—Poquito no... Nada...

—Ta bueno, voyme...

—Ansí mesmo, pa no tornar...

Lucía se dirigió a la puerta con la lápida de la culpabilidad y la vergüenza de ser despreciada por quien más amarla pudo, Atanasio. Arregló sus ropas y antes de salir, él la detuvo para entregarle a Irineo. Lucía rompió en sordo llanto, sabiendo que nunca más vería ni al palenque ni a Atanasio.

—Aquí aprendió oficio... Fágalo, que le sale muy lindo... Pa que no diga la retrechera que nada se lleva...

Capítulo 26 (1622)

LAS ÓRDENES A LOS JÓVENES NEGROS, algunos que no habían sufrido el yugo de la esclavitud pues nacieron en el palenque de cimarrones, fueron ineficaces, pues no les hallaron. Los caminos se torcieron para Andrea Jerusalem y Domingo Angola a su regreso de Puebla de los Ángeles. Pues por evitar la zona de Tlayacapan, Cuautla y Cocoyoc, decidieron viajar más al sur, bajando por Jantetelco, Jonacatepec y Axochiapan. De hecho, en esta última población guardaron reposo tres días, pues la rodilla molestaba a Domingo y así pusieron en marcha un nuevo espectáculo de adivinación. Ignorantes de que se les perseguía, discurrieron divertidos y amantes el mecanismo, que consistía en otorgar a frases como “ahora dime”, por ejemplo, un número (siete), un color (blanco) y una prenda u objeto (camisa) con el fin de sorprender a los expectantes, que creerían que poderes adivinatorios llevaban. Así, “explicad” correspondía a tres, café y anillo, o “escuchad” a cinco, amarillo y enaguas. Domingo se vendería los ojos dando la espalda al público y Andrea soltaría frases como “Explicad qué le estoy señalando a la dama” y Domingo sabría que se refería al anillo. O “Ahora dime cuántos chivos

trae el señor” y el iluminado daría la respuesta: “El señor tiene siete chivos consigo”. Domingo estaba claro que tal truco o artilugio podía verse sin dificultad como brujería y debían ser cuidadosos. Pero en planearlo y ensayarlo se divertían entre arrumacos, consolidando su amor consumado.

Muchos sobresaltos llevaban como para no saber que eran malos tiempos para el ejercicio de sus artes de comediantes. De hecho, aunque la víbora Clementina les acompañó por todo el viaje, y que pensaron en usarla para el espectáculo de la linterna maravillosa con el cuento africano de los hombres y los animales, desistieron al ver el asombro y polémica que se armaba al sólo observar el público en operación la nueva invención. Sin embargo, Andrea quería que, amén de que en la adivinación entrara a escena Clementina, Domingo introdujera sus conocimientos en herbolaria y sanación para así más impacto conseguir y más maravedís, tlacos y reales recaudar, pues la gente necesitaba también de medicina. Discutieron y finalmente Andrea ganó. ¿Cómo oponerse podría Domingo si enamorado estaba? Tanto que a veces perdía el hilo de sus réplicas en las representaciones al perderse en la belleza de su amada Siara.

Finalmente, en un camino provincial en la entrada al pueblo de Tlaltizapán donde un poco de gente se juntaba en un manantial, decidieron probar suerte. Domingo, nervioso, repasaba la clave, pues su memoria lo ponía inseguro. Andrea preparaba una silla en un tablado que unos vecinos improvisaron, dando las réplicas a su amado.

—Ay, mi negrita de chocolate... —dijo *sotto voce*—. Habéiseme esfumado, le tenía en las entendederas... Póngome provento...

—Y en escena reverdeces... Vamos... “Agora dime...”

—“7 y 17, blanco, pulsera...” Sólo los nervios te alteran, Domingo... —se dijo, respirando con dificultad.

—Tranquilo, que hacer grandes cosas podemos... “Ánimo que agora, / a joven dama, enamora...”

— “Y aquesto a viejo corazón / pone en el alma sazón...”
—agregó el hombretón sonriendo nervioso.

—¿Estáis listo?

—Bobo no soy...

Andrea le dio un beso en los labios y Domingo se sintió renacer.

—Todo el tiempo, todos los días y que dios cristiano y dioses africanos así te conserven...

—¿Ubuntu?

—¡Ubuntu!

—¡Fagámoslo!

Domingo volteó con energía de adolescente hacia el público, que ya se congregaba numeroso. Andrea lo miró admirada y extendió su brazo para que Clementina se le subiera. Mientras ella le tapaba los ojos con un paliacate y lo sentaba de espaldas al público se sintió segura, acunada por la voz de Domingo, que la trató siempre más como un padre que como un amante. Clementina finalmente se subió en los hombros del titiritero de cara a los concurrentes. Andrea encaró a los espectadores con encanto de presentadora.

—Escuintles, muchachonas casaderas, galanes pelilampiónes, bienvenidos... Hoy, agoritita mesmo, en aquesta población de Tlaltizapán, presentamos a ustedes al magnífico, al vidente, al que a la muerte fue y della retornar pudo: ¡Domingo Angola! También vosotros, cabecitas que nieves acumulan en sus sienes, señoras de nuestros respetos... —Domingo carraspeó y ella lo volteó a ver—. ¿Sí, siete veces bendecido Domingo Angola?

—Que su merced ha dicho “señoras de nuestros respetos”...

—Así le fue, maestro y benefactor...

—Ajeno soy a hipocresías... Ansí veo que alguna dama desea le irrespeten un poco o más seguido...

—¡Ah, qué revelación...! ¿Nombre diréis?

—Ajeno a los chismes y maledicencias soy también, Andrea Jerusalem. Aquestas personas a quienes agora leo la mente... Sí, tú que puñal deslizaste en cristiano sin merecerlo... O vos, que habéis robado a los pobres... ¡¡¡Ah, que Dios se apiade de vosotros!!! O vuesa merced, que dolores muchos de huesos y cuerpo tenéis...

—En terminando el acto de adivinación, en privada sesión, el iluminado Domingo os dará remedio para vuestras faltas o enfermedades...! ¿Listo, maestro?!

—Ansioso...

—¡Vean, señoras y señores, que el magnífico Domingo Angola, con la ayuda sola de la víbora Clementina, ha de hacerse idea de las cosas que vuestas mercedes portan o de los colores que viste aquesta noble audiencia...!

—¿Lista, Clementina?

La víbora siseó por respuesta y temor y curiosidad provocó entre quienes miraban. Domingo la acarició.

—Vidente de Angola, *escuchad*, ¿qué le estoy señalando a la señora?

—Vuesa gracia, Andrea Jerusalem, está señalando la falda...

—*Di* el color de la misma...

—La falda es color rrrrrojo...

Los asistentes aplaudieron rabiosamente, pues con sus ojos, que creían mentirles no podrían, verificaban lo que la serpiente siseaba a Domingo y éste interpretaba.

—Bien, dicho, iluminado... *Fijaos bien*, cosa he tomado del señor...

—Habéis tomado del caballero el sombrero...

—*Agora dime*, ¿cuántos niños nos acompañan en aqueste acto...?

—Siete infantes nos miran asombrados.

Sobrevinieron los aplausos luego de varias adivinaciones más. Andrea y Domingo agradecían a su público esperando que las ganancias fuesen muchas cuando se oyeron tiros de mosquete que un justicia daba acompañado de fray Alonso, Pedro de Izaguirre y un par de hombres más.

—¡¡Corre, Domingo mío!!

—¡¡¡Vivos o muertos, a ambos les quiero de cadenas llenos...!!! —gritó un excitado fray Alonso.

—¡¡¡Vivos!!! —corregía Pedro.

—¡¡¡Deteneooooooooos!!!

Andrea corría en medio de la multitud, que temerosa se dispersaba. Incluso, logró cruzar miradas primero con Pedro y luego con Domingo. Éste apenas se había quitado la venda y corría como podía, hasta que recordó a Clementina y por ella quiso regresar. En ese momento la rezagada Clementina recibió un disparo de la pistola de dos cañones que De Izaguirre empuñaba y Domingo gritó desesperado mientras la huida emprendía:

—¡Malparidos, hijos de Satán!

—¡Oshún, asístenos! —murmuraba una y otra vez Siara-Andrea sin parar la carrera.

Fray Alonso, al ver que se perdían los fugitivos entre el cañaveral y aquejado por su siempre infiel estómago, se apeó de su montura y se acercó a la víbora que agonizaba, mientras don Pedro y el justicia salían tras los prófugos. La calza del sacerdote se posó con fuerza sobre la cabeza del reptil hasta

que dejó de moverse. Fray Alonso de Benavides levantó la serpiente entre sus manos y solemnemente dijo al alguacil que le acompañaba:

—¿Ansí o más clara quieren que se demuestre la presencia de Satán? ¡*Vade retro* bestia infernal!

Capítulo 27 (1622)

ATANASIO, CON UN PÁLPITO DEL PELIGRO que corrían sus amigos, bajó de la sierra con treinta negros armados con todo tipo de instrumentos bélicos: machetes, trinchas, arcos y mosquetes en el momento en que regresaba su sobrino Mayambé. Y tornaba no porque hubiesen llegado hasta su destino sino porque un vecino del pueblo de Ticumán les había dado alcance para avisar que hombres armados de su majestad tenían por objeto prender a Domingo Angola. Martín Ocampo, que así le mentaban y era fanático de las obras del titiritero, dio alcance y alertó a Mayambé y a unos pocos muchachos del palenque cuando ya salían de Yautepec.

Y efectivamente, los alguaciles y justicias se adelantaron por los lados de Temimilcingo hasta el templo de la Asunción para interrogar a los frailes enanos del convento franciscano. Ahora en peligro estaban no sólo Andrea y Domingo sino el palenque mismo, pues de esa población se subía a la sierra donde se asentaba el palenque. Del norte bajaba al inesperado encuentro con los españoles Atanasio y sus negros. Por el oeste venía Mayambé con los muchachos. Los franciscanos del convento se pusieron muy tensos y mandaron a uno de ellos

al campanario por si advertir podía a los cimarrones. Subió uno al que decían Tilín, por siempre cargar una campana; se deshizo en señas para que Atanasio y sus hombres no se acercaran, pues ya les había visto a lo lejos.

Esperaron a que la partida de hombres con fray Alonso y don Pedro saliera del convento y de la población tlahuica de Temimilcingo. Notaron entonces a cuatro vigías blancos apostados en distintos sitios cubriendo las subidas posibles a la sierra, de tal manera que Atanasio y los hombres del palenque no podían regresar y decidieron de a poco cazar a los vigías. Y como el sobrino de Atanasio, Mayambé, era el que mejor puntería tenía con el arco, se acercó al primero con cautela. El tiro debía ser certero para evitar que diera la alarma disparando su mosquete o desapareciera entre la vegetación, que en esos meses era abundante. Y así, Mayambé, al que panteras le llevan los pies, acabó con cada uno de los cuatro hombres. El último, herido en la barriga mortalmente, era inmovilizado por tres de los corpulentos africanos.

—Ansí merito era —le felicitó su tío.

—Pajaritos desprevenidos, pue —contestó Mayambé con una sonrisa.

Anocheía y precisaban dar con los perseguidores de Andrea Jerusalem y Domingo Angola. La realidad es que cualquier decisión que tomaran, sin saber el rumbo, sería un juego de naipes y aquello no debía quedar en el azar. Y como lo único que tenían era al cautivo vigía, le tuvieron que apretar recio la cuerda en el pescuezo para que soltara la lengua, amén de que le hicieron promesa de curarle y dejarle vivo con los franciscanos diminutos si confirmaban que decía la verdad.

—Si en juramento queréis que os diga, los que han salido un rato atrás eran sólo un piquete que retrasado venía conforme a otro grande que a Tlaltizapán se dirigía.

—¿Qué armas traen?

—Uy, señor, mosquetes las más pobres y arcabuces y pistolas muchas.

Al final, el hombre mentía sobre la cantidad de hombres y armas con que la fuerza contaba, si bien era verdad la dirección que tomaron. Atanasio se partía en dos. Cabeza y corazón a ningún acuerdo arribar podían. Por un lado, el palenque había quedado desprovisto de hombres y armas, así fuesen las más rudimentarias, para defenderse de una incursión. Y por otro lado, la amistad y lealtad con Domingo Angola le daba voces para que acudiera a socorrerle ahí donde le hallara. La disyuntiva le dolía en los huesos, pero optó por regresar sobre sus pasos y custodiar lo que décadas costó a sus antecesores al huirse de las haciendas cañeras y de los minerales de la región de Taxco. Muchas vidas inocentes dependían de él.

Y así como el justicia verdad no dijo entera, Atanasio decidió la suerte del español, pues no debían dejar ningún cabo suelto. Le dejaron con la panza abierta y las tripas de fuera amarrado en un magnífico cazahuate con esas hermosas flores blancas tan apetecidas por los venados, en pleno camino a Tlaltizapán. A pesar de sus reticencias y su devoción por Domingo Angola, su amigo, tuvo que recular subiendo a la sierra. No obstante, dejó vigías en tres puntos del trayecto, tanto para avisar de un ataque como para auxiliar a los cómicos en su regreso de así necesitarlo. El corazón de Atanasio a saltos le gritaba que no habría de volver a ver a su amigo.

Capítulo 28 (1622)

—CALLÁOSTE TU HOCICO, negra bembona, que matarte habrán estos mal paridos de Dios y de sus madres... —pensaba Andrea Jerusalem—. Estate silencio que en viéndote te comen, te hacen trizas y te arrastran pa llevarte... Calláoste tu hocico, negra faltona, que habéis dejado atrás al que de amores te trató y te socorrió y sustento diote ... Madre mía, ¿y agora qué fago? Morderme las manos quiero pa frenar esta gritadera de mi cabeza... Tantos ruidos con Santo Oficio... Ay, negro de mi alma sin reposo... Negro que todo lo vences, aqueste lance muy grandototote te ha calzado... Por la gracia del Dios crucificao... ¿Agora dónde te encuentras? ¡Coño, coño, coño!

—¡¡Por allá, entre los matojos y los tecorrales!! ¡¡Vivos les quiero!! ¡¡¡Prendedlos!!! Reconoció la voz temida de Pedro de Izaguirre.

—Un tiro ha ya quemado las carnes del hereje —informó un alguacil.

—¡¡¡No lo perdáis, tampoco a su barragana...!!!

—Mis lamentos me matan —continuaba Andrea—, pero de mis entendimientos son únicos vecinos... Agoreros funestos aquestos que retumban y se me vienen acá en mi

pecho..., y anidan y enferma me ponen... ¿Oyistes? ¡Shhhh!
 ¡Tate silencio, Andrea Jerusalem, que de las greñas te van a
 trair y como palito encebado candela han de arrimarte y vos...
 ¡Ay, madre de las aguas, Oshún, que abrazas a las que a luz han
 de dar y ahogas a los de mala entraña y piores intenciones!
 ¿Qué crímenes cometimos, que con perros nos cazan? Porque
 así me tienen de tanto ruido de hierros y arcabuces como he
 oído hasta reventar oídos y alma... ¿Domingo, niño, aqueste
 infierno de perseguidores te ha cogido? Porque infiernos son
 estos los de la tierra y no esos otros que curas y amos mientan
 y temen aunque invisibles son... ¡Cosa espantable porque
 les dicen, cosa que miedos cuece y estruja el alma porque le
 gritan y tormentos juran que por nos esperan! Hablan pura
 mielta. ¡¡Mielta, mielta, mielta!! Calláoste tu hocico, negra
 hereje, que te han dicho... ¡¡¡Domingo...!!!! Carajo, carajo,
 carajo... Calláoste ya, negrita de chocolate, como te nombra
 tu Domingo Angola, al que si preso han fecho yo muero... Que
 me lo quemen o a garrote le saquen el último suspiro lléname
 de espanto... Castigos en mis lomos y en los de mi dueño de
 corazón, mi siempre libre negrito que sólo risas saca de los
 niños, que con su arte, maromas y adivinaciones a la gente
 buena face pasar rato... Diversiones que reposan las
 preocupaciones, que invitan a gozo, que relajan corazones...
 ¡Ave, María, más disparos! No, a aquesta madre del crucifiaço
 no... Es la de ellos, los diablos blancos... ¡Domingo, hijito!
 ¡Domingo, mi negro con el que ayuno no paso porque
 gracejadas alimento son! Vos que me hicisteis libre de cadenas,
 aunque condición cimarrona tenga... Ven a mí, mandadme
 señal de que vivo os hallas pa que descansar pueda... Cabeza,
 estállame... ¡Oh, diosas! ¡¡Oshún!! Ay, mi madre, ayúdame...
 Oshun, diosa mía, socórreme...

Andrea Jerusalem invocaba a la diosa africana trepada en lo alto de un árbol, escondida y suplicando porque la noche terminara de caer, pues el incendio del cielo lo anunciaba. La angustia de no saber el paradero de Domingo, que era su eje, su centro, su niño adorado, por más canas que pintaran sus sienes, la colocaba en un estado casi de delirio. La visión en carne y hueso de Pedro de Izaguirre la predisponía a lo peor, pues nada bueno provendría de su captura: la muerte, la más benigna, y regresar con él, la peor del mundo. La rabia le decía que no habría cuchillos suficientes para clavarlos en su carne, como aquella lejana noche en que lo dejó tirado en el piso, boqueando como pez fuera del agua y ahogándose en su sangre. Sí, ella sola, con la fuerza herculea que sólo pueden dar los años de abuso y humillación.

Andrea nunca, desde sus quince años, había conocido de un gesto amable, de una convivencia no intermediada por los azotes, los malos tratos, la fornicación no consentida. En cambio con su negro bembón, divertido y gruñón, brillante como un sol y cuya inventiva nunca se agotaba, finalmente un lugar que llamaban *hogar* habían formado. Escuchaba acá y allá Andrea a los perseguidores, que a caballo o a pie venían en su busca, rogando que a Domingo nada le pasara, pues hacía sonreír a muchos, le necesitaban tantos para dar a la vida un respiro y que fuese llevadera. Se escuchó un tiro de arcabuz que apachurró su corazón.

—¿Habeisle muerto?! —preguntó fray Alonso de Benavides.

—Un vecino de aqueste pueblo que se me figuró era... — contestó después de un silencio un justicia con voz de bobo.

Y de pronto una mano, salida de la nada, hizo que Andrea se escurriera corteza abajo del árbol que le servía de refugio. Ella soltó un grito ahogado creyéndose perdida y presa, pero vino a caer sobre los brazos de Domingo. Como entraba la noche, al

principio quiso patearle y huir hasta que por la voz susurrante le reconoció y entonces le llenó el rostro de besos mil.

—¡Calma os ruego y vámonos paso a pasito, quedo quedito por aquella cañada! Tate silencio, Siara mía... Por allí nadie ha de perseguirnos.

—¡Mi Domingo!

—Shhhhhh, calláoste con cien mil carajos...

—Callo, negrito, mi cielo...

Domingo estaba a punto de carcajearse y contagiaba a Andrea, que no cabía en la dicha de verlo. Domingo se internó en la cañada jalando a Andrea de la mano. Un líquido se pegaba a la mano de ella sin que acertara casi a notarlo, pero luego vio que su negro querido desfallecía y por fin se percató que herido venía. Los perdigones del arcabuz casi habían errado, pero un par sólo se había alojado en un costado. Andrea se alarmó, pero él minimizó la gravedad.

—Regresemos al palenque, mi negrita...

—¡Mucha sangre estáis botando y en hacerlo también el alma habéis de echar pa fuera! —replicó preocupada.

—Dejadme apoyar mis huesos...

Andrea pasó un brazo de Domingo sobre su hombro y fueron poco a poco internándose por un camino que los llevara al palenque.

—¡*Ubuntu*, mi niño! —lo intentó animar, aunque la sangre que se perdía, efectivamente, era mucha.

—Tu viejito, diréis...

—Con alma de niño...

Un ladrar de perros que se escuchaba cerca les anunció que la jauría de rabiosos enemigos del teatro y de las almas libres pisaba sus talones. Una sombra de angustia se posó en la mirada diáfana de Domingo Angola, tan diáfana como aquel ojo de agua donde por vez primera Andrea-Siara le arrojara un mango sobre la testa.

—¡*Ubuntu*, déjame reposar un momento!

—¡No hay remedio, que andando alcance han de darnos!

—La mente de los diablos blancos carece de imaginación, niña, y en tenelle nula y nosotros mucha...

—¿Qué vais a hacer? Tengo miedo y el pellejo se me eriza...

—¡¿Confías en el magnífico, único, sensacional, nunca visto Domingo Angola?!!

—¡Chitón, coño, que nuestra posición agora descubres!

—Por nosotros vendrán, niña... ¿Confías?

Andrea hubiese querido abofetearlo para que reaccionase y se apercibiera de que la situación era desesperada pero al mirarlo, los ojos de Domingo le llenaron de una repentina e inexplicable paz. Ambos sellaron una especie de acuerdo con un beso de rabiosa ternura y mirándolo con decisión dijo:

—Confío.

—¿Los veis?! —La voz de Pedro de Izaguirre podía tocarse con la oreja.

—¡Allá están! ¡Dense presos!

Al fin les tenían a tiro e incluso a nada de ponerles la espada en el cuello. Domingo, que la mano tenía dentro de su morral de ixtle, sacó una esfera de barro que encendió con una cerilla que Andrea le sostenía y la aventó en dirección de sus perseguidores con las fuerzas que le restaban. Al estallar la bomba, amén del estruendo, la visibilidad se volvió casi nula por un espeso humo que hizo toser a los hombres del Santo Oficio y de su majestad. Risotadas festivas de Andrea y Domingo alejándose fue lo único que los perseguidores pudieron escuchar así como una canción en lengua congo que continuó hasta muy de madrugada, sin que los cazadores hallaran la procedencia.

FIN